This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

G868.8 V426AU 1898 LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
V42

Digitized by Google

[redacted]

G868.8 V426AU 1898 LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
V426au
1898

Digitized by Google

This Book is Due on the Latest Date Stamped

66-12

JAN 1946

NOV 25 1949

NOV 18 1954

APR 28 1955

MAY 14 1958

AUG 12 1959

MAR 7 1964

SEP 2 1966

AUG 13 1968

JAN 29 1973

Digitized by Google

Digitized by Google

CALL NO.
G868.8
V426au
1898
MAY 6 1947

TO BIND PREP.
DATE 4/22/47
NEW BINDING [✓]
REBINDING [✓]
REGULAR [ ]
RUSH [ ]
STORAGE [ ]
BUCKRAM [✓]
SPECIAL PAM. [ ]

AUTHOR AND TITLE
Vargas Vila, José María.
... Aura.

CATALOGUER Wilson
RETURN BOOK TO Latin American
GLUED-ON [ ]
LACED-ON [ ]
STUB FOR:
T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOK PLATE [ ]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

Digitized by Google

Digitized by Google

J. M. VARGAS VILA

Aura ó las Violetas

EMMA

LO IRREPARABLE

Nueva edición

LIBRERÍA DE LA V^da^ DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1898

Digitized by Google

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

AURA Ó LAS VIOLETAS

MAR 4 1947

BOUND JUL

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA
DE
MANUEL GONDRA
ASUNCION

Á LOS LECTORES

He aquí una relación, no una novela.

Si aspiráis á hallar en ella una de aquellas tramas complicadas é interesantes de que tanto gusta la imaginación fecunda de los novelistas; si deseáis el desarrollo de una intriga, ó la persecución de un fin moral, social ó religioso; si anheláis el purismo del lenguaje, la belleza de las frases, ó el clasicismo del estilo; finalmente, si deseáis hallar algo de lo que hace interesante ó meritoria una obra, cerrad el libro, porque nada de eso encontraréis en él.

Una narración sencilla, desaliñada, natural, casi pueril; el desarrollo de uno de esos dramas del corazón, tan frecuentes en la vida; la historia de una pasión como tantas otras;

Digitized by Google

las confidencias hechas en el seno de la intimidad por un amigo muerto ya, y escritas luego en playas extranjeras, bajo el dulce recuerdo de la Patria: he ahí lo que son estas páginas.

Publicadas, en parte, como *folletín*, en un Diario de Ciudad-Bolívar, han tenido la vida efímera del periódico : y pronto desaparecerían por completo, si hoy, reuniendo los números dispersos de aquel Diario, haciéndoles algunas correcciones, y completándolas, no las publicara en esta forma. Soy el primero en confesar que nada habrían perdido las letras con su absoluta desaparición, como nada ganan con que vean la luz; pero eso no obsta para que las publique hoy en forma de libro, sin pretensión ninguna. Como sé que no están destinadas á vivir largo tiempo, sólo deseo para ellas la benevolencia de unos y el olvido de otros : eso les basta.

J. M. V. V.

Digitized by Google

Á MIS HERMANAS

CONCHA Y ANA JULIA.

Vosotras sabéis muy bien por qué publico estas páginas, vosotras fuisteis testigos de la insistencia con que la madre adorada, que acaba de abandonarnos, me suplicaba, en su correspondencia, que las publicara, pues sólo conocía fragmentos de ellas. Listas estaban ya para ver la luz, accediendo á su deseo, cuando el destino acaba de arrebatárnosla para siempre, sin que pudiera yo, ausente de la Patria, ni recibir su último suspiro, ni estrecharla por última vez contra mi corazón! Ya sus ojos no se posarán en estas líneas, ni sus labios repetirán las palabras en ellas escritas. Ya la mujer fuerte, la madre mártir, la compañera de mis luchas y mi infortunio, ya no existe! Pero quedáis vosotras, herederas de sus virtudes, imitadoras de su ejemplo. Á vosotras, que sois el reflejo de su alma, os las dedico.

Vuestro amante hermano :

JOSÉ MARÍA.

Digitized by Google

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

AURA

Ó LAS VIOLETAS

Descorrer el velo tembloroso con que el tiempo oculta á nuestros ojos aquellos parajes encantados de la niñez; aspirar las brisas embalsamadas de las playas de la adolescencia; recorrer con el alma aquella senda de flores, iluminada primero por los ojos cariñosos de la madre, y luego por las miradas ardientes de la mujer amada; traer al recuerdo las primeras tempestades del corazón, las primeras borrascas del pensamiento, los primeros suspiros y las primeras lágrimas de la pasión, es un consuelo y un alivio en la adversidad.

Parece que el alma desfallecida se rejuvenece con aquellas brisas, el corazón se vuelve á abrir á los reflejos de aquel sol purísimo, y la imaginación vuelve á adornarse con el espléndido follaje de aquella primavera inmortal.

¡ Primer amor ! ¡ Encanto de la vida, alborada

TxU

Digitized by Google

de la felicidad, los rayos de tu luz no mueren nunca! ¡ Corona encantadora de la niñez, formada con las primeras flores que brota el alma, y acariciada por los hálitos de la inocencia! El tiempo os marchita, y descolora después, pero las hojas mustias de vuestras flores, los rayos amortecidos de aquella aurora, las claridades de aquella edad en que vaga aérea y vaporosa la imagen de una mujer, envuelta entre las gasas de la infancia; aquellos recuerdos y aquella historia, son la más bella herencia de la vida.

Páginas de la adolescencia, recuerdos de la cándida mañana de la vida, cánticos melodiosos de aquel himno, murmullos de aquella edad bendita, ¡ cuán gratos sois al corazón herido! Vosotros traéis al alma recuerdos del nativo campo, brisas del huerto paterno, rumores de sus ríos, perfumes de sus bosques, voces queridas, imágenes amadas y besos de la madre enviados en las alas de la tarde.

¡Vosotros despertáis al corazón!

¡Benditos seáis!

*
* *

Hay al volver los ojos al pasado, seres tan íntimamente ligados á las escenas más intere-

Digitized by Google

santes de nuestra vida, que marcan en la memoria las huellas de su existencia, con caracteres indelebles y señalan épocas, días y horas que se levantan fijos como fantasmas, en la neblina oscura de otro tiempo. Cruces solitarias, clavadas allí por el recuerdo, mostrando las jornadas que nuestra planta vacilante, incierta, de viaje siempre á las regiones desconocidas de la eternidad, no ha de volver á repasar jamás. Tales han sido las violetas para mí. Su presencia me despierta tantos recuerdos, su perfume trae á la memoria tantas ilusiones perdidas, que cada una de ellas me parece una estrofa arrancada de aquel poema, cuyos primeros cantos formaron la aurora de mi vida.

*
* *

Catorce primaveras contaba yo aquel día.

Esta frente que veis palidecida y angustiada, era entonces tersa, despejada y serena. Estos ojos que han enturbiado después las lágrimas de la desesperación y los insomnios del pesar, eran grandes y negros, abiertos, soñadores. Esta cabellera en la cual despuntan hoy delgados hilos de plata, como un pago anticipado del invierno del dolor al invierno de la edad, era entonces negra, rizada y abundante. Estos labios amargamente plegados

Digitized by Google

hoy por la decepción, sonreían con esa ingenua franqueza con que un alma de catorce años sonríe á la mañana de la vida. Mi alma era pura como la sonrisa de una madre, y mi corazón inocente como la mirada de un niño.

¡ Y ella! ¡ Cuán bella estaba aquel día, con sus hermosos ojos azules, como flores de borraja, sus blondos cabellos del color de las margaritas en estío, su semblante pálido y su mirada triste!

¡Cuán bien le quedaban su traje vaporoso, azul, y su sombrero de paja, atado debajo de la barba con cintas del mismo color!

El sol descendía lánguidamente al ocaso, y sus últimos fulgores iluminaban la naturaleza con esa luz melancólica y tibia con que el astro rey se despide de aquella parte de la tierra que empieza á dormirse en los brazos de la sombra, helada por los besos de la noche. Las nubes vagaban desgarradas en el firmamento, semejando copos de níveo vellón y más encendidas al Occidente, parecían con los resplandores de la luz moribunda, las últimas llamaradas de un incendio lejano. Era la hora del crepúsculo, en que las aves se recogen al nido, tendiendo sobre él las alas entreabiertas; en que las flores de noche abren sus cálices pálidos, al primer resplandor de los luceros, cual si fueran las almas de las muertas

Digitized by Google

vírgenes, que vienen al silencio de la noche, á recibir los besos que sus amantes les mandan con rayos de luz desde el espacio. Esta hora en que la naturaleza toda, al compás de las palmas que se mecen, de las palomas que se quejan, de las olas que ruedan, de los murmullos que gimen, y viendo levantarse la luna silenciosa en el Oriente, "como una hostia sostenida en el espacio por las manos de un sacerdote invisible," parece murmurar con todos aquellos acordes, una plegaria á su Creador.

Hora meditabunda y triste para las almas soñadoras y enamoradas. ¡Hora de la meditación y el sentimiento, de las tristezas y el amor, hora sublime!

El huerto de la paterna estancia, estaba lleno de perfumes; las brisas murmuraban tristemente, como los acordes de un arpa desconocida, pulsada en el silencio de aquellos campos por el genio de la soledad. El cielo estaba sereno, despejado como nuestra conciencia de niños; las flores se inclinaban temblorosas á nuestro paso; los viejos árboles que nos habían visto crecer cerca de ellos, parecían brindarnos el toldo de su anciana vestidura para cobijar nuestros amores, y las aves asomaban su cabeza fuera del nido para vernos pasar, levantando un gorjeo débil,

Digitized by Google

cual si estuviesen celosas de nuestra felicidad.

Aura, apoyada en mi brazo, caminaba distraída, dejando errar su mirada dulce por las riberas del torrente cercano, bordadas de lirios blancos y de azucenas silvestres, y apenas hollaba con su planta las gramíneas que le servían de alfombra.

Yo me sentía orgulloso y feliz de llevarla á mi lado. Aquella niña vaporosa y bella, soñadora y triste, había sido el encanto y la dicha de mi niñez. Juntos habíamos nacido bajo ese cielo siempre primaveral de nuestra patria, habíamos crecido á la sombra de aquellos bosques gigantescos, y nos había servido de horizonte la inmensa esplendidez de aquellos valles. La casa de sus padres, situada á la ribera del mismo río y contigua á la nuestra, no había tenido linderos para nuestros juegos infantiles. Junto con ella y mis hermanas, habíamos recorrido alborozados esos campos, en pos de las perdices, cazando con flechas las palomas y robándole el nido á las alondras; y cuando las sombras de la noche nos sorprendían, regresábamos al hogar, recibíamos la bendición que mi madre daba á todos, como si ella también fuera su hija, rezábamos al toque de oración y nos separábamos luego, dándonos cita para recorrer al día siguiente algún paraje olvidado en nuestra última excursión.

Digitized by Google

Los viejos arrendatarios de la hacienda estaban acostumbrados á vernos vagar juntos, en alegre caravana recorriendo sus campos y hollando descuidados sus plantíos, y muchas veces habíamos tomado en su rústico albergue el pan y la leche con que nos obsequiaban aquellos sencillos campesinos, que habían sido : unos, compañeros de mi abuelo en sus faenas de campo; otros, soldados de mi padre en las últimas campañas, y hoy, cultivadores de aquella hacienda, donde mi madre se había refugiado con nosotros, después de la muerte de mi padre, y los cuales miraban con tan cariñoso respeto á la viuda y á los huérfanos, que habían ido á vivir allí entre los restos de su pasada opulencia, como el que habían tenido por sus antiguos señores en todo el esplendor de su fortuna.

Así se habían pasado los primeros años de nuestra infancia, sencillos y puros como la vida de las aves que gorjeaban sobre nuestras cabezas, inocente y amable como la de los niños pastores de las tribus bíblicas.

Después, un poco más crecidos, el corazón y la mirada, los suspiros y los anhelos infinitos, nos hicieron comprender que nos amábamos, y despertamos á un mundo nuevo; entre los himnos de aquella naturaleza, virgen como nosotros, los

Digitized by Google

cánticos de aquellas aves, los murmullos de aquellas fuentes, el esplendor de aquel cielo bellísimo y la galana exuberancia de aquella vegetación tropical, como debieron despertar Adán y Eva, á los primeros rayos del sol y á las primeras sensaciones de la pasión, entre todas las armonías, la luz y la belleza del paraíso.

Desde entonces comprendimos el amor, y ya nuestros ojos se buscaban con insistencia, cada una de nuestras sonrisas era una promesa, y cada una de nuestras palabras era una confesión. Buscábamos ya la soledad, porque el mundo nos era importuno, y nos entregábamos á esos ratos de dulce melancolía en que parece que las almas de los amantes se desprenden de sus cuerpos y alzando el vuelo juntas cual dos palomas que dejaran el nido, buscan regiones más serenas donde poder hablarse en ternísimos coloquios de aquel amor que forma su ventura.

¡ Cuántas veces, su mano entre mis manos y mi frente sobre su seno, nos arrobamos en aquellos éxtaxis sublimes, mirando declinar el sol, hasta que las sombras de la noche nos advertían que era tiempo de volver á casa !

¡ Virginidad del alma, primera eflorescencia de la vida, primavera del amor, quién os tuviera! ¡ Quién conservara una nota de vuestros himnos,

Digitized by Google

una palabra de vuestros cantos, una flor de vuestras coronas, que sirviera de consuelo en esta noche eterna del pesar!

Así se deslizaba nuestra vida, mansa y feliz, como un rumor en la soledad, como una onda en el lago, como un murmullo en el viento. Éramos dos aves gemelas ensayando el vuelo en el nativo bosque, dos olas jugueteando en el remanso azul de un mismo río, dos lágrimas de la aurora en el cáliz de una misma flor, dos lirios nacidos y enlazados á la ribera de una misma fuente. Pero, ¡ay! pronto la tempestad debía rugir sobre nosotros; el nido de nuestra felicidad debía caer al suelo y separados tristemente, iríamos á consumirnos al dolor de la ausencia.

Yo veía la tormenta condensarse sobre nuestras cabezas, veía que el rayo de la desgracia iba á herir aquella frente inmaculada y no podía protegerla, ni me atrevía á anunciarle la desventura que nos amenazaba.

Embebido en tan tristes pensamientos, llegamos al sitio de « Las Violetas », espacio cubierto por grandes árboles, bajo cuya sombra crecían en profusión aquellas flores que ella amaba tanto y al cual los campesinos habían dado aquel nombre poético y bello.

Aura quitóme de la mano el pequeño cesto

Digitized by Google

que yo le había ayudado á conducir, y doblando las rodillas, se inclinó para llenarlo de violetas.

¡Cuán bella estaba así!

Después han pasado muchos años. Errante y salitario, he llegado á aquel lugar y siempre me ha parecido verla allí, arrodillada, formando ramilletes con las flores.

Mientras permanecía así, yo la devoraba con la mirada, y al pensar que iba á abandonarla, acaso para siempre, no pude contenerme y las lágrimas brotaron á mis ojos.

Ella acababa de formar un pequeño ramo, que ató con hebras de su cabello á falta de cinta, y alzando la frente,me lo alargó con cariño diciéndome :

— Toma, éste es el tuyo.

Pero al fijar sus ojos en los míos, notó que había llorado, y poniéndose de pie exclamó con emoción :

— ¿Qué tienes? ¿por qué lloras? ¿porqué estás triste ?

Temblaba la pobre niña como azogada, y sus ojos suplicantes inspiraban lástima.

Callé, porque no me atrevía á desgarrar su corazón con la noticia de mi partida.

— Por piedad, me dijo entonces, dime qué tienes.

Digitized by Google

Había tanta tristeza en su mirada, tan profunda desesperación en su acento, que fué preciso decirle todo.

Al saber que era la última vez que debíamos vernos en mucho tiempo; que al día siguiente partiría para Bogotá, donde mis parientes me reclamaban para que principiara mis estudios, y que duraría largos años sin verla, lanzó un gemido ahogado, como el grito de una torcaz que va á morir, y se lanzó á mis brazos exclamando con desesperación :

— No te vayas, por Dios, no me abandones.

Nada pude responderle, porque los gemidos ahogaban mi voz. Estreché contra mi corazón su cabeza idolatrada, y nos sentamos sobre el césped. Allí permanecimos mudos largo rato ; sus lágrimas caían sobre mi pecho y las mías empapaban sus cabellos.

¡ Qué cuadro aquél! Dos niños heridos por la primera ráfaga del dolor y estrechándose el uno al otro, como para protegerse contra la desgracia !

¡ Cuánto lloramos ! El corazón en la adolescencia es como una sensitiva; se abre al más tibio rayo del sol del placer, y se recoge estremecido al contacto del dolor.

Feliz edad, aquélla en que se encuentra el

555568

Digitized by Google

llanto como un consuelo, en presencia de la adversidad.

¡ Ay ! después he buscado en vano en mis ojos una lágrima para desahogarme ; el pesar y la desesperación las han secado !

Así mudos y absortos permanecimos un rato. Después hablamos mucho y muy paso. ¿Qué nos dijimos ? El coloquio de dos almas inocentes en el silencio de un bosque, prontas á separarse tal vez para siempre, es como acordes de un himno misterioso, que sólo pueden remedar los ángeles; como estrofas incoherentes, voces truncas de un idioma divino, de un canto melodioso, que no se vuelven á escuchar jamás.

En aquel silencio que todo lo envolvía, sólo se escuchó por algún tiempo el ruido confuso de nuestras voces, murmullos y gemidos, y besos y promesas, y súplicas de amor...

Cuando volvimos de aquel delirio apasionado en que nos habían sumido el cariño y el dolor, la noche acababa de cubrir el firmamento con sombras tan espesas como las que acababan de caer sobre nuestra alma.

Mudos y temblorosos no acertábamos á mirarnos, pero al fin era preciso decirnos adiós!

Haciendo un esfuerzo supremo, la estreché por última vez contra mi pecho, junté mis labios yertos

Digitized by Google

y al separarlos sentí que mi alma se quedaba en ellos. Como un hombre que huye de la luz, me cubrí los ojos con la mano y me alejé rápidamente.

Sonó un grito débil á mi espalda, volví á mirar, y Aura, que había caído de rodillas sobre aquella alfombra de violetas, pálida como un cadáver y bañada en llanto, pronunciaba mi nombre.

Cerré los ojos para no verla llorar, apuré el paso, y doblé la senda que conducía á mi casa.

*
* *

¡Cuántos años han pasado y siento aún la impresión de aquella escena!

Al llevar aquella noche la mano á mi frente, hallé marchitas en ella las flores de mi corona infantil, cuyas hojas desprendidas aún agitaba el viento en aquel bosque, y en el corazón sentí algo como la punta de un puñal que se clavaba en él. ¡Dios mío! era mi niñez que moría con mi ventura. Eran los últimos resplandores de mi infancia, que se apagaban para siempre ya!

Estrechando contra mis labios el último ramo de violetas que había recibido de sus manos, me dormí soñando con su amor y mi ventura. Varias veces desperté sobresaltado, y veía á mi madre, ya inclinada al pie de un crucifijo, ó ya llorando

Digitized by Google

cerca de mí y besándome en la frente. La pobre viuda veía acercarse la partida de su hijo, y comprendía que la mitad de su corazón se iba con él.

Al día siguiente, empapado por las lágrimas de aquella madre amorosa y las de mis hermanas, dejé la casa de mis mayores con el corazón transido de agonía. Á las pocas cuadras de camino, me hallé frente á la casa de Aura; á las primeras luces del día, ví una sombra que se dibujaba tras de las cortinas de un balcón; el corazón la reconoció: ¡ era ella!

La ventana comenzó á abrirse y una mano blanquísima asomó. Creí que iba á llamarme; no me sentía con fuerzas para aquel último sacrificio; me incliné sobre el caballo, le clavé las espuelas y partí como un rayo!.... Atravesé el río, y pronto me encontré en el recodo del camino que me ocultaba á la vista de los de la casa. Allí me alcanzó el criado que me acompañaba, y me entregó lo que había recogido al pie del balcón: era un ramo de violetas atado con una cinta blanca, en cuyos extremos se leía trazado con lápiz: — de un lado, *¡ Adiós !* — del otro, *Aura*.

Acerqué á mis labios aquella reliquia cariñosa y seguí mi camino, diciendo con el alma un adiós á aquellos bosques queridos, que habían sido la cuna de mi amor, los amigos de mi niñez y los

Digitized by Google

testigos de mi felicidad. Cada uno de ellos era un recuerdo querido. Bajo su sombra protectora había fabricado mi espíritu soñador sus mejores castillos de ilusión, y había pulsado la lira en los primeros ensayos de mis cantos.

Allí dejaba mi amor, jirones de mi virtud y recuerdos de mi infancia, y sólo llevaba, en cambio, un puñado de violetas, símbolo de tanta pasión, tanta felicidad y tanta angustia!

* * *

Tres años de abandono y soledad pasé en los claustros de un colegio.

La imagen de mi madre y de mi amor eran mis nuevos compañeros en mis largas horas de desesperación: sus cartas, el único consuelo de mi angustia, y la esperanza de tornar á verlas, la única que acariciaba en mis dolores.

Al fin llegó el día deseado.

Como bandada de perdices que abandonan una era, mis compañeros y yo abandonamos el colegio para salir á vacaciones en los primeros días de un hermoso mes de diciembre.

Contento, risueño y lleno de ilusiones, torné á la casa paterna.

Todo lo hallé lo mismo: las caricias amantes

2

Digitized by Google

de mi madre, el cariño sencillo y siempre igual de mis hermanas y el calor siempre grato de mi hogar. Sólo el amor de Aura no era el mismo para mí !

En vano mis ojos buscaban á sus ojos, si huía de mis miradas ; en vano quería hablarle á solas, si huía de mi presencia. Indiferente y fría, parecía no conservar ni el recuerdo de nuestro antiguo amor.

Mis ojos tímidos ya no osaban alzarse hasta ella, y el corazón temblaba azorado en presencia de tanta ingratitud. Mi alma sencilla y buena no podía comprender esto. Yo creía que tenía obligación de amarme porque yo la amaba mucho, y que no podía olvidarme, puesto que yo no la olvidaba un momento.

La candidez del alma me perdía!

Resolví escribirle, y así lo hice, pero no dió contestación á ninguna de mis cartas.

¿ Á qué se debía esta variación ? He ahí lo que me torturaba la imaginación.

¿ Qué podría moverla á tratarme así, á mí, que había contado los días y las horas que estuve lejos de ella, y que creía enloquecer de placer al volver á verla ?

¿ Era éste el pago á tanto amor, á tanta adoración?

Digitized by Google

Mis ojos la seguían á dondequiera, tratando de descubrir el secreto de su perfidia.

La sorprendí muchas veces pensativa y triste, y una tarde, oculto entre los árboles del jardín, la ví apoyada en el antepecho de un balcón, leer con avidez un papel que llevó luego á sus labios, y cuando alzó el rostro, corrían por sus mejillas ardientes gotas de llanto.

Entonces me pareció comprenderlo todo. Aura amaba con pasión á un hombre, y ese hombre no era yo.

¡ Ay ! entonces la virginidad del alma se desgarró en pedazos, los celos y la angustia acabaron la paz del corazón !

La tristeza cayó sobre mi alma, como cae la sombra de la noche sobre el silencio helado de los mares. El cariño de mi madre no alcanzaba á consolarme, y niño, enamorado, solitario, el mundo me parecía un desierto sin su amor, y buscaba la soledad como á un amigo cariñoso para confiarle mis dolores.

La melancolía de los desgraciados se apoderó de mí.

Di entonces por recorrer uno por uno, los lugares en que habíamos estado juntos y me extasiaba en evocar allí los recuerdos del pasado. Visité los sitios más queridos á la memoria, las

Digitized by Google

piedras del camino en que ambos nos habíamos sentado, los árboles cuyos frutos le agradaban más y que yo le ayudaba á desgajar, las fuentes á que concurríamos con mayor frecuencia y los prados en que solíamos descansar.

Cada uno de aquellos sitios era un altar de recuerdos en que yo la adoraba en silencio.

Allí me recogía para tributarle culto, como el salvaje busca el misterio de los bosques para postrarse de rodillas y alzar los ojos al Sol que adora como su dios. Como los antiguos indios de la América se inclinaban sobre el cristal tembloroso del lago, para adorar la luna reflejada en él y luego alzaban sus cantos que repetían los ecos de las selvas é iban á morir en las riberas del Océano. Así la adoraba yo en el silencio de aquellos campos, testigos de mi dicha pasada, y así escapaba de mi labio su nombre, mezclado á mis sollozos. Yo lo lanzaba como un gemido y el viento lo murmuraba como un cántico.

Mis días transcurrían monótonos y lentos, entre la incertidumbre y el dolor.

En vano me examinaba á mí mismo, tratando de buscar la causa de su desamor: no la encontraba.

Sus cartas durante el tiempo de mi ausencia, habían sido siempre cariñosas para mí, y llenas

Digitized by Google

de promesas, aunque las últimas tenían un tinte de tristeza y de ambigüedad indefinibles.

El día que llegué había llorado de felicidad, cuando la abracé junto con mis hermanas. Sus ojos y su emoción no podían mentir. Pero, después, cuando aprovechando un momento de soledad, quise hablarla en tono confidencial, como su amante, se paró confusa, temblando, suspiró tristemente y se alejó.

Otro día, que, dispuesto á pedirle una explicación, la sorprendí sola en el corredor, y quise tomarle una de sus manos, trató de gritar, se libertó de mí, y, como una cierva perseguida, corrió á los aposentos. La seguí hasta el oratorio donde, confusa y temblorosa, fué á arrodillarse al lado de mi madre, que oraba en aquel momento.

Desde aquel día esquivaba mi presencia; venía lo menos posible á casa y evitaba hallarse sola conmigo, buscando siempre la compañía de mis hermanas, ó el lugar más próximo á mi madre.

Mi desesperación aumentaba cada día, y, para mi desgracia, hallábala más bella que nunca.

Su cuerpo había tomado la esbeltez de la mujer formada. Tenía cierta languidez en sus maneras, cierta voluptuosidad inocente en sus movimientos, que la hacían encantadora. El eco de su voz,

Digitized by Google

de esa voz que á través de tanto tiempo, aún llega á mi alma, como el eco de una melodía lejana, era entonces más armónico y más dulce. Sus hermosos ojos azules, agrandados por las ojeras que el pesar había impreso en su rostro, tenían un aire de melancolía infinita; de esa melancolía de los mártires y de los genios, de las almas que sufren y que piensan y que aman con pasión un solo ideal. Parecía vivir en el mundo por lo humano, pero vivir por el pensamiento en Dios. Aquella frente pensadora y seria se alzaba con majestuosa dignidad, como si tuviese algo de divina; había nacido para ser coronada, ya con las bellas flores del amor, ya con las pálidas y tristes del martirio. Su sonrisa era bella, pero melancólica como la luz del crepúsculo, y se notaban en su fisonomía : dulzura para el amor y resignación para el sacrificio. Era una de aquellas mujeres predestinadas á andar entre las borrascas del mundo, como pintan á Jesús sobre el Tiberiades, sin hundir las plantas.

Y, sin embargo, aquella mujer, así tan sublime é ideal, era perjura. Había olvidado nuestro amor, destrozado mi felicidad y llenaba mi alma de amargura.

¡ Cuánto sería mi despecho y mi pesar, al pensar que en otro tiempo había sido mía ; que

Digitized by Google

su corazón había latido enamorado, sólo para mí; que yo había despertado sus primeras sensaciones, y hoy no me amaba!...

Ella, cuya imagen había sido compañera en las horas de estudio, cuando colocando su retrato entre las hojas abiertas de mis libros, la contemplaba extasiado horas enteras. Ella, á quien veía en mis sueños venir hacia mí, con los cabellos flotantes y los ojos medio entornados, para hablarme al oído y revolar luego entre las cortinas de mi lecho, como el ángel custodio de mi descanso. ¡ Ella me había olvidado!...

¿ Habéis sabido lo que es alimentar una pasión, verla nacer, crecer y desarrollarse con nosotros y luego ver convertida en humo la esperanza, llevándose la paz del corazón? ¿ Habéis sabido lo que se experimenta al ver pasar cerca á nosotros una mujer que ha sido nuestra y que hoy nos mira con indiferencia ó con desprecio? ¡ Y contemplar aquellos labios en los cuales se posaron tantas veces los nuestros; aquellos ojos sobre los cuales nos inclinábamos para leer en el fondo de su alma; aquel seno que estrechamos tantas veces contra nosotros, y aquella mirada, antes apasionada y tierna, hoy indiferente y fría! ¡ Y ver que

Digitized by Google

nada de esto nos pertenece ya !... ¡ Qué despecho se apodera de nosotros ! ¡ Cómo anhelamos volver á gozar uno siquiera, de aquellos ratos que ya no retornarán ! Aquella mujer, huyendo de nuestro amor, es más bella á la imaginación, que cuando se adormecía en nuestros brazos ; sus atractivos resaltan á nuestra fantasía con la idea del misterio ; así, esquiva, la desea más el corazón que amante y rendida. ¡ Tanto así ama el alma lo imposible !

Además, Aura se presentaba más bella á mis ojos, iluminada por los rayos ardientes de la juventud que despuntaba en ambos, que cuando la ví tan pura á la luz apacible de la mañana de la vida. Entonces su hermosura hablaba sólo al alma inocente de un niño, ahora hablaba al alma, al corazón y á los sentidos de un joven, en toda la ebullición de las pasiones y enamorado de ella hasta el delirio.

Su hermosura, su esquivez y mi pasión parecían reunirse para aumentar mi infortunio.

*
* *

Dominado por mis tristes pensamientos y perseguido por amargas reflexiones, llegué una tarde al sitio de « Las Violetas, » testigo en

Digitized by Google

otro tiempo de felicidad. Todo estaba lo mismo, los árboles gigantescos dando siempre sombra á la casta mansedumbre de esas flores; las mismas enredaderas, tejiendo guirnaldas sobre la frente de los arbustos; la misma soledad, la misma calma! Pero en vano busqué una huella de nuestra última visita, no la hallé. El viento no guardaba ya ni memoria de nuestras palabras; nuevas flores habían brotado en el suelo; nuevos vientos habían soplado en la espesura y murmullos y voces muy distintas, traía la brisa en sus flotantes alas. Las violetas daban su perfume de siempre, abrillantando sus morados pétalos, con la luz amarilla del crepúsculo. Cogí algunas y las llevé á mis labios, ¡ ay! no eran las mismas que acarició con su aliento, cuando, niños y tímidos, llegamos allí á decirnos el postrer adiós!

Ante aquel bosque, tabernáculo de nuestro amor, poblado de tantas memorias y tantos recuerdos, permanecí absorto y meditabundo, como un hijo en presencia del sepulcro de su madre. ¡ Aquélla era la tumba de mi felicidad!

También la tarde expiraba, como aquella tarde de mi despedida. También las aves voloteaban sobre mi cabeza y las blancas pasionarias abrían sus hojas pálidas á los besos de la noche que avanzaba. Pero ¡ ay! el dolor que embargaba mi

Digitized by Google

alma era más profundo que el de aquella otra tarde ! Me recliné sobre el sitio en que habíamos estado juntos y allí permanecí largo rato como abrazado á su memoria y dormido en el regazo del recuerdo!

. . . .

Cuando me puse en pie era ya de noche. Me dirigí á la casa, atravesé sin ser sentido los corredores y entré á la sala.

Al pasar el dintel de la puerta me estremecí como deslumbrado por un rayo y dí un paso atrás. Aura estaba allí, sola, reclinada en un sofá, y en un momento de completa abstracción. Tenía su hermosa cabeza apoyada en una mano cuyo brazo se hundía en el fondo carmesí de un cojín, y sus hermosos cabellos caían hacia atrás, como para formarle una aureola de esplendor. La luna que penetraba á través de las vidrieras y cortinajes del balcón, dejaba caer la luz sobre su rostro pálido, con ese tinte amarillento y triste con que baña las hojas mustias de las azucenas que ha desgajado el viento en la espesura. Tenía un aspecto tan abatido que me detuve á contemplarla.

No se apercibió de mi llegada ó no tuvo fuerzas para huir, porque permaneció inmóvil. Avancé hacia ella.

— Aura, le dije con un acento débil.

Digitized by Google

Entonces levantó la frente.

Al sentir después de tanto tiempo la luz de su mirada sobre mí, al verla tan cerca, al comprender en su aspecto que sufría, no pude contenerme, los recuerdos de mi amor y de mi sufrimiento brotaron á mi mente y me arrojé á sus plantas. Tomé en las mías sus manos heladas, las cubrí de besos y de lágrimas y recliné sobre ellas mi frente angustiada.

Ninguno de los dos acertábamos á hablar una palabra. Últimamente yo rompí el silencio. Conmovido y sollozante le hablé de mi amor, de mi desesperación, de su indiferencia. Hice pasar ante ella los recuerdos de nuestra infancia, sus promesas y las horas de nuestras felicidad. Le dije cuánto había sufrido y llorado aquella tarde en « Las Violetas, » y le pedí piedad para mis dolores. Al fin, cuando con toda la vehemencia de mi alma le acusé de su perjurio y la hice cargo de la desgracia de mi vida, agitada por los sollozos, juntando sus manos y acercándose á mí, en un ademán de infinita desesperación, me dijo:

— Perdóname, perdóname, yo no tengo la culpa.

Y volvió á caer cubriéndose el rostro con las manos.

Digitized by Google

Alentado por aquellas palabras, redoblé mis súplicas, mezclando á ellas el nombre de Dios y la memoria de su padre. Los ojos cubiertos con la mano que sostenía su pañuelo de batista, la cabeza inclinada hacia atrás, ensimismada y sombría, no me respondía nada, parecía no oírme siquiera.

Herido como un tigre, por aquello que yo reputaba indiferencia, me levanté furioso, arrojé el insulto á su cara, fingí sentir desprecio por ella y con extraña vileza le hice una acusaeión cobarde !...

Pálida y muda ante aquella humillación, no lanzaron sus labios una queja, alzó sus grandes ojos preñados de lágrimas al cielo, bajó la frente y prorrumpió á llorar.

Conmovido con tanta abnegación, volví á caer á su lado implorando el perdón de mi falta. Estreché sus manos, recliné su frente sobre mi pecho y agasajé sus cabellos. Se dejaba acariciar como una muerta. Ceñi su talle con mi brazo y la traje sobre mi corazón, entonces exhaló un gemido.

— Aura, Aura mía, le dije entonces, ¿ por qué me has aborrecido?

Como despertando de un sueño, sacudió su pálida cabeza y clavando en mí sus ojos llenos de

Digitized by Google

ternura y de pasión, estrechó mi mano contra su pecho y me dijo :

— Sé generoso, perdóname y ten compasión de mí.

Después, mirándome fijamente murmuró :

— ¡ Cuánto has sufrido, ángel mío !... Y apartando los cabellos que habían caído sobre mi frente angustiada, aplicó á ella los labios. Al contacto de aquel ósculo pasaron todas las nubes de mi desgracia y me sentí de nuevo revivir.

— ¿ Me amas aún ? le dije.

— Sí, mucho, mucho, respondió tan triste como el gemido de una ave moribunda.

— ¿ Me olvidarás ?

— ¡ Nunca !

— Entonces, ¿ por qué me has hecho sufrir tanto ?

— Calla, por Dios, no me preguntes nada, dijo, y selló mi boca con su mano.

El amor, la soledad y la sombra nos rodeaban.

Recliné mi cabeza enloquecida sobre su seno, y caímos en un éxtasis de pasión !.... Poco después, la voz de uno de sus hermanos se oyó en el corredor llamándola. Entonces volvimos á la realidad de la vida. Me estrechó por última vez y se levantó sobresaltada. Arrancó con mano temblorosa un ramo ajado de violetas que adornaba su

Digitized by Google

pecho y me lo dió. Conservé aún por un momento su mano entre las mías.

— Adiós, me dijo con un estremecimiento nervioso. Había en su voz algo de solemne y me pareció como salida del fondo de un sepulcro.

— ¿Cuándo nos volveremos á ver?

— Muy pronto.

— ¿Y entonces me lo explicarás todo?

— Sí, mañana lo sabrás todo.

— Ingrata, iba á decirle, pero cuando fuí á llevar su mano al corazón, había desaparecido como una sombra.

Quise perseguirla, más cuando llegué á la puerta, el ruido de sus pasos se perdía en el aposento de mi madre. Abrumado de emociones contrarias, me arrojé sobre el mismo sofá que ambos acabábamos de abandonar y un tropel de pensamientos diversos vinieron á hacerme compañía.

* * *

Mucho tiempo estuve abstraído en mis meditaciones.

Me parecía un sueño lo que acababa de pasar! Era mucha felicidad para una alma tan habituada al dolor. Ella había estado en mis brazos; había

Digitized by Google

dicho que me amaba, que no me olvidaría jamás! Habíamos vuelto á abrazarnos y á amarnos como en la infancia! ¡Cuánta felicidad! Pero, ¿qué misterio envolvía su conducta? ¿Por qué no explicarse acerca de ella? ¿Á qué ese empeño en callar? Yo no lo comprendía; pero á pesar de mi felicidad un presentimiento se cernía en mi mente, como un buitre sobre la altura cuando espía la agonía de su víctima!

— Mañana lo sabrás todo, había dicho, y su voz era entonces temblorosa y parecía un gemido. ¿Qué iría á decirme? ¿Qué explicación daría á su conducta? ¿Qué revelación tendría que hacerme? En este dédalo de conjeturas me perdía cuando el reloj dió las diez de la noche. Entonces me dirigí á mi aposento. Al acercarme á la mesa de centro ví en ella una carta; la tomé sobresaltado. La letra era de Aura, me aproximé á la lámpara, temblando y anhelante rompí el sobre. He aquí lo que decía:

" Mucho he vacilado en escribirte, pero no he podido resistir al deseo de hacerlo. Sería el tormento más grande de mi vida no haber ensayado siquiera vindicarme á tus ojos. Te he amado mucho para no venir hoy, desesperada y triste, á suplicarte que me perdones. Perdóname, bien mío, si te arrastro conmigo á la desgracia. En

Digitized by Google

nombre de tu madre te lo pido! No maldigas á una mujer pobre y desvalida, á quien obliga el infortunio á ser perjura. Las olas de la desgracia me arrebatan, me llevan lejos de ti; antes de hundirme, te saludo. He luchado mucho entre mi desgracia y mi amor; estoy vencida por la primera. Antes de marchar al sacrificio vengo á decirte adiós!

" Huérfana, infortunada, no he tenido quien luche por mí, y he sucumbido. Esta carta será la última que te escriba. Mañana la distancia, y pocos días después, el deber, alzarán un muro inaccesible entre los dos.

" Temo decirte la verdad, pero es preciso. Mañana parto. ¡Esta es mi despedida!... Hubiera querido como aquella tarde, víspera de tu viaje, abrazarme contigo antes de partir, pero no me he sentido con fuerzas para hacerlo; comprendo que tu amor me haría vacilar. No te vuelvo tus cartas, tus versos, ni tu retrato; déjamelos llevar, son mi tesoro.

" ¡Ay! despidámonos también de todos nuestros planes de ventura para el porvenir, porque todo ha acabado entre los dos!... El destino lo ha querido así. Vacilo al decirte la verdad, toda la verdad; pero es preciso que la sepas por cruel que ella sea. Es preciso que sepas que entre los

Digitized by Google

dos no puede existir nada, porque muy pronto seré de otro hombre!...

"Perdóname si desgarro tu alma con esta confesión, yo también tengo desgarrada la mía. No me llames perjura, no me condenes, sólo vengo á implorar tu compasión.

"La causa de mi conducta tal vez no podrás saberla nunca, pero te juro que te amo.

"Si no es posible que me conserves tu amor, al menos no me castigues con tu indiferencia. Á todo me resigno, menos á la idea de que no me ames.

"Perdona la incoherencia de mis ideas, estoy como loca. Si tú me vieras en este momento, me compadecerías. Esto es superior á mis fuerzas; es una lucha muy dura para una mujer tan débil.

"Menos sensible sería arrancarme el corazón que separarme de ti. Soy muy desgraciada, no te goces en añadir á mi infelicidad tu maldición. ¡Ay! pasaría sobre mi frente como una ascua de fuego. Ten compasión de mí!

"Si al menos el dolor de esta acción cayera sobre mí sola, sería un alivio. Pero te alcanza á ti que no has hecho más que amarme, sufrir por mí y consagrarme tu vida. ¡Que el cielo tenga compasión de nosotros!... En fin, es preciso acabar, adiós!

"No me sigas, no llevo más aureola en mi

Digitized by Google

martirio que mi resignación y mi deber, ni más tabla en el naufragio que la fortaleza de mi alma.

" Si al declinar de alguna tarde, llegas al sitio aquél, en que tanto crecen las violetas, conságrame un recuerdo.

" Cuando veas una flor naciendo al borde de una tumba, una sensitiva á la sombra de un roble anciano, una violeta cerca á un trozo de hielo, acuérdate de mí!... De rodillas y con el alma pido á Dios un consuelo para tu dolor, ya que no lo espero para el mío.

" Perdóname si te he hecho desgraciado. No me desprecies nunca, ódiame más bien, porque hay odios que son el reflejo del amor. Tu desprecio sería el castigo de una falta de que no soy culpable. ¡ Quién pudiera mostrarte el corazón en esta carta !

« ¡ La Religión es el consuelo de las almas creyentes ; la Filosofía, dicen, que es el de las almas fuertes. Yo me acojo á la primera, Dios tenga piedad de ti.

" Adiós, no me maldigas, perdóname.

AURA. »

Tenía la fecha del mismo día y se veía que había sido puesta allí, antes de nuestra entrevista

Digitized by Google

casual. Aura no había pensado verse conmigo; Dios lo había dispuesto de otro modo.

Aquella carta me lo explicaba todo. Á ella debían referirse sus últimas palabras de aquella tarde, cuando dijo: "Mañana lo sabrás todo."

Cuando acabé de leer, me quedé como un idiota. Me arrojé vestido sobre el lecho, y hundiendo mi cabeza en los almohadones, me ahogaba sin poder llorar.

*
* *

Mis gemidos debían oírse fuera del aposento, porque en aquel momento sentí abrir la puerta con precipitación y oí que se acercaban á mi lecho. Alcé los ojos. Era mi madre.

Al verla corrí hacia ella, me arrojé á su seno y prorrumpí á llorar como un niño.

Ella sabía ya la historia de mi dolor, pero al oírla de mis labios y ver mi desesperación profunda no pudo contenerse, juntó su frente con la mía, y lloramos mucho.

Al fin, haciendo un esfuerzo para fingir serenidad, levantó la faz, secó su llanto y me dijo:

— Todo lo sé. Demasiado tarde para arrancar de ti ese amor, he venido á comprenderlo, y quizá he ayudado con mi silencio al desenlace que ha

Digitized by Google

tenido; pero una vez que no podemos evitarlo, es preciso que vuelvas en ti, pienses con juicio y no te entregues á la desesperación.

Moví entonces lentamente la cabeza, como para indicarle que era imposible, y añadí :

— Hay dolores que no pasan nunca, madre mía!

— Pero sí se mitigan con la reflexión. El dolor sólo es mortal, como ciertas enfermedades, cuando hiere á los viejos; pero á vuestra edad, todo es posible.

— ¿Olvidar á Aura? exclamé como hablando conmigo mismo. ¿Odiarla? Imposible.

— ¿Odiarla? No, hijo mío, jamás; esa niña es una santa.

— ¡Una santa! ¿y me engaña y me vende y me traiciona? exclamé con ironía.

— Calla, hijo mío; el dolor te hace injusto para con ella. Óyeme y verás cuán digna es de tu estimación :

" Muerto su padre en el campo de batalla, hace algunos años, ha quedado la familia reducida á la pobreza. El pequeño campo en que han vivido hasta hoy, está hipotecado á un hombre muy honrado de la ciudad vecina, que les ha permitido vivir en él. Este señor ha pedido la mano de Aura, ofreciéndola su capital, que es cuantiosísimo, y encargándose de la suerte de toda la familia.

Digitized by Google

"Ella ha vacilado; pero, ¿qué hacer? Como sabes, su madre hace dos años que está postrada en el lecho del dolor, presa de una enfermedad declarada incurable por los médicos, tiene cinco hermanos pequeños, la miseria los rodea y el hambre los acosa! Si ella rechazara esta propuesta, ¿qué resultaría? La muerte en el hospital para su madre, la desgracia para ella, la orfandad y el abandono para sus hermanitos. ¡Oh! no ¡esto sería horroroso!

"Ella ha vacilado mucho. ¡Cuántas veces me ha contado aquí, llorando, sus pesares y pidíome un consejo! Pero, ¿qué podría yo decirle? ¿Aconsejarle que destruyera tu felicidad? ¡Imposible! ¿Prometerle que tú te casarías con ella? Imposible también, porque tú no tienes más que diez y siete años y eres el único apoyo de tus hermanas y mío. Yo sacrificaría gustosa mi felicidad á la tuya; pero nada conseguiríamos, porque nuestra situación no es tan desahogada que nos permita resistir el peso de una familia semejante y en el caso de que ella resolviera aguardarte, ¿qué haría mientras tanto, arrojada la familia de la casa, sin recurso y sin amparo?

"Ante esta situación tan apremiante, ella se ha decidido al fin, porque obligada á optar entre la muerte de su madre, la desgracia de su familia

Digitized by Google

y tu amor, ha resuelto sacrificarse; porque sí, no lo dudes, ella te amaba mucho, y será muy desgraciada. ¡Pobre niña, es un ángel!

— ¡Un ángel! y se vende, dije yo.

— No blasfemes, hijo mío. ¿No harías tú otro tanto por salvarme á mí, si nos viéramos en caso semejante?

— Señora, por salvar vuestra vida iría yo hasta el delito.

— Pues bien, admírala y compadécela. Ella también salva la vida de su madre.

No me sentía con fuerzas para discutir, el dolor me había aletargado y callé.

Mi madre entonces se inclinó sobre el lecho, rodeando mi cuello y jugueteando con mis cabellos, como cuando me dormía en la cuna, y comenzó á hablarme de los mil proyectos que tenía y con los cuales creía halagarme. Me habló del buen resultado que había tenidò el reclamo de una parte de nuestros bienes, del próximo viaje á Bagotá y nuestro establecimiento allí, único anhelo de ella que amaba tanto su ciudad natal; en fin, de otras tantas cosas con que abrigaba la idea de neutralizar mi pena.

Yo la oía mudo como una estatua, el dolor había llegado al paroxismo. Sus palabras se iban como alejando de mí poco á poco, sentía un

Digitized by Google

sueño horrible, que me iba embargando por segundos, los objetos se envolvían en una niebla espesa, las luces se movían ante mí, vacilaban; últimamente la sombra me envolvió.

Pocas horas después, cuando abrí los ojos, mi lecho estaba rodeado de personas queridas, pero su rostro no estaba entre ellas. Mi madre estaba á la cabecera de la cama, mirándome con infinita ternura y reflejaba en su rostro las fatigas del insomnio, mis hermanas estaban de pie, el médico me pulsaba y todos espiaban mis movimientos con cariñosa avidez.

Yo no podía darme cuenta de lo que había sucedido, mi memoria estaba poblada de sombras. Quise pasarme la mano por la frente, como para despejarla ; y al abrirla rodó sobre el lecho un objeto que tenía fuertemente apretado, lo reconocí y todo brotó entonces á mi memoria.

¡Era el ramo de violetas de aquella noche!

*
* *

Convaleciente apenas, sorprendí una noche, en una conversación que sostenían muy paso mis hermanas, la fecha del día en que debía tener lugar el sacrificio de Aura.

Entonces medité mi plan.

Digitized by Google

Era preciso verla antes del día fijado, arrojarme así moribundo á sus plantas y ofrecerle mi mano con el resto de vida que me quedaba. Interponerme entre el altar y ella. Disputársela al hombre que me la arrebataba, hacerla mi esposa, implorar luego el perdón de mi madre y refugiarnos todos en nuestra antigua casa. Allí viviríamos tranquilos, aunque modestamente, pero felices y amantes como describe el poeta mejicano: ella, *siempre enamorada*, *yo*, *siempre satisfecho*, *los dos*, *una sola alma*, *los dos*, *un solo pecho*, *y en medio de nosotros*, *mi madre como un dios*. La vida sería así un paraíso, y mi imaginación se extasiaba en contemplarlo!... ¡Espejismos del alma! celajes engañosos de la felicidad, que halagabais entonces un cerebro enfermo y una imaginación calenturienta, ¿por qué no acabasteis de enloquecerlos? ¿Para qué dejasteis la luz en la mente cuando cubríais de tanta sombra el corazón? ¿No hubiera sido mejor la demencia, que esta laxitud del alma, esta eterna viudez de la existencia?

Un nuevo acceso de fiebre me había tenido de gravedad entre la vida y la muerte. Nada había podido coordinar para mi proyecto, y el tiempo avanzaba rápidamente. Era preciso hacer el último esfuerzo.

Digitized by Google

Ó salvarla, ó morir á sus pies en la demanda.

* * *

La aurora del día fijado por mí para ir á la ciudad, llegó al fin. Aunque había estado algunos días privado de sentido por la fiebre, según mis cuentas y lo que me parecía haber oído á mis hermanas, aún tendría tiempo para hablar con Aura y realizar mi plan. Era preciso ocultar mi pensamiento. Pero, ¿ quién podría imaginar que en el estado de postración en que me hallaba, pensara en moverme de mi lecho? Nadie.

Eran las cuatro de la mañana. Todo estaba en silencio. Hacía una hora que mi madre había vuelto á recogerse después de darme la última cucharada del medicamento. Mis hermanas, que habían velado hasta muy tarde, dormían también. Entonces levanté mi frente, pálida como la de un espectro, y asomé fuera de las cortinas del lecho. Estaba completamente solo. Tomé la ropa que el criado convenido conmigo había puesto allí, y comencé á vestirme. Muchas veces tuve que cesar en esta faena, porque me faltaban las fuerzas. Cuando, haciendo un esfuerzo supremo,

Digitized by Google

me puse en pie, sentí un zumbido horrible en los oídos, me faltó la vista y tuve que asirme á las columnas del lecho para no caer. Pero la robustez de la edad y el fuego de la pasión me sostenían. Cobré nuevas fuerzas y comencé á andar. Al pasar por cerca de un diván que estaba en mi mismo aposento, me detuve conmovido: la mayor de mis hermanas estaba allí, había velado mi sueño hasta que cayó rendida. Eva, momentos antes de despertar al mundo, al lado de Adán, no debió estar más bella; casi todo su cuerpo se ocultaba bajo el manto negro de sus cabellos destrenzados, que sólo dejaban ver á trechos sus vestidos, y el perfil admirable de su rostro. Así se duermen las palomas blancas, bajo el manto de sombras de la noche. Dormía tranquila y su respiración era igual, como la de un niño en la cuna; ni una nube empañaba aquella frente castísima. ¿Qué podía turbar aquel sueño de virgen, en esa edad en que sólo se sueña con los ángeles y Dios? ¿qué borrascas podía haber en aquel corazón inocente ajeno del mundo y sus dolores? La tranquilidad es el privilegio de la inocencia y ella dormía bajo este amparo. Tuve ímpetus de despedirme de ella con una caricia, pero temí que despertara. Recogí del suelo el abrigo con que había cubierto sus plantas y

Digitized by Google

había caído al suelo, y volví á arroparlas con él.

Según mi marcha, mis pasos se apagaban en la alfombra y nadie podía oírme. Al pasar frente á un espejo me sorprendí, no podía reconocerme, parecía un cadáver.

Tuve que atravesar el aposento de mi madre contiguo al mío. Ella dormía pero no tan tranquilamente como mi hermana: sin embargo, tenía su rostro esa apacible dulzura que la ha caracterizado siempre. Arrojé sobre ella una mirada de ternura. Su frente estaba ennubecida, como si un pensamiento muy triste la poseyese, su sueño era inquieto y agitado, profundos suspiros se escapaban de su pecho, y en la contracción de su frente y el aspecto angustiado de su rostro, se adivinaba bien cuánto sufría. ¡ Ay ! la imagen de su hijo desgraciado vagaba en el pensamiento de aquella mártir, agobiada ya por tantos infortunios ! ¡ Pobre madre mía ! mis dolores le robaban hasta la paz del sueño ! Quise posar mis labios en la mano que reposaba sobre la colcha de damasco rojo, no me atreví á hacerlo por temor de despertarla. Seguí mi camino. Me sentía sobresaltado y tenía remordimiento de abandonarla así, furtivamente, sin recibir su bendición, como lo hacía siempre que salía de casa. Iba ya á pasar el dintel de la otra ha-

Digitized by Google

bitación, cuando se quejó débilmente. Creí que me llamaba, me devolví; pero nada, seguía dormida. ¡ Ay ! aquel gemido era algo como una reconvención, como una queja. ¡ Qué extrañeza, qué dolor, qué desesperación se apoderarían de ella, cuando dentro de pocas horas al acercarse á mi lecho lo encontrara vacío !... Ni esta consideración pudo detenerme. Mi resolución estaba tomada. Atravesé el salón y abrí la puerta que daba al corredor. Estaba aún muy oscuro : la brisa helada de la cordillera pasó sobre mi frente, como la mano de un muerto ; sin embargo avancé aunque me sentía muy mal. El ambiente estaba húmedo y la brisa gemía melancólica en los árboles del patio, formando murmullos misteriosos en los ángulos de los corredores y en los pasadizos. Las blancas columnas de piedra de la antigua casa, formadas en hileras, me parecían las sombras de mis mayores que se alzaban para detenerme. La casa estaba medrosa, los criados dormían todos, y sólo Pablo, mi compañero desde niño, me esperaba al pie de la escalera. Me arropé bien con el abrigo que llevaba para impedir la acción del frío, y comencé á bajar ; difícilmente llegué al piso bajo. Me sentía desfallecer ; sin embargo, estaba resuelto á morirme ó á salvarla.

El coche nos esperaba ya en la puerta de

Digitized by Google

campo, sigilosamente llevado allí por Pablo, que lo había preparado todo. Me quería entrañablemente y su sufrimiento le hacía cometer estas locuras. Me arrojé sobre los cojines del carruaje y partimos al galope.

El coche se deslizó primero por sobre la menuda hierba de los potreros y pocos momentos después salimos al camino real. La fiebre me devoraba, me dolía la cabeza horriblemente, tenía los pies y las manos heladas y la sed me consumía. Á poco rato empezó á despuntar el día, y el aire refrigerante de la mañana, me dió un poco de vigor. Mandé descubrir el coche y me puse á contemplar el campo. El crepúsculo matutino daba un tinte bellísimo al paisaje. Tras de los cerros del Oriente empezaba á brillar la aurora con una luz blanca, apacible, que se iba extendiendo poco á poco sobre el cielo, á medida que las sombras se retiraban en tropel. La naturaleza empezaba á despertarse alborozada como un niño que abre los ojos al sentir el aliento de su madre que se inclina sobre la cuna. Los árboles se balanceaban suavemente, como para sacudir el letargo de la noche, y las aves en los nidos despertaban sus hijuelos con arrullos amorosos. El rocío suspendido en los ramajes y brillando en los helechos, semejaba los brillantes dispersos

Digitized by Google

de un collar, que hubieran dejado allí las visiones nocturnas, al emprender el vuelo, sorprendidas por la aparición del día. Las hierbas húmedas exhalahan perfumes exquisitos. Las inmensas vacadas se veían esparcidas en los potreros, ó recogidas en los establos, mientras los ternerillos encerrados bramaban impacientes.

Los campesinos aparecían desperezándose á las puertas de sus casas y me saludaban, admirados de verme cruzar el campo á aquellas horas. Las casas de las haciendas vecinas, se veían retiradas del camino y medio escondidas á la sombra de los árboles que las rodeaban. Poco después, era completamente de día. Habíamos andado mucho en pocas horas. El sol se levantaba majestuoso derramando torrentes de luz en el espacio, la mañana era espléndida. El cielo parecía insultar mis dolores con la alegría que comunicaba á la naturaleza: todo parecía sonreír en presencia de una alma que lloraba, y tanta luz de afuera no alcanzaba á iluminar tanta tiniebla de dentro.

Iba tan embebido en mis pensamientos, que no me apercibí de nuestra aproximación á la ciudad, hasta que el ruido del carruaje sobre el empedrado del puente que está á la entrada, me hizo advertir que habíamos llegado.

Digitized by Google

— A su casa, le dije á Pablo, quien debía comprenderme ya.

— Sí, señor.

Atravesamos gran parte de la ciudad.

De repente, el eco de una música no muy lejana, vino á herir mi oído : presté atención, y como caminábamos en la misma dirección, pronto oí claro los sonidos. Era música sagrada. Á pocas cuadras estuvimos frente á la Iglesia en que tocaban. No sé explicarme por qué, pero instintivamente dije á Pablo : « Pára. »

Detuvo los caballos y me abrió la portezuela, salté á la calle y me dirigí al templo. La música seguía en el coro y sonaba á mi alma como los acordes de un himno fúnebre. Los perfumes del templo, las vibraciones de la música, los murmullos de la oración, parecían celebrar las nupcias de la muerte.

El corazón presentía una gran desgracia y sin embargo palpitaba acorde, con la tranquilidad de la víctima que se apresta á recibir el último golpe.

¡ Pobre corazón mío!...

Me detuve, vacilé un instante, y me lancé á dentro.

La iglesia estaba engalanada de blanco, como para las exequias de una virgen, pero los concu-

Digitized by Google

rrentes demostraban asistir á uno de esos actos mitad religiosos y mitad profanos que se ven con tanta frecuencia. El lujo de los atavíos, el tocado de las señoras, la disposición de los asientos, me demostraron la naturaleza de la ceremonia : era ún matrimonio. Al primer golpe de vista lo comprendí todo, el corazón en la desgracia no se engaña... ¡ Había llegado tarde ! ¡ El sacrificio estaba consumado !... Y sin embargo, tuve aliento para avanzar. ¿ Fué resignación, demencia ó valor ? Yo no lo sé. Sería la resignación de la impotencia, la demencia del dolor ó el valor de la desesperación; ese valor que hace sonreír á un condenado á muerte en las gradas del patíbulo, como una maldición contra sus verdugos, y lo hace tender con orgullo el cuello á la cuchilla homicida. Era el destino que por presenciar mi agonía, me daba valor para resistirla. Así lo hacían los Procónsules romanos con los primeros mártires del cristianismo : no los mataban de un golpe. Era la cobardía feroz del infortunio cebándose en su víctima.

Pálido, con las huellas de la fiebre en la faz, los cabellos en desarreglo y el aspecto de un loco, subí por la nave derecha del templo hasta colocarme frente al altar. Allí los pude ver de cerca. El anciano demostraba la felicidad com-

Digitized by Google

pleta. Tenía el semblante severo y dulce al mismo tiempo ; en su frente se leían la bondad y la honradez. Sus cabellos blancos caídos sobre las sienes y su aspecto agotado y venerable, hacían triste contraste con la blonda cabellera y la divina juventud de Aura, cuya belleza resaltaba más bajo los blancos pliegues de su manto y su hermosa corona de azahares. Así postrada de rodillas y con aquellos atavíos, parecía más una niña llevada por su padre á hacer la primera comunión, que una esposa al lado de su esposo, en el acto de tomarse la mano para seguir juntos la senda de la vida. Sus ojos no osaban alzarse hasta el altar. Estaba resignada con esa dulce mansedumbre con que debió inclinarse el hijo de Abraham para recibir el golpe mortal de manos de su padre, y la hija de Jefté para marchar al sacrificio. Así caminaban sin vacilar las vírgenes cristianas á la hoguera. Al lado de aquel anciano que iba á poseerla, Aura se veía más bella con la aureola de la juventud y del martirio. Era la primavera al lado del invierno ; la vida cerca de la muerte ; la luz de la mañana impulsando al Occidente las últimas sombras de la noche ; una espiga tocada por el hielo ; una flor bajo una capa de escarcha ; una parásita en la cima de un nevado. Eran el dasado y el presente en un abrazo estrecho ; la

Digitized by Google

cuna y la tumba que se daban un beso misterioso. Florida enredadera que se adhería á un tronco anciano, tal vez lo arrastraría en su caída. ¡ Qué tristes eran aquellas nupcias del infortunio con la ancianidad!

Mudo como una estatua, oculto á sus miradas y apoyado en una de las columnas del templo, los contemplé largo rato. ¡ Qué pensamientos ocurrieron entonces á mi imaginacion ! Hubiera querido en mi desesperación, matarlos ambos de un golpe y perecer con ellos. Pero mis labios no se movieron, mis pies no avanzaron una línea.

En aquel momento el sacerdote levantó la hostia, y los concurrentes doblaron la cabeza como si el aliento de Dios pasara sobre ellos. Incliné la frente y desamparado del mundo, levanté el alma á Dios. Así permanecía absorto en un reclinatorio y cubierto el rostro con las manos.

Cuando levanté la frente la ceremonia había acabado. Entonces me puse de pie. Los dos esposos bajaban del altar cogidos de la mano. Me adelanté hacia el grupo de los convidados, penetré en él hasta llegar á la primera fila, asomé mi cabeza enloquecida y sombría, y pronuncié su nombre !...

Aura, como herida de un rayo, volvió á mirar.

Digitized by Google

Á la vista de mi rostro cadavérico y mis ojos extraviados por la fiebre y el insomnio, dió un paso hacia atrás: ¡Dios mío!... exclamó, y cubriéndose el rostro con un pañuelo, se apoyó en el brazo de su esposo y avanzó temblando hasta el carruaje que la esperaba en la puerta. El concurso la ocultó á mis ojos. Sin embargo, la seguí con el alma y quedé clavado allí. El ruido de los coches que desfilaban se escuchó pronto, anunciándome su desaparición.

Todos salieron, las luces del altar se apagaron, el órgano calló en el coro y el silencio imponente de los templos me rodeó. Entonces, solo, bajo aquellas naves solitarias comprendí toda la inmensidad de mi infortunio. La Religión y el llanto, consuelo de los desgraciados, me negaban su amparo: la duda había matado la fe en el corazón, y el dolor había agotado el llanto en las pupilas. Me sentía ahogar, el cerebro parecía querer saltarme en pedazos á fuerza del tropel de pensamientos, y el cuerpo se sentía débil para contener las borrascas del alma!... ¡Ni una oración en los labios, ni una lágrima en los ojos!... De súbito me faltó el aliento, creí que la razón me iba á abandonar, y me pareció sentir en la frente el beso helado de la locura. Llevé las manos al pecho y exclamé con desesperación:

Digitized by Google

¡Madre mía, madre mía!

Á la virtud de aquel nombre, como de la roca al contacto de la vara de Moisés, brotaron á mis ojos los torrentes de llanto, y al mirar con el alma la imagen de mi madre vagando en mi rededor, vinieron á mi memoria y brotaron á mis labios aquellas palabras con que ella me dormía. Alcé los ojos al Nazareno expirante y exclamé:

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

Junté las manos y bajé la frente.

. . . .

Un momento no más duró aquel éxtasis bendito!

Volvió la tempestad á rugir en el cerebro, la sombra á aposentarse en la conciencia, el dolor á apoderarse del alma, y la memoria como barquilla sin lastre, á perderse en el mar de los recuerdos. Entonces, como cruza un cielo preñado de electricidad la luz fosforescente de un relámpago, cruzó las sombras de mi mente un pensamiento. Eureka, pareció gritarme el genio del mal, desde el fondo de la conciencia. Me pareció que estaba salvo, entonces sonreí. Mi sonrisa era convulsiva y triste, como la de los locos; vaga y sombría; tenía tintes de crimen, de delirio y de sepulcro.

Digitized by Google

Era la sonrisa de la desesperación que cree burlarse del dolor, esa sonrisa que lo hace á uno exclamar con el poeta: "Me duele el corazón, pero me río." Lágrima que escapada del corazón no alcanza á llegar á los ojos y se derrama por los labios. El dolor también tiene sus sonrisas. ¡Qué horribles son las sonrisas del dolor!...

Pablo y dos jóvenes más, enviados por mi madre, entraron al templo en busca mía. Era ya tiempo, porque decaído el ardor febril que me sostenía por la fuerza de las emociones, empazaba á desfallecer. Sostenido por ellos abandoné el templo.

Poco antes de llegar á la puerta, por el mismo camino que la comitiva había llevado, mis pies tropezaron con un objeto, me incliné para recogerlo: ¡era un ramo de violetas! ¿Había sido desprendido del traje de Aura ó dejado caer por ella en el acto de la sorpresa? ¿Era aquello una casualidad ó era un recuerdo? Yo no lo sé, pero al acercarlo á mis labios, me pareció notar que las gotas de su llanto le habían servido de rocío. Lo guardé sobre mi corazón, me lancé adentro del carruaje y grité:

— Á casa.

Digitized by Google

*
* *

Era ya tarde cuando el coche se detuvo en el patio de la hacienda. En todos los rostros se leía la ansiedad y la tristeza. En el descanso de la escalera hallé á mi madre que venía á recibirme, tratando de ocultar las huellas del llanto. — ¡ Hijo mío! — exclamó al verme, y se lanzó á mis brazos. Luego me brindó el suyo para servirme de apoyo y acabamos de subir juntos.

Ni un reproche, ni una reconvención asomó á sus labios, pero sus miradas estaban llenas de quejas contenidas y tenían esa dulce ternura que sólo saben acendrar las madres. Su amor hacia mí había aumentado desde que era tan desgraciado. He ahí la condición del amor materno; único afecto á quien la desgracia hace aumentar el cariño al sér amado. Ved á donde quiera: el hijo más infeliz es el más querido de la madre. Aquel á quien la naturaleza ha negado sus dotes físicos é intelectuales, tiene mayor parte en el amor de la madre. El idiota, el enfermo, el extraviado, he ahí el hijo predilecto. El criminal mismo á quien la sociedad rechaza, la madre no lo repudia nunca. Siempre en sus labios hay un beso para nuestra frente, una disculpa para nuestras faltas, un con-

Digitized by Google

suelo para nuestros dolores. Siempre en sus labios palpitan estas palabras: ¡Pobre mi hijo! ¡Hijo mío!

Un canto de dulzuras infinitas, de infinitas ternezas, de arranques de generosidad, de desprendimiento, de abnegación, de sacrificios, de lágrimas y de caricias; he ahí el poema del amor materno.

La madre, como la escala mística de Jacob, es el lazo que nos une á Dios.

Entre Dios y los hombres, la madre.

Entre Jesús y la humanidad, María.

La pasión del Cristo es un gran poema, el poema más grande de la humanidad. Casi siempre se lee con lágrimas en los ojos, pero ninguna de sus escenas conturba tanto como el encuentro con su madre.

Quitad á María de la vía dolorosa, y habréis quitado á aquel drama sublime, si no su grandeza, sí toda la sublime poesía de su ternura.

De la madre á Dios no hay sino un paso.

Yo no he podido dudar nunca de Dios, porque he visto sus reflejos en los ojos de mi madre.

He tenido que forjarme la ilusión de un cielo, porque lo necesito para ella.

He tenido que creer en el premio de los buenos y de los mártires, porque ¿cómo imaginarme que aquella santa mujer, que ha recorrido tantas

Digitized by Google

escalas del martirio, no será premiada por Dios?

Yo he podido comprender lo que es la virtud llevada al heroísmo, porque he tenido á mi madre por modelo.

Yo no he podido concebir nunca que haya hombres que no quieran á su madre, porque si los hay, son bestias feroces con aspecto humano.

¡ Ay ! qué hubiera sido de mí sin mi madre, sin este amparo en mi desgracia, sin este ángel cuyas alas se han interpuesto siempre entre el dolor y yo; estrella cuyos blancos resplandores han caído sobre mi frente, en esta noche eterna y borrascosa de mi angustia!

¡Madre del corazón! ¡Madre del alma! ¡tu recuerdo solo es un consuelo en mis dolores!

Una vez en el aposento, ella misma me ayudó á recogerme. Mis hermanas con semblante cariñoso y triste, arrojaban abrigos sobre mis pies, mientras ella me tocaba con vaga inquietud la frente y me cogía las manos. Ella temía una recaída y trataba no obstante de ocultar sus presentimientos y de engañarse á sí misma.

No se le escapó una sola pregunta indiscreta, la más ligera alusión á mi salida de casa, pues sabía que debía mortificarme horriblemente; lo sabía ó lo había adivinido todo, y por eso callaba

Digitized by Google

compadeciendo en silencio la magnitud de mi dolor.

Durante el resto de la tarde y parte de la noche me esforcé tanto en aparecer mejorado y conforme, que logré con esta astucia que la familia se recogiera después de las diez. Esperé á que todos se hubieran dormido. Con la impaciencia del asesino que aguarda su víctima ó del ladrón que acecha su presa, había esperado aquel momento. Salté del lecho, me envolví en una bata y me aproximé á la puerta que comunicaba con las otras habitaciones, apliqué el oído, todos dormían... Era, pues, la hora. Cerré con llave aquella puerta y miré en torno mío; nadie había quedado adentro. Tenía miedo, el zumbido de las alas de una mosca bastaba para asustarme. La lámpara encerrada en un globo de cristal verde, daba un tinte amortiguado y sombrío á la habitación. La péndula del reloj se movía á compás, como indicándome el tiempo que me quedaba. Los objetos del cuarto tomaban formas medrosas. Todo me parecía poblado de sombras... Me acerqué al escritorio, que era el mismo que había servido á mi padre durante toda su vida. Encima se obstentaba su retrato de medio cuerpo, con su semblante varonil y decidido, demostrando el valor indomable, que lo había hecho en todas

Digitized by Google

partes un héroe; sus grandes ojos de mirada penetrante y fija y su bigote negro y poblado, que acababa de dar á toda su fisonomía un aire caballeresco y marcial. Vestido de frac negro, no llevaba distintivo ni condecoración alguna, y en su actitud severa parecía destacarse del cuadro para convencer con esa palabra elocuente y fluida que le había hecho tan agradable entre los hombres de su época.

Al clavar los ojos en él, volví á bajarlos. Sentía vergüenza en su presencia. ¡ Él tan grande y yo tan pequeño! ¡ Él tan valeroso y yo tan cobarde! Sí, porque la acción que iba á cometer es la más baja de las cobardías y el más villano de los asesinatos! ¡Y hay quien hable del valor de los suicidas! ¿Desde cuándo es valor la retirada vergonzosa en presencia del enemigo? Abandonar el campo en lo más recio del combate ¿es heroísmo?... El suicidio es fruto del extravío mental, es una locura, y yo estaba loco; sí, loco de desesperación y de dolor.

Me senté al escritorio. Era preciso escribirle á Aura, despedirme de ella, decirle que moría pronunciando su nombre y perdonándola. Era preciso dedicarle la última luz de mi alma. Tomé la pluma y con mano temblorosa escribí estas estrofas:

Digitized by Google

Hoy que llevas la blanca sien ornada
Por la hermosa corona de azahares,
Hoy que ya has roto nuestra fe jurada,
Quiero darte mis últimos cantares;
Hoy que tronchaste mi ilusión amada
Al postrarte á los pies de los altares,
Quiero que escuches mi postrer lamento,
Última luz que da mi pensamiento.

Abandona el festín y ven conmigo,
Hablemos de los años que han pasado,
¿Me recuerdas? Yo soy aquel amigo
Que niño, siempre jugueteó á tu lado,
Que cuando no teníamos un testigo
Y vagábamos solos por el prado,
Te daba rosas y sencillamente
Te besaba en los labios y en la frente.

¡Ah! ¿ves aquel hogar que allí blanquea
Medio oculto en el verde naranjal?
Esa era tu morada. ¡Cuánta idea
Ella despierta en mi dolor fatal!
¿Cómo al alma impedir que allí te vea
Recostada á la sombra del rosal?
¿Cómo impedir al corazón llagado
Que goce recordando lo pasado?

¿Ves más allá el límpido riachuelo
Á cuya orilla te esperaba ansioso?
Él, siempre reflejando el mismo cielo.
¿Ves más allá el copudo pomarroso
Que cubrió nuestras horas de desvelo
Cuando en mis brazos te estreché amoroso?

Digitized by Google

¿Por qué ocultas la faz? Alza la frente
Si ante mí te confiesas inocente.

Nada ha variado allí, el mismo cielo
Siempre limpio hasta el último confín,
Las mismas aves ensayando el vuelo
En los tupidos sauces del jardín;
Á la casa cercano el arroyuelo
Con las mismas violetas y el jazmín.
Los mismos nidos siempre en el bambú,
Sólo has variado para mi alma, tú.

Tú, solo encanto que adoré de niño,
De mis juegos bendita compañera,
Á quien brindé mi virginal cariño
En los delirios de mi edad primera;
Tú, blanco copo de flotante armiño.
Que entre los sueños de mi infancia viera,
Tú, que al amor mi corazón abriste,
¡Ay! ¿por qué me olvidaste y me vendiste?

Tú, á quien mi infancia consagré rendido,
Á quien le di mi amor de adolescente,
Tú, á quien amé despierto y vi dormido,
¡Quién pudiera expresarte lo que siente
Mi alma infeliz al ver que te ha perdido!
¡Quién pudiera borrarte de la mente
Y hundirse para siempre en el olvido!
Por este débil corazón me pierdo
Porque quiere vivir de tu recuerdo.

Digitized by Google

Yo no sé si culparte ó defenderte;
No sé explicar traición tan atrevida.
Tú, que alardeabas siempre de ser fuerte:
¿Por qué fuiste á amargar así mi vida
Vendiendo ante el destino cruel tu suerte,
Al postor de más oro? ¿Por qué uncida
Fuiste á jurar al pie de un Dios sagrado
Ser de un hombre que nunca habías amado?

Yo vi temblar tu planta vacilante
Al marchar al altar do te inmolaban,
Y vi palidecerse tu semblante,
Y los azahares en tu sien temblaban;
Te vi casi caer en el instante
En que tus puros labios pronunciaban,
Con apagada voz, los juramentos
Que nuestra antigua dicha hacían fragmentos.

Yo también vacilé, mis tristes ojos
Fijos en ti, querían anonadarte,
Al oír el juramento caí de hinojos,
Y juré por mi madre, perdonarte!
Y al contemplar los fúnebres despojos
De aquel amor que vengo á recordarte,
Sentí huérfana el alma y solitaria
Y alcé por ti á los cielos mi plegaria.

Al fin todas las luces se extinguieron,
También el canto se extinguió en el coro;
El templo abandoné, los que me vieron
Advertirían las huellas de mi lloro.
¡Y qué me importa á mí, si comprendieron
Que te amo con delirio y que te adoro,

Digitized by Google

Si hoy te lo digo en esta despedida
Que te doy con el alma y con la vida!

Adiós, mujer, si acaso á tu ventura
Faltaba el sacrificio de la mía,
Ahí la tienes también; ¡ adiós perjura!
Que seas feliz, pues nunca en mi agonía
Podría yo contemplar que la amargura
Tu vida entristeciera un solo día.
¡Adiós! en prueba de mi inmenso encono,
Te saludo al morir, y te perdono!

En estos versos derramé toda la hiel y las tristezas de mi alma! Los coloqué bajo de un sobre, con una súplica para que fueran enviados á su destino y los arrojé sobre la mesa. Pensé escribir á mi madre, pedirle perdón y excusarme ante ella. ¿Mas cómo disfrazar mi acción? ¿Cómo disculparme del abandono en que iba á dejarla?... Era mejor callar. Arrojé la pluma lejos y reuní todas mis fuerzas. Abrí con mano convulsiva un cajón, y hallé lo que deseaba; mi revólver estaba allí. Á su vista mis ojos brillaron de alegría y sin embargo temblé. Al cogerlo en mis manos para cargarlo, estaba confuso, apenas acertaba á poner los proyectiles. Cuando estaba listo, volví á mirar; estaba aún solo, algo como el silencio del sepulcro me rodeaba ya. ¡ Los momentos avanzaban!... Hice el último esfuerzo y llevé el arma á

Digitized by Google

las sienes. El frío de la muerte me tocó. En aquel momento levanté los ojos, y al ver el retrato de mi madre, exclamé como una despedida, montando el arma fatal :

— ¡ Madre del alma!

— ¡Hijo mío, hijo del corazón! escuché detrás de mí. El arma rodó á mis plantas, y en mi frente en vez del plomo suicida sentí posarse los labios temblorosos de mi madre, que había entrado por la puerta del corredor. Pálida, convulsiva, nerviosa, me tocaba como para convencerse de que estaba vivo. Me miraba, pero sus ojos tenían una fijeza extraña, y rodaban sobre su rostro las lágrimas, como las gotas de la lluvia sobre las estatuas que adornan los monumentos mortuorios.

Súbitamente dió un grito, llevó las manos al pecho y cayó poniendo su frente sobre mis rodillas, como para morir sobre su hijo, y luego rodó al suelo !...

A la vista de aquella madre infeliz, exánime á mis plantas, el corazón se despertó, toda mi sensibilidad volvió á brotar para ella y ya no me acordé sino de atenderla.

El dolor había hecho al fin su efecto en aquella víctima inocente! Era ya demasiado tanto y tanto golpe asestado á aquel corazón de ángel ! Me precipité á su lado, la recliné en mi pecho y la llamé

Digitized by Google

con voces desesperadas; á mis gritos acudieron mis hermanas; imposible pintar el dolor que se apoderó de aquellas pobres niñas que apenas alcanzaban á comprender el drama que se desarrollaba en torno de ellas. Recogimos aquel cuerpo tan querido para todos y lo llevamos á su lecho. Pocos momentos después partían en busca del médico, mientras nosotros nos desesperábamos por volver á la vida aquella madre adorada. ¡Qué remordimientos, qué dolor, qué vergüenza se apoderaron de mí!... Al lado del lecho materno velé con el corazón y con el alma. ¡Noche de angustia, yo no os podré olvidar jamás! Yo no había probado lo que era el remordimiento, y éste era superior á todos los dolores!

* * *

La luz del día siguiente declinaba.

La estancia estaba débilmente alumbrada por una lámpara colocada detrás de una pantalla. Mis hermanas, rendidas de fatiga, descansaban y yo velaba sólo al lado de aquélla que era la mitad de mi alma.

Sentado cerca á la cabecera del lecho, tenía una de sus manos en las mías y apoyaba sobre ella mi frente calenturienta. La mano se agitó levemente;

Digitized by Google

alcé la cabeza, mi madre despertaba. Apenas abrió los ojos dijo muy paso :

— ¿ Mi hijo?

— Aquí estoy, madre mía.

— ¡ Ah ! ¿conque no es cierto ?

— No, señora.

Levantando un momento la cabeza, fijó en mí una mirada tan intensa y tan tierna, como si en aquel momento toda su alma se hubiese asomado á sus ojos.

— ¡ Ah ! ingrato, murmuró.

— Sí, muy ingrato, pero perdóname, madre mía.

— Sí, te perdono, porque sé que sólo el dolor ha podido hacerte intentar esa locura. Si no fuera así, yo estaría avergonzada de ser tu madre. ¿Cómo ibas á manchar así, con un crimen, el nombre de nuestra familia inmaculada hasta hoy ? ¿Cómo querías abandonarnos? ¿Qué hubiera sido de nosotras sin tu apoyo? ¿Qué hubiera sido, sobre todo, de tus pobres hermanitas ? ¿ Sabes tú á todo lo que están expuestas las mujeres en este mundo, cuando les falta el apoyo de un hombre ? ¡ Ah ! tú no lo sabes porque estás aún ajeno á las intrigas sociales y los escollos de la vida. ¿No pensabas que tus hermanas tendrán que ir no muy tarde á Bogotá, donde ocuparán la posición que nuestra familia ha ocupado siempre, y en-

Digitized by Google

tonces qué harían ellas sin su hermano, único amparo y única sombra que debiera protegerlas?

Calló por un momento; yo no me atreví á responder nada. Luego colocando su mano en mi frente para acariciar mis cabellos, continuó en un tono dulcísimo:

— ¿No es verdad, hijo mío, que tú no volverás á pensar en esto?

— Nunca, señora.

— ¿Me lo prometes?

— Sí, señora.

— Júramelo por el nombre de tu padre.

— Os lo juro.

— Y por este Cristo, dijo tomando el crucifijo que había á la cabecera de la cama.

Tomé la imagen en mis manos y juré.

— Tú cumplirás, dijo entonces. Si así lo hicieres, Dios te bendiga; y extendió sobre mí su mano temblorosa, haciendo sobre mi cabeza la señal de la cruz.

Me incliné entonces.

Estaba redimido.

Cuando la madre perdona, perdona Dios.

*
* *

Dos meses habían transcurrido.

El dolor no había muerto, se había dormido

Digitized by Google

en el corazón. La paz empezaba á renacer en la casa y yo ocultaba á mi madre la tristeza que me devoraba, fingiendo que el olvido penetraba poco á poco en mi alma.

No había vuelto á ver á Aura ni oído hablar de ella, después de su matrimonio ; se esquivaba estudiadamente hablar delante de mí, de todo aquello que pudiera remover en mi memoria las funestas escenas que habían pasado.

Dominado por el hastío y en busca de distracción, fuí á la ciudad donde se hallaba una compañía dramática dando una temporada de funciones.

Una noche que concurrí al teatro, me entretenía momentos antes de principiar la representación, en repasar con mis gemelos las filas de palcos ya repletos de señoras, cuando mis ojos se detuvieron en uno, cuya puerta acababa de abrirse; dos personas entraron en él: ¡eran Aura y su esposo!

Ella entregó al anciano la capa de pieles con que venía cubierta y pasó á ocupar la delantera del palco, apoyando sobre la barandilla su brazo desnudo, con una majestad de reina. Venía sencilla, pero elegantemente vestida; traía un traje de terciopelo negro, que dejaba en descubierto su pecho y sus brazos de alabastro, y de la línea negra de su traje se destacaba su busto delineado y perfecto, como si hubiese sido esculpido en

Digitized by Google

mármol de Paros por el cincel de Fidias, sosteniendo su cabeza divina, que hubieran envidiado por lo ideal, las vírgenes de Rafael y de Murillo. Sus hermosos ojos brillaban como dos carbunclos bajo su frente serena, á la que daban sombra sus cabellos caídos sobre ella primorosamente peinados á *la capital*. Por único adorno llevaba un ramo de violetas sostenido por un broche de brillantes en la cabeza y otro en el pecho. La palidez de su rostro comunicaba más fuego á su mirada y más encanto á su fisonomía. Su elegancia, su hermosura, su reciente matrimonio, llamaron sobre sí la atención general, y los anteojos del patio y los de los palcos se clavaron en ella. Era la primera vez que aparecía en público después de su enlace, pues todo ese tiempo había permanecido en una de las haciendas de su esposo,

Imposible pintar la sensación que experimenté. Celos, amor, despecho, rabia, todo se agolpó á mi corazón. Guardé el binóculo en su caja, y me senté aturdido en la butaca y así permanecí largo rato. Al fin, no pude resistir al deseo de mirarla y alcé los ojos á su palco. Ella recorría en aquel momento con la vista la platea, de repente sus ojos se encontraron con los míos; sobrecogida, fascinada, se quedó inmóvil. Ambos comprendíamos que estábamos sosteniendo á nuestro

Digitized by Google

pesar aquella mirada de fuego, pero la naturaleza era superior á nosotros y nos retenía allí suspensos y absortos como dos seres que han llegado al mismo tiempo á la orilla de un abismo. Al fin con esfuerzo doloroso, rompimos la corriente eléctrica que nos unía. Al dejar de mirarla quedé en la sombra y deslumbrado, como si el sol hubiese pasado un momento á pocos metros de mis pupilas. Quise abandonar el teatro, huír de aquella visión fascinadora y volver á ocultar mi desesperación en el seno de mi madre y el silencio de mis campos; pero una fuerza superior á mi voluntad me retuvo allí.

Ponían en escena aquella noche una pieza muy conocida de todos, y muy en boga entonces, especialmente en los teatros de provincia: " La Flor de un día. " Durante el prólogo y algunas escenas del acto primero, pude cumplir mi resolución de no mirar á su palco, pero al llegar á aquel pasaje, en que don Diego, que vuelve á buscar á Lola, la halla casada y al encontrarse casualmente solos, la apostrofa por su infidelidad diciéndole :

« Porque vuestra pasión es flor de un día
que dura sólo lo que dura un lirio,
mostrando al hombre que en amores fía,
que el premio del creyente es el martirio.

Digitized by Google

¿Qué importa á la mujer si en la mudanza,
son de lisonjas sus oídos llena,
convertir una vida de esperanza
en campo estéril de infecunda arena?"

alcé los ojos á Aura. Conmovida, agitada, la respiración anhelosa, la vista fija en el escenario, movía sus labios, como repitiendo palabra por palabra aquellos versos que yo le había enseñado de memoria. Al concluírlos volvió sus ojos humedecidos á mí, pero los apartó prontamente. Mas, cuando Lola, respondiendo á las quejas de su amante engañado, le dice con desesperación y con ternura :

" Y ante el hombre ofendido que amé tanto
no hallar una palabra en mi disculpa !....
Ni aun el consuelo de enjugar su llanto,
llanto que vierte por mi sola culpa.
Y cuando á su desprecio resignada,
diera mi salvación por su ventura,
¿creéis que á una mujer tan humillada
podéis hablarle vos de desventura?
decidme : ¿lo creéis ?"

entonces bajó sus ojos á mí, mirándome con fijeza como si hubiera querido afirmar aquellas últimas palabras. Había en aquella mirada quejas y reproches, severidad y amor. No pude

Digitized by Google

soportar la expresión de aquellos ojos bañados en luz y repletos de tristeza y bajé la vista.

Cuando pocos momentos después volví á mirar, el palco estaba vacío, y se oyó fuera el ruido de un coche que se alejaba. Era el de ellos. Y sin embargo, permanecí con los ojos fijos en aquel palco abandonado, en cuyo fondo me parecía aún ver destacarse, entre el cortinaje carmesí, el busto ideal y majestuoso de Aura.

Aquella noche al regresar á casa no podía conciliar el sueño. Todos mis dolores, adormecidos apenas, habían vuelto á despertarse á la vista de aquella mujer tan hermosa y tan querida. Ella me amaba, no había duda. ¿ Sería imposible que volviéramos á vernos, á recordar nuestros amores y á amarnos en silencio? Ya que no podía ser mi esposa ante los hombres, ¿ no podríamos seguir amándonos en el misterio? He ahí los pensamientos que me asaltaban. Impulsado por ellos, perseguido por el insomnio y agitado por la pasión, me levanté y escribí á Aura. Mi carta era tierna, sensible, inconvenientemente atrevida; era la carta de un adolescente enamorado y fogoso, á quien en el delirio de la pasión, todo le parece permitido.

Después de escribir volví á acostarme un poco más tranquilo, y logré dormir; pero ni en sueños

Digitized by Google

pude apartar de mi memoria aquella imagen, y si despertaba, me parecía divisar en los ángulos oscuros de mi aposento, mirándome con tristeza, aquella cabeza pálida, adornada de violetas.

*
* *

La contestación á mi carta no se hizo esperar. Era fría, severa y digna. Castigaba con ella mi atrevimiento y se disculpaba al mismo tiempo.

"¿ Olvidáis, me decía, que soy casada? ¿ No sabéis lo que encierra esta palabra para una mujer de honor? No pretendáis quitar al martirio lo único que puede ennoblecerlo: la virtud. Ninguna pretensión de amor sobre una mujer casada, deja de ser un crimen. Al ser que se ama no se le arroja lodo. La infamia es el peor de los castigos; el remordimiento, el peor de los dolores. ¿ Por qué queréis aumentar mi agonía con estos dos martirios? El mundo puede engañarse, la conciencia jamás!: dejemos la conciencia pura. La infidelidad es un crimen, y cometida á un anciano indefenso es una profanación, una villanía. La infidelidad no la constituye sólo el hecho criminal, basta un pensamiento consentido. La mujer virtuosa no debe tener tanta confianza en sí misma, que se exponga á una prueba. Á una

Digitized by Google

mujer casada no le basta ser honrada, es preciso que el mundo comprenda que lo es. La más ligera indiscreción basta á perderla, y toda la sangre del mundo no basta á salvarla.

" Si es cierto que me habéis amado, creo que por esto no me aborreceréis. La más leve condescendencia bastaría para rebajarme ante vos mismo, y yo no quiero que me despreciéis. Mi conducta os demostrará que no habéis amado una mujer indigna y la dignidad aumenta los afectos nobles.

" Yo no puedo concederos la entrevista que me pedís, ni menos sostener correspondencia con vos, porque esto á más de ser un crimen, tendería á aumentar nuestro infortunio.

" Es preciso convencernos: no hay esperanza para nosotros.

" Colocados en las opuestas orillas de un abismo no podremos unirnos nunca. No intentéis pasarlo, porque os vería sucumbir sin poder salvaros. Si ese abismo no fuera el del crimen, yo me arrojaría para perecer abrazada á vos.

" No me hagáis sufrir más, dejad mi herida que se cicatrice. Dios y la sociedad nos separan!...

" El crimen es una tinta que mancha cuanto toca; no nos acerquemos á él.

" Habéis leído en la Sagrada Escritura que

Digitized by Google

hay en el interior del Asia, un mar á cuya orilla no crecen las palmeras, cuyo fondo envenenado no cría peces y por cuya atmósfera asfixiante no cruza nunca una ave sin que caiga sobre sus olas sin volver á levantarse. Ese es el mar muerto! Él cubre las ciudades Pentápolis, á quienes Dios redujo á cenizas en castigo de sus maldades. Así hay también en la humanidad corazones á cuyo fondo no puede asomarse el pensamiento! Y en su horrible quietismo se ocultan los restos de pasadas borrascas; en ellos, como en aquel mar, la ilusión, palmera del disierto de la vida, no extiende su ramaje, ni una sola esperanza cruza su superficie amenazante, y ¡ ay de una! si descarriada la atraviesa, porque encuentra la muerte en su seno.

" Imagen de ese mar son nuestros corazones, no nos acerquemos á ellos. Bajo su engañosa calma duermen los restos de nuestras pasiones, hechas carbón después de tanto incendio.

" Amamos mucho y tenemos que sufrir mucho más. El paraíso tuvo fin; ¿el infierno será infinito? No, la vida pasa, y en las rocas de la muerte se estrellan las borrascas del dolor!

" Hasta entonces".

Esta carta era la última palabra entre los dos,

Digitized by Google

y comprendí que no debía guardar esperanza alguna. Mi orgullo se rebeló contra su dignidad y me propuse fingir indiferencia hasta hacerle comprender que la había olvidado. No volví á la ciudad por temor de encontrarla, y me entregué por completo al estudio y al cuidado de nuestros intereses.

Así se corrieron pocos meses. Tratando de engañarme á mí mismo, creía que podría al fin calmar aquella tormenta que amenazaba acabar con mi existencia; y, mi madre, que no podía ver las batallas que sostenía mi corazón, daba gracias al cielo creyéndose ya salvo. ¡Ay! pronto la tempestad vendría á sorprenderme en aquel puerto indefenso en que me había guarecido.

*
* *

Un día acababa de abandonar el lecho, cuando sentí las herraduras de un caballo en el patio principal, y el ruido de una persona que subía la escalera: era un hombre que acababa de llegar á la ciudad y traía una carta para mí. La abrí sobresaltado. No conocí la letra, pero la firma me hizo estremecer: ¡era del esposo de Aura! ¿Qué habría sucedido? ¿Había llegado el caso que yo siempre había esperado? ¿El esposo aquél, celoso

Digitized by Google

y cobarde maltrataría á Aura? ¿Se trataba de una explicación? ¿Podría salvarla?... La carta no arrojaba luz alguna, decía :

" Caballero : No os conozco, pero una circunstancia de familia me hace pediros el honor de que vengáis. Os lo suplico. Básteos saber que la tranquilidad de mi esposa y la mía dependen de vuestra presencia. Hacedlo por favor; venid. "

No había duda, yo podía salvarla; si era una explicación yo la daría; si era un ultraje, yo la arrancaría de mano de su verdugo.

Mandé preparar el coche y pretextando cualquiera ocupación para no alarmar á mi madre, me dirigí á la ciudad. Á las pocas horas de camino había llegado; el carruaje se detuvo á la puerta de la casa de Aura, eché pie á tierra y penetré.

*
* *

¡Había un silencio profundo en toda la casa!...

Algunas personas vagaban por los corredores con aire misterioso. Un hálito de muerte se respiraba allí. Un pensamiento me ocurrió entonces: acaso el anciano estaba enfermo... ¡había muerto!... Lo confieso avergonzado : sonreí con aquella idea. Yo sabía que él vivía enfermo, y la letra de su carta demostraba un pulso inseguro

Digitized by Google

y tembloroso. No había duda, habría querido recomendarme á Aura antes de morir. Al pensar en esto me compadecí de él; pero la idea de que Aura estaba libre, se apoderó de mí. En esto oí llanto de mujeres en una pieza inmediata; me pareció distinguir el suyo. No había duda, Aura era viuda. Avancé á la sala, no había nadie. Empujé una puerta y penetré en un aposento; estaba todo enlutado !... ¡Allí estaba ella!... Vestida de negro, alumbrada por cuatro cirios y tendida en un tálamo mortuorio, reposaba sobre un lecho de violetas y gasas negras. Sólo su esposo la acompañaba. De rodillas al pie del ataúd, el pobre anciano, con los brazos cruzados sobre el féretro y la frente inclinada, regaba con su llanto los pies y el traje de la muerta. Cuando entré parecía rezar. Alzó los ojos para verme y volvió á dejar caer la cabeza, presa de una horrible atonía. Su blanca cabellera brillaba con la luz de las antorchas, como el nevado del Tolima á los rayos temblorosos de la luna, y parecía un padre al pie del cadáver de su hija.

Aturdido con lo que me pasaba, no sabía ni darme cuenta de lo que sentía, pues los dolores morales son como las heridas físicas : el primer golpe aturde y al enfriarse la herida, es que empieza el sufrimiento.

Digitized by Google

Me acerqué al catafalco. Aura parecía dormida; me incliné sobre ella y la besé en la frente. Al contacto de aquel beso pareció querer abrir los ojos para mirarme. ¡Cuán bella estaba así, cubierta por las sombras de la muerte! El tinte azulado de los cadáveres no había desperfeccionado su divino semblante, y la sombra de sus largas pestañas negras se proyectaba sobre su rostro como las alas abiertas de un colibrí sobre el blanco matiz de una azucena. Las venas azuladas surcaban su frente tersa, y sus labios estaban aún como plegados por la última sonrisa que había tenido al ver el cielo; sus manos blanquísimas cruzadas sobre el pecho resaltaban en el fondo negro de su traje, como dos rosas blancas que hubiera arrojado el viento sobre el mármol negro de una tumba, y entre ellas, atado con un lazo de cinta negra, tenía un hermoso ramo de violetas. Á la vista de aquellas flores y las otras que rodeaban su cadáver, me estremecí y di un paso atrás. El anciano que hasta entonces había permanecido con la frente oculta en las manos, se puso en pie y se acercó á mí. Al ver la impresión que aquellas flores me causaban, dijo:

— Aura amaba tanto estas flores que me suplicó que con ellas adornara su cadáver y cubriera su tumba.

Digitized by Google

El llanto, largo tiempo comprimido, brotó á mis ojos, los sollozos invadieron mi voz, me cubrí el rostro con el pañuelo y empecé á llamarla á gritos. Al ver tanta emoción el anciano añadió :

— ¿ La habéis amado mucho ?

— Como á una hermana, le respondí. Á la luz de los cirios pareció que con aquella palabra mentirosa el cadáver se hubiese enrojecido.

— Fué la compañera de mi infancia, mi amiga más íntima y más querida.

— ¡ Ah ! entonces sois... Aquí el anciano pronunció mi nombre.

— Sí.

— Ella os amaba mucho, fué el vuestro el último nombre que pronunció y sus labios se cerraron para siempre después de haberos llamado por última vez.

— ¡ Ah ! señor, le dije entonces, sois muy cruel. ¿ Me habéis llamado sólo para esto ?

— Perdonadme, habéis llegado demasiado tarde. Cuando os mandé llamar no nos pareció que estuviera de muerte; ella misma abrigaba la esperanza de veros, pero media hora después de haberse ido el hombre que llevaba nuestra carta, empezó á morirse y á poco estaba ya en el cielo. ¡ Ah ! señor, mucho os llamaba ! Murió como un niño que duerme. Hacía apenas tres días que había guardado cama, aunque hacía unos meses

Digitized by Google

que la enfermedad la consumía ; ella hacía esfuerzos por aparecer repuesta, pero desde la última vez que fuimos al teatro se agravó mucho ; desde aquella noche empecé á temer por su vida ; el viento de esa noche la mató. Ayer se sintió más enferma, comprendió su gravedad y me llamó á su lado : Amigo mío, me dijo, siento que os voy á abandonar y antes os debo una confidencia. Entonces me contó toda su vida, vuestro amor, su sacrificio, vuestra desesperación y la lucha que su corazón había sostenido para no mancillar mi nombre y su virtud ni con el pensamiento. ¡ Ay ! aquella mujer era una santa.

— Una mártir, respondí yo.

— Sí, una mártir, y yo que creí hacerla feliz, ¡ Dios mío ! y en vez de ser su protector fuí su verdugo ! ¡ Yo le ha matado ! ¡ desgraciado de mí ! — decía y se mezaba los cabellos y exclamaba, tomando las manos del cadáver : Perdóname, ángel mío, víctima mía, perdona á tu asesino.

— No os desesperéis así, le dije, vos no habéis tenido la culpa. El crimen lo constituye la intención y vos pensabais en su felicidad.

— Sois muy generoso en consolarme, murmuró, yo os he hecho sufrir tanto ! Pero me lo perdonáis, yo no he sido culpable, ¿ no es verdad que me perdonáis ?

Digitized by Google

Las lágrimas de aquel anciano me conmovieron hasta el alma.

— Os perdono, le dije, en su nombre y en el mío, el mal involuntario que nos habéis hecho.

Abrí los brazos el anciano afligido, vino á ellos y así nos enlazamos, quedando por medio el ataúd. La pobre mártir sonreiría en la eternidad al vernos unidos para amarla y perdonarnos. Después el anciano se desprendió de mis brazos y me dijo :

— Ya que la habéis amado tanto, acompañadme á orar por ella.

Caí de rodillas sobre el féretro y posé mi frente sobre la frente inanimada de Aura.

El anciano volvió á arrodillarse á los pies del ataúd, y sólo se levantaba por intervalos para besarla en la frente ; apartaba los rizos del cabello que el viento hacía flotar sobre su rostro ; arreglaba bien su hermosa cabeza en la almohada, como una madre arregla en la cuna al hijo que va á dormir ; la miraba con una amargura indefinible y volvía á ocupar su puesto. ¡ Qué imponente era el dolor de aquel anciano ! Él quedaba solo, sin la única luz que alumbraba su vejez ; no tenía como yo, el sol de la juventud despuntando en el oriente y dándole calor ! Infeliz ! él también la amaba y la perdía !... Largas

Digitized by Google

horas permanecimos así. ¡ Cuántas cosas le dije al oído á aquel cadáver, que su alma las oiría desde el cielo ! ¡ Cuánto tiempo estuve contemplando aquella frente, tratando de adivinar el último pensamiento que se había apagado tras de ella y queriendo descifrar la última palabra que habían tratado de pronunciar aquellos labios, y que se había extinguido en ellos, como una ave moribunda que al extender las alas al espacio vuelve á caer al nido sin aliento!

Su esposo y yo la velamos hasta que las primeras luces de la aurora empezaron á entrar por la ventana. Al uno había consagrado su vida por el amor, y al otro por el deber. Mártir de ambos, sus dos verdugos que la amábamos tanto, la velamos el uno junto al otro.

*
* *

Era la tarde de aquel día cuya aurora me había sorprendido, velando el cadáver de mi amor.

Los últimos convidados habían abandonado el cementerio. El anciano esposo había sido arrancado de allí, por las súplicas de sus parientes y amigos ; sólo quedaban los sepultureros para cumplir su misión.

Digitized by Google

Yo inmóvil, á la sombra de una tumba vecina, había presenciado todo y espiaba aquel momento. Avancé silencioso hacia el féretro que estaba á la orilla de la sepultura, abierta ya, como las fauces de un monstruo, para devorarla. Á mi aproximación, los hombres encargados del cadáver, y á quienes Pablo había ya comprometido para el efecto, se retiraron.

Entonces me acerqué.

Hice saltar lejos la cubierta del ataúd, y puesto de rodillas cerca de aquella mujer que había sido el encanto de mi vida, tomé con manos temblorosas las extremidades del paño blanco que le cubría el rostro y sobre el cual habían arrojado cal, y lo bajé hasta la mitad del cuerpo. Entonces apareció á mi vista lo que me quedaba de aquel ser á cuya adoración había consagrado mi existencia. La muerte empezaba á hacer su efecto. Su hermoso rostro estaba cruzado de manchas moradas, sus labios cárdenos, el óvalo de su faz desencajado, su nariz espantosamente afilada; y sin embargo, aun así, me parecía bella, con la hermosura majestuosa del sepulcro. Levanté su cabeza, la incliné en mi brazo y me incliné sobre aquel cuerpo adorado. Posé mi frente sobre la suya yerta y la bañé de lágrimas; el frío de aquel cadáver no me helaba; estaba de por medio todo

Digitized by Google

el calor de mi cariño, y mis recuerdos. Después dejé caer mi cabeza sobre la misma almohada que sostenía la de Aura y permanecimos así unidos en aquel abrazo de la muerte! ¡ Y aun allí habían de venir á separarnos ! La ausencia me la había arrebatado primero ; el mundo me la había quitado después, y hoy la tierra me la reclamaba para convertirla en polvo!...

Allí, en aquel coloquio fúnebre de nuestros espíritus, le conté todas las tristezas de mi vida desde que nos habíamos separado, todas mis luchas y mi infortunio ; la brisa gimiendo sobre nosotros parecía traducir en un lenguaje misterioso y desconocido mis pensamientos. Nuestros cuerpos inclinados á la orilla del sepulcro estaban mudos, pero ¡ ay! nuestras almas cuántas cosas se dijeron, lejos del mundo, al silencio medroso de las tumbas!... ¡ Qué de promesas para la eternidad!...

Pablo vino á despertarme al fin de aquel enajenamiento. Entonces volví á ponerme de rodillas, después de haber estrechado aquella cabeza querida, por última vez, sobre mi corazón ; tomé en mis manos una de las hermosas trenzas de sus cabellos y la corté por su nacimiento. ¿ Era aquello una profanación ? No, era el reclamo de una herencia que me pertenecía. Acerqué á mis

Digitized by Google

labios aquella reliquia querida, arrancada á la muerte, y la guardé cerca á la cartera donde estaba su retrato. ¡ Ay! qué impresión me produjo la comparación de aquel cadáver casi descompuesto, con el retrato de aquella niña tímida y sonriente. ¡ Sangrientos sarcasmos del destino! Oculté tembloroso aquella imagen que me despertaba tantos recuerdos, y tomando en una de mis manos su pálida cabeza coloqué en ella la corona de rosas blancas y de violetas con que quería adornar sus sienes y la volví á colocar entre el féretro. Arrebaté á sus manos el ramo de violetas que llevaba y lo guardé al lado de su cabello. No llevaba la cruz en las manos como la generalidad de los muertos porque la había llevado sobre los hombros. Cogí una de sus manos en las mías y la estuve mirando largo rato con toda la ternura de mi alma. Era ya tiempo, los trabajadores habían llegado. Me incliné por última vez sobre ella y le dí el postrer y purísimo beso de mi alma; beso que dado en los labios de una muerta debió repercutir en los años de un ángel.

Cuando levanté la frente, todos lloraban.

Fuí arrancado por Pablo del lado del cadáver, y recostado en el tronco de un árbol seguí con ojos de idiota á los sepultureros.

Digitized by Google

Cuando extendieron el paño y ocultaron su rostro, comprendí que el sol de la ventura se había ocultado para mí! Cada martillazo que daban para clavar el ataúd, resonaba en el fondo del alma y se repercutía en mi corazón! Cuando arrojaron el ataúd á la sepultura quise arrojarme también y Pablo me cogió de un brazo. Entonces me senté sobre una piedra que había allí, oculté el rostro entre mis manos y lloré la ruina de mis ilusiones! Poco tiempo después todo había concluído... Una cruz de madera señalaba el lugar donde debía levantarse el mausoleo! Caí sobre aquella tierra removida que guardaba mi felicidad, y la empapé con mi llanto; me abracé á la tosca cruz y le pedí un consuelo en mi dolor.

Gruesas gotas de agua empezaban á caer; el cielo estaba oscuro; la luna, que había pugnado por asomar entre los nubarrones que la eclipsaban, se había ocultado. Así en las sombras de mi vida, la tranquilidad no había podido asomar en los negros horizontes de mi desgracia. ¡ Ay ! la noche á pesar de su oscuridad, tiene sus astros que le prestan luz, y la esperanza, astro benéfico que ha puesto Dios en las eternas noches del dolor, no ha vertido su rayo en las horribles sombras de mi alma.

Digitized by Google

Pablo me arrancó de allí.

Era preciso alejarnos: la lluvia arreciaba por momentos y la brisa empezaba á gemir fuertemienre entre los cipreses y álamos del cementerio. Empecé á alejarme, pugnando á volver á cada paso. Al dar la vuelta á una de las calles de árboles que debía ocultarme su sepulcro, torné á mirar: ¡ ay ! allí quedaba ella para siempre abandonada; la soledad de la tumba la rodeaba; me parecía que sacaba las manos de entre la tierra para llamarme, suplicándome que no la dejase sola entre los muertos. Quise volverme pero Pablo me arrastraba á mi pesar. Entonces me acordé de la despedida de Chactas sobre el sepulcro de Atala. Ella también, como aquella virgen, quedaba abandonada hasta de mí, que la había amado tanto !... Al fin salimos. Cuando sentí que la puerta se cerraba tras de mí, comprendí que había dejado el corazón adentro.

Entré al coche y partimos.

La noche era horrible, la lluvia se había hecho torrencial, los truenos se sucedían unos á otros, el viento azotaba los cristales del carruaje, la brisa se había tornado en vendaval y el cielo no tenía una estrella; era la naturaleza que me ayudaba á llorar.

Digitized by Google

*
* *

Al entrar en el salón de casa, la familia me esperaba en él con impaciencia. Al verme entrar mi madre me salió al encuentro y al notarme tan turbado, exclamó :

— ¿ Qué ha sido, mi hijo ?

— Aura ha muerto, dije dejándome caer sobre un sillón.

Mi madre bajó la cabeza, mis hermanas se cubrieron el rostro con las manos y principiaron á llorar. Mi madre se acercó á mí, y abrazándome me dijo :

— Pobre hijo mío, todo ha acabado para ti.

— No todo, pues me quedas tú, madre mía.

Después lloramos juntos aquella muerta, que viva nos había hecho llorar tanto.

Ellas le guardaron luto por seis meses.

El luto de mi alma ha sido eterno !....

Muchas veces he ido después á visitar su tumba. Es un cuadrilátero encerrado en una verja de hierro y dominado por una cruz de mármol blanco, en la cual se lee : AURA. — No tiene más inscripción, pero está tapizado de violetas. Allí he leído, al declinar de las tardes, el pequeño manuscrito de su vida que me dejó como un

Digitized by Google

recuerdo y me parece tenerla al lado, con la barba apoyada en la palma de la mano, como solía hacerlo cuando niños leíamos en la sombra de nuestros bosques, y me parece sentir el rayo de su mirada y el perfume embalsamado de su aliento.

¡Ay! yo esperaba morir tranquilo, dormir al lado de Aura y que la piedad de mi madre tapizara mi fosa de violetas. Pero ausente de ella, desterrado y solo, mi tumba como la del marino arrojado á la orilla después de la tormenta, tendrá por lecho la desierta playa y por bóveda el ancho pabellón del firmamento. Lejos de cuantos me aman, nadie al caer de la tarde irá á visitarme en mi sepulcro; nadie dirá entre sollozos: „¡aquí yace!" la arena que me cubra no será empapada por una lágrima afectuosa; las coronas que ofrecen á los muertos los que aman su memoria no se verán jamás sobre mi lápida; y la tumba olvidada del poeta peregrino no se verá jamás como la tumba idolatrada de Aura, embalsamada por el suave ambiente que despiden sobre ella las violetas.

*
* *

Así termina la relación que en el seno de la intimidad depositó nuestro amigo, y la cual,

Digitized by Google

aunque palidecida y trunca, hemos tratado de reproducir en estas páginas.

¡ Pobre amigo! Sus tristes presentimientos se cumplieron. El destino que lo persiguió toda su vida, lo arrojó á morir en las playas desiertas de un río casi ignorado. No le fué dado como lo deseaba, dormir el sueño eterno al lado de Aura! Su madre no la visitó, sus hermanas no tejen coronas para él! Una cruz de guadua señala el lugar en donde duerme; zarzas espinosas rodean en vez de flores su sepulcro, y la soledad que ya reinaba en su alma, reina hoy sombría en torno de su tumba... La historia de su dolor, mal escrita por la mano de la amistad, es cuanto queda de él.

FIN DE AURA.

Digitized by Google

EMMA

NOVELA

Digitized by Google

Digitized by Google

EMMA

I

Una de las más bellas tardes de diciembre tocaba á su fin. Era una de esas tardes apacibles de las tierras cálidas, en las cuales el viento vuela perfumado con el aliento que arrebata á los jazmines en flor y á los ramos cargados de azahar: en que el aire está poblado de suspiros y la brisa de voces misteriosas; el cielo azul sin una sombra y el horizonte inmenso, despejado. ¡Tardes americanas, siempre bellas! ¡Tardes de mi país, llenas de perfumes y de luz!

El sol, lanzando su rayo horizontal y postrimero á través de la reja entreabierta de una ancha ventana, bañaba con sus fulgores el rostro bellísimo y la figura escultural de una preciosa niña,

Digitized by Google

que lánguidamente sentada en una silla mecedora, con la cabeza apoyada en la mano, y presa de espantosa tristeza, escuchaba absorta y abatida la conversación de un mancebo de diez y seis años, en cuyo acento apasionado y tierno se revelaban bien todo al ardor de la pasión primera y toda la timidez de una adolescencia pura.

Ella era hermosa, con sus ojos garzos, tristes y serenos, en cuya mirada había una ingénita y vaga melancolía y ese mirar poético y extraño de los seres destinados á vivir poco tiempo y que en medio de las sombras de la vida, alumbrados por mistesiosas é interiores claridades, viven con la esperanza de lo eterno, pensando en Dios y contemplando el cielo. Almas de poetas y de mártires, que con la lira en la mano ó con la hoguera al pie, inspirados por el genio ó por la fe, soñando con la gloria ó con el cielo, viven siempre tristes y agitando unas como alas invisibles, ansiosas y prontas á tender el vuelo en busca de lo ideal y de lo bello. Sus cabellos eran abundantes y de un color castaño, como el de la avellana; sus cejas y pestañas, negras, y su rostro pálido y blanco, como las azucenas de Nazaret. Vestía con sencillez y sobre su pecho agitado por los suspiros se balanceaba una flor, roja, tan roja como el color purpúreo de sus labios.

Digitized by Google

Su joven y amante compañero, con sus cabellos negros y ensortijados, su rostro ligeramente moreno y pálido, y sus facciones pronunciadas y correctas, era un tipo byroniano de envidiable hermosura varonil.

Casi niños, tiernos y sensibles, se amaban con ese amor de la primera edad, amor que tiene todo el fuego del sol en el oriente, toda la belleza de una mañana estival, todo el encanto del primer día de primavera en una floresta americana, y todo el esplendor exuberante de la vegetación en una selva virgen. Amor que ni se extingue ni se olvida, que vive unido á nosotros con el recuerdo querido de los besos de la madre dados en la frente, la cual, huídos ya los encantos de la inocencia, empieza á cubrirse con las primeras sombras de la vida. Amor que después que han pasado sobre nosotros los vendavales de la desgracia, desgajando las flores de nuestra corona de ilusiones, llevándose nuestros sueños, nuestras esperanzas y nuestros ideales, aún se conserva puro, como el fuego sagrado en el fondo de nuestro corazón. Amor cuya memoria sobrevive cuando los desengaños del mundo y sus tristes decepciones han puesto en nuestro labio esa sonrisa fría y fingida que es como el centinela avanzado del despecho y de la desesperación ocultos,

Digitized by Google

y que da al rostro no sé qué tinte trágicamente sombrío; sonrisa que es una especie de luz como la del relámpago sobre el abismo de una tumba abierta. Sí; la memoria de ese amor se conserva querida en el fondo del alma, vagando en ella triste y solitaria, como esos fantasmas que forja la imaginación y vagan al rayo de la luna entre los rotos pórticos de los oscuros claustros de un monasterio arruinado. Amor sublime, poema divino, pero que casi siempre termina truncado por el desengaño ó por la muerte : en el primer caso, las almas sensibles quedan para siempre profundamente heridas; en el segundo, quedan hastiadas de la vida y eternamente tristes.

Nacidos bajo un mismo techo, hijos de dos hermanas, ambos huérfanos de padre, se amaban desde la infancia con ese amor casto y puro que alimentan las almas inocentes, al dulce calor de la virtud. Eran dos tipos del amor ideal, dignos de ser pintados por Bernardino de Saint-Pierre, ó Lamartine, los cantores de las pasiones puras y del amor sin sombras. Así, enamorados é inocentes, conversaban aquella tarde, y el sonido trémulo y apasionado de su voz semejaba al arrullo de dos tórtolas amantes, ocultas en un bosque solitario, ó el ruido de dos alas que, viniendo de contrarias direcciones, se besan

Digitized by Google

y se unen para ir á morir sobre una playa.

Armando tenía entre las suyas la mano perfumada de Emma, fijos sus ojos en los castos ojos de esa mujer que todo lo absorbía; terminaban una de esas conversaciones *sotto-voce*, de palabras inarticuladas, de voces truncas, de esas frases de amor que sólo entienden los que se aman, pero dichas tan paso que sólo el ángel de la inocencia inclinado sobre ellos, podía escucharlas. Emma lo oía silenciosa, pues el dolor que embargaba su alma la hacía enmudecer. ¡Quien se haya separado una vez sola del ser que más se adora en el mundo, podrá comprender esa tristeza! ¡Pocas horas debían transcurrir y la cadena misteriosa que ataba esos dos seres se rompería! ¡La ausencia, ese enemigo de la felicidad y del amor, ese retrato tenebroso de la muerte, se iba á poner entre los dos! ¡Juegos de la infancia, amores de la adolescencia, inocentes paseos en la paterna heredad, ramilletes de flores, confidencias íntimas, todo iba á terminar para ellos! Armando lo comprendía así, y aumentaba su angustia el temor que le causaba pensar la impresión que tan rudo golpe causaría á la naturaleza enfermiza y delicada de aquella niña enamorada y triste, que como una flor enferma, sólo se abría al soplo de su amor; parásita silvestre,

Digitized by Google

inclinada al borde de un abismo, se desplomaría en él cuando le faltara el arbusto, adherida al cual había vivido y que le daba sombra.

Durante un rato, el silencio envolvió el aposento y sólo se oían gemidos ahogados, y en la sombra que ya invadía la estancia, los ojos de aquellos dos seres se buscaban iluminando al través de sus pupilas las tinieblas de su alma solitaria.

Al fin, Armando, haciendo un supremo esfuerzo, se puso en pie, y en la presión de su mano temblorosa, en el acento de su voz truncada, Emma comprendió que había llegado el momento fatal y se arrojó á sus brazos! Los bucles de su cabellera cayeron sobre el hombro del mancebo, y el mármol de su frente inmaculada se posó sobre el fuego de sus labios. Él la estrechó temblando, ella exhaló un grito imperceptible, y con la faz descompuesta por el dolor, volvió á dejarse caer sobre el asiento. Armando quiso socorrerla; pero, temiendo prolongar tan triste escena, salió del aposento huyendo como un loco y ahogando sus gemidos.

Pocos momentos después, Emma era conducida á su lecho, víctima de uno de esos ataques al corazón que desde niña ponían en peligro su vida.

Al día siguiente, tres mujeres lloraban la par-

Digitized by Google

tida de Armando : su madre, su tía, la madre de Emma, y ésta, que vuelta en sí, é inconsolable, buscaba en vano en su dolor una esperanza.

Todo era triste para ella : el pasado era un recuerdo que la atormentaba; el presente, un adiós, cuyo eco no se apagaba todavía ; y con los ojos del alma mirando en lontananza, sólo veía un buque, el mar inmenso, amenazante, el cielo indiferente, y muchos, muchos años de ausencia..... Entonces inclinaba la frente como un lirio tronchado en la llanura, y el llanto corría por sus mejillas. Era algo como un presentimiento : era la visión del porvenir.

Digitized by Google

II.

En Roma.

Allí también las tardes son bellas como las tardes de la América; el cielo azul y sereno, y las brisas cálidas y suaves. La ciudad eterna estaba iluminada por los últimos resplandores de un sol de primavera, cuyos rayos se partían en las altas veletas de los templos, proyectando la sombra de las antiguas torres y de las innúmeras estatuas en el pavimento de plazas y galerías.

En uno de los barrios más populosos de la ciudad de los Césares, levanta el seminario de San S.... sus viejos y macizos muros. En una de las ventanas del tercer piso, que da á la celda humilde de un estudiante, apoyados los codos en la reja y en actitud meditabunda, se veía un joven, vestido con el traje talar que distingue á los estudiantes de aquel colegio: era Armando. Cuatro

Digitized by Google

años habían pasado dando á su fisonomía mayor gracia y enérgica expresión, con el desarrollo completo de su naturaleza atlética; el clima de Italia había conservado en él el color moreno y pálido de la belleza americana; sus grandes ojos negros, ya con la expresión grave que dan las luchas del pensamiento, tenían el tinte melancólico del huérfano apartado del hogar, y el aire varonil de su belleza formaba el tipo acabado del hombre de nuestra raza.

Fijos los ojos en el horizonte, abstraído por completo, no miraba la ciudad, ni escuchaba el bullicio que se oía abajo como el zumbido de una colmena; su mirada, pasando con el pensamiento los mares, buscaba tras ellos la línea azul de las montañas queridas de su patria y buscaba con los ojos del alma la imagen bendita de su madre, que sólo veía en sueños, inclinada para besarlo sobre su lecho de escolar; pero tras esta imagen querida había otra, doliente y pura, luminosa y tierna, que hería su corazón : era Emma. Sí, Emma, la virgen de sus primeros amores, el sueño de sus castas ilusiones, más radiante, más bella, más ardiente que antes, al reflejarse en el presente sobre su imaginación de veinte años. Ella, á quien no había podido olvidar un sólo instante, cuya sombra lo acompañaba en las noches de

Digitized by Google

insomnio y vagaba cerca de él en sus horas de estudio; su compañera en la soledad, su consuelo en los cuatro años de interminable ausencia; ella siempre en su memoria, vagando entre las sombras del pasado; ella envuelta en el manto de luz de la esperanza en el presente; y ella como un anhelo vago, como el término deseado en la oscura región del porvenir.

Ya había cerrado la noche y Armando permanecía inmóvil contemplando el horizonte, en el cual la imagen de la mujer amada flotaba como un punto luminoso en medio de la sombra, cuando sintió que le tocaban suavemente en el hombro, y al volverse vió tras de sí la faz imponente y fría del Padre Andrés, uno de los superiores del colegio, que tenía especial deferencia hacia él.

— ¿Qué haces ahí? preguntó el Padre.

— Nada, señor.

— Eres incorregible : ¿no te he dicho que esa conducta retraída, ese alejamiento continuo de tus condiscípulos, esa monomanía por la meditación y el aislamiento, concluirán por agriar tu carácter y hacerte insoportable á todos?

— Padre mío, respondió el joven algo turbado, ya os he dicho las razones de mi conducta: nadie mejor que vos las sabe, pues desde que llegué á

Digitized by Google

este convento habéis sido mi confesor, conocéis los secretos de mi alma, habéis visto en el fondo de mi conciencia y nada puedo ocultaros; vos sabéis que vivo consagrado á una memoria; que amo la soledad porque en la soledad la encuentro á ella; que busco por las tardes tras las brumas del horizonte las montañas de mi patria y pienso en mi madre, porque al pensar en mi patria y en mi madre, pienso en ella; que anhelo volver á mi país porque allí está ella, y finalmente, padre mío, que si pienso en Dios y rezo, pienso y rezo por ella.

Había tanta pasión, tanta lealtad en este arranque generoso, que cualquiera otro se hubiera sentido conmovido; pero no era la naturaleza del Padre Andrés, petrificada por las austeras prácticas de un ascetismo continuo, la que podía entender este lenguaje. Era la virtud de aquel santo levita una especie de torre de granito, contra la cual se habían estrellado en vano las tormentas de la pasión; de esas virtudes en que el cerebro, dominado por completo, logra ahogar los impulsos del corazón, y en las cuales se reflejan las pasiones como un rayo de sol en un mar congelado; almas místicas que á fuerza de levantar la frente hacia el cielo, pierden pie en la tierra y no sienten la llama del volcán que les calcina

Digitized by Google

las plantas; de esas virtudes al parecer áridas, era la del Padre Andrés, cuyo rostro pálido y pensativo y cuyo cuerpo enjuto parecía una pintura arrancada al lienzo de esos cuadros que representan los Santos penitentes, aniquilados por la maceración y los cilicios. No era, pues, aquel varón contemplativo y místico, á propósito para comprender los torrentes de pasión que desbordaban de aquel corazón juvenil y enamorado; así es que ol oír á su discípulo exclamó con piadosa indignación:

— ¡Quimeras, quimeras! ¿De dónde te ha venido el querer hacerme creer que puede uno enamorarse así á los diez y seis años y no olvidar jamás? ¿No ves que ésas son tentaciones del demonio para alejarte del camino del bien y perturbar tu espíritu? Deja esos desvaríos, piensa en lo que tantas veces te he dicho, sigue el camino de salvación que te he mostrado y al fin del cual está Dios; aparta de ti esos caprichos, que te encienden las pasiones y perturban los sentidos; piensa seriamente en abrazar la causa de Dios y consagrarte á su servicio. ¿Qué mejor carrera podrás escoger, cuál más honrosa para ti, que ser soldado de Aquél que todo lo puede? El mundo guarda sólo engaños y falsía; Dios ni engaña ni miente, porque es la verdad suprema: vuélvete á

Digitized by Google

Él. El Padre superior me ha indicado muchas veces que te hablara sobre ese asunto; tu madre ha dejado tu suerte á la elección tuya y de nosotros, déjate de sueños y busca la realidad; ten un poco de valor, rompe con el mundo y mata ese recuerdo.

— Jamás, padre, jamás. Yo no me siento con fuerzas para olvidar ni traicionar á esa mujer y comprendo que mientras ella viva, sólo á su lado podré ser feliz. Sería un mal sacerdote, un ministro indigno, porque no podría amar nunca otra cosa que no fuera ella. ¿De qué serviría la pureza material, si mi alma, mi pensamiento y mis deseos vivirían ardiendo por ella? ¿Qué valdría ese adulterio moral y vivir en ese martirio sin gloria, que ni Dios mismo me habría de agradecer? No, padre mío, no exijáis de mí tamaño sacrificio, que no habéis de conseguir.

— Obcecación, error funesto, ardor de las pasiones que te ciegan, predominio de la materia sobre el alma, reinado del lodo, combate del polvo contra la luz: he ahí el estado de tu espíritu. Y, ¿triunfará el error? No, una voz secreta me hace conservar esperanza de tu salvación; preveo que un día, olvidando ese capricho y volviendo á Dios los ojos, tiendas á Él las alas, como tu única esperanza.

Digitized by Google

— Mientras ella exista y me ame, jamás, padre mío, jamás.

Había ya abandonado el superior el aposento y aún se oía al joven de pie y con la mirada severa en medio de la sombra que lo rodeaba, decir :

— No, mientras ella me ame, jamás, jamás, jamás.

Digitized by Google

III.

Los tristes años de ausencia habían pasado sobre la frente de Emma, sin marchitar sus encantos, pero viéndola declinar al peso del dolor. Pobre azucena que se doblaba sobre su tallo y languidecía en su bosque nativo, que era ya para ella campo de soledad y de abandono; casta violeta que el verano heló, el sol de primavera tardaba en volver sobre su cielo; triste gaviota que arrullaba el nido vacío de sus amores, sin que nadie respondiera á las quejas de su alma.

Pequeños rayos de luz venían á iluminar á veces aquella soledad tan triste: eran las cartas de Armando.

Cuando las recibía, buscaba el lugar más apartado del jardín, y allí, á la sombra de los mismos árboles que habían cobijado sus amores, sentada en uno de esos bancos, donde al lado de Armando había pasado las horas más felices de su vida, las leía y releía hasta grabarlas en la memoria, para

Digitized by Google

repetirlas después como una oración aprendida en la niñez de los labios de la madre. ¡ Cuántas veces se durmió pronunciando las últimas palabras de una carta, y al despertar saludaba á Dios con el nombre del ser que la firmaba ! Enferma y solitaria, se sentía languidecer sin tener á quien confiar sus dolores. Constantemente abatida, los cuidados de su madre no bastaban á reanimarla y sólo sonreía cuando, pasado uno de esos accesos que tan frecuentemente la ponían al borde del sepulcro, lograba quedarse sola y levantaba á hurtadillas el cuadro de la Virgen que tenía á la cabecera de su cama y tras el cual tenía oculto el retrato de Armando. Le había colocado allí, para que velara sus sueños de virgen y fuera para ella un segundo ángel guardián, y para consolar también su alma con una mirada al ser querido, todas las mañanas después de levantar sus ojos y su oración hacia la Madre de Dios.

Un día, la niña amaneció más enferma que de costumbre : no pudo abandonar el lecho, y al declinar la tarde, en esa hora en que arrullan las palomas y las aves marinas buscan la playa, y vuelven cantando al nido las parejas de pájaros errantes, y el alma sobrecogida de una vaga melancolía contempla con dolor la luz que se retira y la sombra que avanza lentamente ; Emma, con

Digitized by Google

un grito imperceptible, anunció que era presa del tremendo ataque que amenazaba su vida. Las dos ancianas, llorosas y aturdidas, corrían de una á otra parte en busca de los auxilios de la ciencia, que no podían hallarse en aquel pueblo, donde no habitaba un médico titulado, y sólo ejercían la profesión los allí llamados *curanderos*. El más afamado de éstos fué llamado cerca del lecho de la niña enferma, y cuantas aplicaciones inventó el empirismo y la herbolaria del pueblo, le fueron hechas; pero todo en vano, pues no volvió en sí Inclinada la hermosa cabeza sobre el hombro de su madre, parecía un niño que acabara de dormirse, húmedas aún las mejillas por los últimos besos maternales. Sobre sus labios vagaba una sonrisa indefinible y en su boca parecía aún como adormida la última oración que empezaba á pronunciar cuando sintió que el hielo de la muerte la tocaba; sus ojos habían quedado fijos en el cuadro de la Virgen como implorando misericordia y buscando quizá tras ella el retrato querido de su amante. Era la pobre niña un botón de rosa tronchado en el tallo maternal, una alondra desfallecida al pie del árbol donde colgó su nido, una ola muerta al besar los arbustos de la playa, el último rayo de una luna clarísima extinguiéndose sobre el tenue cristal de una laguna.

Digitized by Google

Pasadas tres horas, el *empírico* le tomó el pulso, no latía; le tocó la frente, estaba yerta; buscó su respiración, no la halló; entonces, con el aire arrogante de la ignorancia convencida, exclamó:

— Ha concluído.

Las dos ancianas se lanzaron sobre el cuerpo inanimado de la joven, dando gritos desgarradores y llamándola con desesperación. La vecindad, los amigos, el pueblo todo, tomaron parte en tan inmensa desgracia.

Tras los primeros momentos del dolor, un pariente recordó que al día siguiente partiría el correo para Europa y comunicó la idea de escribirle á Armando.

— Hacedlo vos, le dijo la madre de éste, pues yo no tengo fuerzas para hacerlo; comunicadle en mi nombre la terrible desgracia que acaba de caer sobre nosotros. ¡Pobre hijo mío, la quería como á una hermana!

Poco después, un expreso llevaba á la ciudad de donde debía partir el correo, las cartas contentivas de tan horrible nueva. Parientes, amigos, todos los que pudieron enviar al joven una tarjeta de duelo, así lo hicieron.

¡Pobre Armando! La cruel noticia, recibida á tantas leguas de la patria, iba á ser el premio de tantas inquietudes, tantos desvelos y tantas esperanzas!

Digitized by Google

IV.

Traslademonos al humilde aposento del estudiante en Roma.

Ya éste no esperaba apoyado de codos en la ventana. El correo que aguardaba con tanto anhelo acababa de llegar y en este momento rompía con mano temblorosa una carta cuya letra veía él que no era la de su madre. Pálido como un cadáver, leyó los primeros renglones; después, sus piernas flaquearon, giró sus ojos en rededor como si la vista hubiese huído de ellos, llevóse las manos á la frente, dió un grito inarticulado como el de un sordo-mudo en la desesperación, y se desplomó en la orilla de su lecho. En aquel momento la puerta del cuarto se abrió suavemente dando paso al Padre Andrés, quien al ver la actitud de su discípulo, quedó un momento confuso, pero luego avanzando hasta donde él

Digitized by Google

estaba, tomó la carta que había caído de las manos de Armando y la leyó con avidez. El dolor se pintó sobre su rostro inmóvil y severo, porque era un buen corazón y amaba entrañablemente á aquel joven; pero un rayo de esperanza brilló en sus ojos. Acercándose á Armando lo tocó en el hombro; éste alzó la vista atónita y al ver ante sí la figura severa pero querida de su amigo, se arrojó á sus brazos exclamando :

— ¡ Padre mío, cuán desgraciado soy ! Ella me ha abandonado; ha... No pudo continuar, porque el llanto ahogó su voz.

— Todo lo sé, respondió el Padre conmovido; debes llorarla como á una hermana y respetar su memoria.

— ¿Qué haré ahora, padre mío ? ¿ Para qué quiero la vida? ¿Qué hago yo en el mundo ? Yo debo morir como ella, para unirnos en el cielo, ya que aquí fué imposible. ¡ Oh ! sí, la vida me es odiosa.

— Calla, hijo mío, no digas impiedades. Aún queda para ti felicidad en el mundo; aún hay quien pueda dártela.

— ¿ Quién ?

— ¡ Dios !

— ¿ Dios ? respondió el mancebo sarcásticamente. ¿Dios, que me ha quitado cuanto podía

Digitized by Google

hacerme feliz en este mundo? ¿Dios, que ha desvanecido mi sueño, que ha disipado mis esperanzas, que ha matado mi ilusión? ¡Ah! ¿qué felicidad podría darme?

— Silencio, silencio, exclamó el Padre con espanto. ¡Desgraciado! ¿sabes acaso lo que estás diciendo? ¿No ves que estás blasfemando? ¿No sabes que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios? Dobla la frente y acata sus designios. Si él te la ha arrebatado, será para tu bien. Inclina la frente y calla. Acaso esa mujer era un escollo para tu verdadera y eterna felicidad.

— ¿Qué decís?

— Que acaso Dios la ha suprimido para tu propia salvación.

Calló el joven, y el anciano sacerdote siguió hablándole.

Largo tiempo se oyeron aún conversando el maestro y el discípulo, y al fin se le oyó exclamar al último:

— Bien, padre mío, muerta ella, el mundo es un desierto para mí; quiero huír de sus halagos y consagrarme á Dios, quiero postrarme al pie de sus altares y si no puedo olvidarla, con una vida ejemplar santificaré su memoria, y después la encontraré en el cielo.

— Hijo mío, Dios se ha dignado purificarte por

Digitized by Google

el dolor y tocar tu corazón. ¡Bendito sea! Él, que tiene consuelo para los grandes infortunios, mitigará el tuyo y te hará feliz en el mundo y en la eternidad.

— Así sea, dijo el joven.

Digitized by Google

V.

Pocos días después el seminario estaba de gala.

Un estudiante americano había entrado al servicio de la iglesia : era Armando. Aquel día había recibido de manos del Obispo la dignidad sacerdotal y pocas horas después de su consagración, podía vérsele en su antiguo aposento, de rodillas al pie de un crucifijo, el rostro bañado en lágrimas y estrechando el corazón con ambas manos, exclamar :

— ¡Dios mío, Dios mío! El sacrificio está consumado; dame valor para seguir hasta el fin y perdóname, Señor, si no puedo olvidar la imagen seductora de la mujer que tanto he amado. Perdóname, si en mis noches de soledad lloro por ella, si uno su nombre al tuyo en las oraciones que levanto, si vivo consagrado á su memoria, si

Digitized by Google

la amo con el alma todavía. Dame valor para resistir esta lucha, ó arranca esta imagen de mi mente, porque siento que ella es la esencia de mi vida y es una imagen de mi propio ser que no puedo arrancar del pensamiento.

Y luego tocándose las manos, donde estaba fresco aún el óleo del sacramento, volvía á inclinar la frente y se le oía murmurar muy paso, como un hombre que lucha con la tenacidad de alguna idea:

— ¡ Todo está consumado ! ¡ Todo está consumado !....

. . . .

Casí á la misma hora, pocas tardes después, el Padre Andrés conversaba confidencialmente con el superior.

— ¿ Qué hacemos con esas cartas ? le decía.

— Guardadlas. Han llegado demasiado tarde. ¿ Á qué perturbar su espíritu con esta nueva noticia ? Él está ya pronto á volver á América; dejad que lo sepa todo en el seno de su familia; allí encontrará mayores consuelos.

— ¿ No habremos obrado con demasiada precipitación ?

— Él fué quien últimamente lo solicitó con tanto ahinco.

Digitized by Google

— ¡ Es verdad ; pobre joven ! dijo el Padre Andrés.

— Dios tenga compasión de él, murmuró el superior.

Y las cartas selladas de nuevo, fueron remitidas otra vez á América.

Digitized by Google

VI.

Volvamos al lecho donde yacía tendida Emma, rodeada de su familia inconsolable.

Á las cinco de la mañana se sintió en el patio el ruido de las herraduras de un caballo y se vió un jinete que se apeaba. Era el médico de la ciudad vecina que había sido enviado á buscar.

Cuando el doctor entró, la joven yacía tendida sobre el lecho, cubierta apenas con una sábana. El hábil facultativo la pulsó, puso el oído sobre el pecho para percibir los latidos del corazón, y exclamó:

— Aún hay esperanza.

Inmediatamente, todos fueron puestos en movimiento, y á las tres horas, después de innúmeras aplicaciones, y como quien vuelve de un largo sueño, la joven abrió los ojos.

Imposible pintar la alegría, la admiración y el

Digitized by Google

entusiasmo que se apoderó de cuantos rodeaban á la enferma. La madre la estrechaba y la besaba, como loca de placer.

Emma permaneció un momento como quien recuerda algo y luego pronunció débilmente un nombre: Armando. Al recuerdo de aquel nombre, su tía se acordó de la carta que había sido escrita á su hijo, y dirigiéndose con precipitación al escritorio, escribió rápidamente una carta en que le decía: "Todo ha pasado, Emma vive." Inmediatamente despachó un peón que la llevara á la ciudad vecina para que fuera incluída si no había partido aún la correspondencia para Europa. Por desgracia llegó tarde y debía demorarse hasta el correo inmediato. En aquellos tiempos de malos correos y en lugares lejanos de la costa, esto indicaba una gran dilación; pero ¿ quién consideraba el mal que esta noticia podría causar á Armando? Todos, inclusive la madre, ignoraban sus amores y no pudieron medir las inmensas consecuencias que tendría sobre su porvenir. Además, ¿ cómo prever que al llegar la carta sería demasiado tarde y sólo serviría para ocasionar la perplejidad de los superiores y ser devuelta por éstos?

En tanto, Emma, vuelta en sí y acariciada por la esperanza, nada sabía. ¡ Pobre niña! así duer-

Digitized by Google

men las gacelas sin sentir al cazador que las ojea. Más le hubiera valido no volver de ese sueño y dormir en la calma eternamente, que volver á una vida donde sólo la esperaban la pena y el dolor.

Digitized by Google

VII.

Es en el mar.

En la faja azul del horizonte se divisa una línea imperceptible; son las costas de la patria, las costas de Colombia. Desde la proa del navío hay varios pasajeros que las miran con cariño y avidez; entre ellos un sacerdote joven y hermoso, cuyos ojos, fijos en la ribera, están cubiertos de lágrimas.

Un objeto, al parecer pequeño, se cruzó entre el horizonte y ellos.

— ¿Qué es aquello? preguntaron.

— El vapor-correo.

Y veloz como un águila, se perdió entre las brumas del mar aquella embarcación que llevaba cartas amantes para un estudiante cuya celda estaba ya vacía.

Al declinar la noche, los pasajeros pisaban tierra.

Digitized by Google

Tres días después, también á las últimas horas de la tarde, un coche se detuvo á la puerta de la casa donde ha principiado esta narración.

Un hombre joven se apeó de él y penetró: era un sacerdote. Avanzó irresoluto y vacilante hacia la sala: una anciana estaba allí á vista del clérigo, se puso en pie y quedó perpleja; pero al fijarse en sus facciones, al verlo acercarse, lo reconoció y se lanzó á sus brazos gritando:

— ¡ Hijo mío, hijo mío!

El joven la estrechó contra su pecho y por un momento reinó el silencio de la emoción.

Luego la anciana, fijando los ojos en las negras vestiduras de su hijo, exclamó:

— ¿ Qué es esto?

— Perdonad, madre mía, dijo el joven, pero muerta ella, nada me quedaba que esperar y....

En aquel momento se entreabrió la puerta del aposento y una figura blanca se dibujó tras ella.

— ¿ Y qué? replicó la madre haciendo hincapié en la última palabra de su hijo.

— Y me he hecho sacerdote.

— ¿ Sacerdote? clamó una voz dulcísima, detrás de él.

El sonido de aquella voz despertó en el corazón del viajero un mundo de recuerdos queridos y de esperanzas que él creía muertas; y, como des-

Digitized by Google

lumbrado por un rayo, el joven levita volvió los ojos, buscando á quien las pronunciaba. Una mujer estaba en pie detrás de él. ¡ Era Emma ! Emma, que estaba allí, radiante de belleza y de candor ; Emma, que lo miraba con ojos atónitos, como quien vuelve de un sueño ; que lo contemplaba con un delirio infinito de pasión. Ella, la pura y casta virgen de sus primeros amores, el sueño y la esperanza de su vida, más bella y más seductora que pocos años antes de partir de allí.

El joven se llevó las manos á los ojos, creyéndose víctima de una alucinación y exclamó :

— Es su sombra, su sombra bendita! Dios mío!

— Armando, dijo entonces ella, con una dulce voz como el gemido de una tórtola.

— ¡ Madre mía! ¿ No ha muerto? murmuró el presbítero.

— No, hijo mío, no.

— Emma, Emma, dijo el joven avanzando hacia ella con los brazos extendidos como para cerciorarse.

Pero no alcanzó á llegar ; porque la joven, mirándolo un instante con dulzura, sonrió tristemente y, llevándose las manos al corazón, exhaló un grito y se desplomó al suelo.

— ¡ Se muere! ¡ Socórranla, madre mía! gritó Armando.

Digitized by Google

VIII.

Era la media noche.

Emma había vuelto en sí y con su sonrisa triste como los celajes del invierno y como los crepúsculos de la tarde, había hablado con su madre, se había hecho bendecir y había pedido que le llamaran á Armando.

Pocos momentos después estaban juntos.

— Hermano mío, le dijo ella tomándole una mano y monstrándole un asiento cerca del lecho, quiero despedirme de ti. Dios no ha querido que nos unamos en el mundo y siento que voy á precederte en la marcha á la eternidad, pero te espero en el cielo! Muero tranquila, porque no me has sacrificado al amor de ninguna otra mujer, sino á mi propio amor, no me llores, no te desesperes; consagra al bien la vida que te quede. Yo estaré siempre á tu lado para sostener tu espíritu

Digitized by Google

desfalleciente en las horas de prueba. Cuida de tu madre y de la mía, mientras nos encontramos en el cielo.

Armando la oía mudo de dolor y el rostro bañado en lágrimas, é iba acercando su oído al rostro de la joven, cuya voz se apagaba poco á poco, como el eco de una música lejana, hasta que al fin se hizo ininteligible, temblorosa, se trocó en un murmullo sombrío y se extinguió...

¡ Quedó inmóvil! Sus grandes ojos abiertos parecían querer llevar á la tumba, impresa en sus pupilas, la imagen del ser que había amado tanto. Iluminada por los últimos resplandores de la vida, destacaba la blancura de su rostro sobre el manto de sus cabellos destrozados como un botón de rosa blanca arrojado al acaso sobre un paño mortuorio; como la hoja desgajada de una azucena que arrojara el viento sobre el mármol negro de una tumba.

Armando se acercó á la puerta y llamó al médico. Todos entraron tras él.

— ¿ Cuánto tiempo creéis que le queda de vida? le preguntó.

—Muy pocos minutos, respondió el facultativo.

Todos volvieron con cariñosa ansiedad los ojos á aquel ser que se iba tan pronto.

Armando, con la serenidad del que lucha para

Digitized by Google

vencerse, fuerte por carácter, templado por la fe y por la virtud, dominando su emoción, se revistió con sus propios ornamentos, tomó un crucifijo de marfil, se acercó al lecho y lo colocó entre las manos de Emma. Un sonido imperceptible salía de su garganta : era el estertor de la agonía.

El sacerdote abrió su Breviario y empezó á rezar las oraciones de los agonizantes. Era aquello el adiós de dos almas en la puerta de la eternidad. El rostro inmutado de presbítero, su voz insegura, en la que á veces casi se asomaba un gemido, todo anunciaba la violencia de la lucha interior que sostenía. Su madre, cerca de él, sosteniendo con mano temblorosa una vela de cera, seguía con angustia las emociones que se retrataban en el rostro de su hijo y las huellas de la muerte que iban extendiendo sobre el rostro de la agonizante su velo misterioso. La palidez azul de los sepulcros sombreaba ya aquella faz tan hermosa, su nariz se afilaba por instantes, su rostro se desencajaba y sus labios perdían el hermoso carmín que los teñía.

En aquel cuadro sombrío sólo se oyó durante un rato el fúnebre estertor de la aganizante, los suspiros y los ayes, y la voz severa del sacerdote como departiendo con la muerte en nombre de

Digitized by Google

Dios y dominándolo todo. La muerte se cernía allí y el hielo del sepulcro invadía la estancia.

Últimamente, Emma hizo un esfuerzo débil, como para quejarse, sonrió tristemente como un niño, y una lágrima brotó de sus ojos cerrados ya, y quedó suspendida en sus pestañas como una gota de rocío oscilando en las zarzas de una selva. Un estremencimiento nervioso agitó todo su cuerpo y dió un suspiro.... Era el último.

— ¡Jesús! exclamó el sacerdote, extendiendo sobre ella la mano para bendecirla.

— Ha concluído, murmuró el doctor.

— Hija mía, hija mía, gritó la madre lanzándose sobre el cadáver.

— Hijo mío, dijo la otra lanzándose al sacerdote. ¡Ten valor!...

BIBLIOTECA DE MANUEL GONDRA ASUNCION

Digitized by Google

IX

Pocas horas después yacía el cadáver en el lecho y cubierto con una sábana : el silencio de la muerte reinaba en torno.

Armando que estaba en la sombra, se acercó al lecho, tomó la mano de Emma, que pendía de él, y contemplándola mudo y sombrío, lloró largo rato.

Después, dobló las rodillas, se inclinó sobre el lecho y quiso acariciar con sus labios aquella frente ya fría; pero al acercar el rostro tropezó con el crucifijo que Emma sostenía sobre el pecho, ¡ Dios siempre entre ella y él! Aplicó los labios á la santa imagen y dobló la frente.

Después se le oía murmurar muy paso, parecía como si hablase con el cadáver. Era que rezaba. Estaban para extinguirse las últimas luces cuando se puso en pie

Digitized by Google

— ¡Adiós! ¡Adiós! dijo mirando el cadáver y sacudiendo como con desesperación aquella mano ya helada.

— ¡Adiós! volvió á decir por última vez, casi ahogado por el torrente de sus lágrimas. Soltó la mano y volvió la espalda. Su madre estaba allí.

— Perdón, madre mía, exclamó arrojándose á sus brazos. ¿Lo habéis comprendido todo?

— Todo, todo, hijo mío, dijo la anciana deshecha en lágrimas.

— Pues bien, entonces ya comprenderéis que yo no puedo vivir aquí porque el recuerdo de tanto pesar me mataría. Vámonos, madre mía, vámonos.

— ¿Á dónde?

— Donde el deber me mande.

— Te seguiré después, dijo la madre.

El sacerdote la besó en la frente, y mirando por última vez aquel cadáver tan querido, partió precipitadamente. Después se oyó en el empedrado el galope de un caballo que llevaba á un jinete y se ocultaba entre las sombras y las sinuosidades del camino....

Si pasáis por el pequeño pueblo de V.... hallaréis al Padre Armando envejecido y triste al pie de los altares, y casi al término de su vida.

Digitized by Google

Herido por los años y los dolores, ha vivido en aquel pueblo que lo ama con pasión. Solitario y triste ha visto morir en su rededor cuanto él amaba. Su madre, única compañera de su vida, lo abandonó también. Todos han caído en su rededor, y él, como el árbol que desafía la tormenta, espera que el hacha de la muerte venga á derribarlo, y sueña con vivir en la otra vida al lado de Emma, en perdurable amor.

FIN DE EMMA.

Digitized by Google

LO IRREPARABLE

NARRACIÓN SOBRE UN HECHO HISTÓRICO

Digitized by Google

Digitized by Google

LO IRREPARABLE

NARRACIÓN SOBRE UN HECHO HISTORICO

CAPITULO PRIMERO.

BÍBLICO.

Salvado estaba el mundo.

La cólera de Dios había pasado.

Dios había castigado la humanidad culpable, ahogándola en un diluvio universal.

Sólo el justo y su familia se habían salvado.

La virtud había flotado con el arca, sobre la corriente de las aguas.

La luz reflejándose en las capas de la atmósfera, había formado el arco-iris, que se creía testimonio de alianza entre Dios y los hombres.

La paloma había regresado, trayendo la señal de paz.

Digitized by Google

El arca yacía en la cumbre del Ararat y las aguas vueltas á su lecho.

La naturaleza renacía en espléndida primavera..

Pero, he aquí, que aunque sólo se habían salvado los justos, el espíritu del mal también se había salvado, ocultándose en el corazón del hombre.

El pecado de los hijos de Adán, perduraba en los hijos de Noé, después de salvados.

Y el desacato de un hijo, traería la maldición sobre una raza.

Era el día en que el mundo iba á presenciar el tremendo espectáculo de la maldición de un padre.

La cólera de Dios caería sobre una parte de la humanidad.

Y he aquí que el padre dormía....

El zumo de la vid lo había sumido en inconsciente embriaguez. Y desnudo estaba á presencia de sus hijos.

Dos de ellos toman un manto y con púdico respeto, andando para atrás, cubrieron la desnudez de su padre.

Y el tercero se rió al verlo ebrio.

Y he aquí que el padre despertó y al saberlo lo maldijo.

Y Dios lo castigó por la maldición del padre ebrio.

Digitized by Google

Y envió sobre su frente una mancha negra como la sombra de la noche. Y condenó á su maldición á él y á los hijos de sus hijos. Y castigó con el padre culpable generaciones inocentes.

Y los hermanos, no malditos, que eran los hermanos *virtuosos*, recibieron el poder de oprimir al hermano ya castigado por Dios.

Y el padre vuelto en sí, no perdonó.

Y Dios también fué inexorable.

Y aquella maldición engendró el odio de los hermanos contra los hermanos y creó la enemistad de razas entre los hombres.

Y el hombre maldito huyó, para refugiarse en los bosques y allí fué preseguido y cazado por sus hermanos.

Y he aquí que en nombre de esa maldición desapareció en igualdad de entre los hombres.

Y los hijos de Adán no se conocían unos á otros.

Y hubo oprimidos y opresores.

Y la maldición del padre sembró la discordia entre los hijos y mató en ellos el amor, y anonadó el derecho.

Y los hermanos se creyeron con derecho á la libertad y á la vida de su hermano.

Y he aquí que en nombre de aquella maldición surgió la esclavitud.

Hasta aquí la tradición....

Digitized by Google

CAPÍTULO II

LA CIENCIA

Y pasaron los tiempos.

El inmenso atentado era siempre ley.

El *Derecho*, que es eterno, permanecía oculto en la sombra, y el *hecho* pasajero como todo lo humano, reinaba.

Y la humanidad estaba envilecida, porque el reinado del hecho es degradante y sólo el reinado del derecho es digno.

Y he aquí que hubo en el espíritu humauo como claridades de aurora, y la ciencia todavía oculta en la tiniebla dijo :

" La legendaria maldición " no es cierta.

Dios no ha podido establecer la desigualdad entre los hombres.

Dios, que es el amor, no impone el odio.

Dios, que es el bien, no ordena el mal.

Digitized by Google

Dios, que es la virtud, no manda el crimen.

Dios, que es la caridad, no ordena lo cruel.

Dios, que es el padre de los hombres, no quiere que sus hijos sean siervos de sus hijos.

Dios, que es la paz, no quiere la guerra entre hermanos.

Dios, que es el padre del *Derecho*, no ha ordenado jamás el atentado....

Dios no ha establecido distinción de razas ni colores entre los hombres.

Dios no ha hecho siervos ni señores.

Dios no ha coronado reyes.

Dios, que es el padre de la *libertad*, no ha sancionado jamás la *esclavitud*.

Todos los hombres son libres é iguales ante Dios.

Y hubo un como dulce estremecimiento en la conciencia humana.

Y un rumor apacible se repitió de pueblo en pueblo : *Todos los hombres son hermanos*.

Mas, la sombra seguía.

La voz inspirada, del Cristo, predicando la igualdad, necesitó diez y nueve siglos para implantarla.

Y hombres que creían en la redención de la humanidad por el sacrificio de un Dios, no creyeron en la redención de las razas esclavas y siguieron oprimiéndolas.

Digitized by Google

Pesaba más el pecado de Cham, que el pecado de Adán. La maldición de Noé perduraba más que la de Dios : suponiendo que Dios pudiera maldecir.

Y en vano dijo la ciencia.

Ese tinte oscuro que veis sobre la frente de vuestros hermanos, no es fruto de una maldición, es el resultado natural del suelo en que han nacido y la influencia del crimen en que viven.

La desigualdad de colores no es desigualdad de condiciones.

Y los que creían en el Paraíso del Génesis dijeron : no hubo más que un primer hombre y una primera mujer. Todos hemos nacido de allí, todos somos hijos de Adán, luego todos somos hermanos.

Y los espiritualistas dijeron : Si el alma es distinta del cuerpo, si es un *soplo divino*, Dios ha soplado igualmente sobre la frente de todos los hombres, luego todos tenemos igual alma. Si el alma es lo que forma el ser, todos somos seres iguales.

Y el materialismo dijo : Si todos somos hijos de la tierra, nos alimentamos de tierra y á la tierra volvemos, todos somos iguales.

Pero he aquí que los gritos de la ciencia y la

Digitized by Google

filosofía no fueron escuchados, porque los hombres ensoberbecidos necesitaban oprimir, para vengarse en alguien de la opresión de los reyes sobre ellos.

Los reyes á su turno necesitaban pueblos esclavos y no hallando títulos de su dominio sobre la tierra, en su ambición insólita quisieron derivarlos del cielo y ebrios de orgullo hablaron del *derecho divino*.

Y los reyes oprimieron los pueblos en nombre de Dios, y los pueblos tuvieron esclavos en nombre de Dios también. Y fueron á buscar en la tradición apoyo para su atentado, y hallaron un libro en cuyas páginas, llenas de castigo y anatemas, se ven naciones conquistadoras en nombre de Dios, y pueblos asesinados y naciones pasadas á cuchillo y razas sometidas á la esclavitud, todos en nombre de Dios!... Y en estas páginas sangrientas creyeron hallar la razón de su dominio y oprimieron los pueblos en nombre de Dios.

Y Dios había dicho por boca del Cristo :

Entre vosotros no hay primero ni último.

Amaos los unos á los otros.

Pero más desgarrada que su túnica, fué la doctrina del mártir, y en su nombre se alzaron autocracias nefandas y teocracias sombrías.

Y las razas y pueblos oprimidos, gritaron en

Digitized by Google

vano contra sus opresores, su voz se perdía como el grito de un viajero extraviado en los desiertos de Sahara.

Pero he aquí que un día en que la razón humana se inclinó sobre la raza oprimida y le dijo :

Raza de esclavos, alzad la frente.

Vosotros también sois hombres, como vuestros opresores.

Vosotros también sois razas de reyes.

Vuestros padres reinan aún en África y han dominado un continente.

Vuestros padres han sido príncipes y guerreros y conquistadores.

Vosotros también habéis tenido esclavos.

Alzad la frente.

Y la raza oprimida alzó la frente pálida y sombría abatida por tantos siglos de injusticia.

Y la razón humana inclinándose entonces sobre los opresores les dijo :

Vosotros, hijos de raza orgullosa y engreída, vosotros también habéis sido esclavos.

Vosotros habéis sorprendido el mundo con los crímenes de vuestros hombres y habéis producido monstruos dignos de hacer avergonzar la humanidad.

Vuestros grandes pueblos antiguos, los griegos

Digitized by Google

y los romanos, eran pueblos de guerra y de pillaje que vivían sometiendo á la esclavitud á hombres de su misma raza.

Y á su turno ellos fueron esclavos.

Y todos vosotros lo habéis sido y lo sois aún sometidos como estáis al poder de los reyes.

Pero va á llegar el momento de redimiros.

Aprestaos á la lucha.

Oprimidos y opresores álzad la frente.

Y un ruido como de tempestad se escuchó en el espacio y claramente se oyeron pronunciar tres palabras sublimes :

Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Y en medio de una fulguración más imponente que los fuegos del Sinaí se vió aparecer el nuevo Evangelio de la Humanidad, compendiado en los *Derechos del Hombre.*

Y hubo entonces lucha cruenta entre los pueblos y los reyes.

Y vencieron los pueblos.

Pero la esclavitud no desapareció por completo.

Necesitaba toda la luz del siglo XIX para ahogarse aquella gran sombra.

Era, pues, aquella época luctuosa, y aún había esclavos en América, cuando sucedió lo que vais á oír.

Digitized by Google

CAPÍTULO III

LA PAMPA

¡ La tarde en la llanura!

¡ Qué esplendidez de Cielo, qué majestad de paisaje !

El sol, como un globo inflamado, como una inmensa bola de fuego, rojo y sin rayos, ocultándose en el horizonte lejano, produciendo fulguraciones caprichosas al partir sus rayos en el terso cristal de la laguna. Los bosques de palmeras, proyectando manchas oscuras, en la inmensa extensión de la pampa. Bandadas de palomas arrullando, ocultas en los jarales de la selva. Partidas de aves marinas, llegando como en peregrinación, á posarse en los altos cocoteros, á orillas de los lagos y el estanque. Las silenciosas y apacibles garzas, ocultas á la sombra de los juncos. El ruido de los insectos, ocultos en las

Digitized by Google

hojas del boscaje. El viento rumoroso de la pampa haciendo doblegar las arboledas. La inmensidad del horizonte, la solemnidad de la hora, aquel himno como de rumores y gemidos que levanta la naturaleza al dormirse en los brazos de la noche, semejante á la oración que alza un niño, al reclinar su sien sobre la almohada, arrullado por besos de la madre, todo es imponente, magnífico, sublime y nunca olvida el alma que la ha visto, la caída de una tarde en el desierto.

Y era una tarde de aquéllas.

El *Hato*, se alzaba como un refugio contra la intemperie, en medio de la sabana.

Los corrales estaban ya llenos con los rebaños y había cesado el trabajo de aquel día. Sentada cerca á una de las columnas de madera que sostenían una enramada, estaba una mujer ocupada en coser. Era de color, pero fina de facciones y aspecto humilde y simpático. No era aún vieja y la forma de su frente y el brillo de sus ojos, demostraban en ella, un ser inteligente. De vez en cuando, suspendía la labor, y miraba con cariño singular á un joven mulato, que apoyado en el tronco de una palma, estaba á poca distancia de ella.

Eran madre é hijo, y ambos esclavos de la dueña de aquel hato.

El joven era hermoso, cuanto podía serlo un

Digitized by Google

hombre de aquella raza, humillada entonces con el peso de una cadena y embrutecida con las sombras de la servidumbre. Su color era más claro que el de la madre y en sus facciones y cabellos se conocía que había mezcla muy notable de sangre de una raza distinta. Alto, muy alto, de formas atléticas, pecho levantado y rostro simpático y triste. Muy joven aún, casi adolescente, apenas un ligero bozo sombreaba el labio superior bajo el cual se veía lucir la blancura perfecta de sus dientes. Sus ojos tenían una mirada inteligente y triste.

Vestía con pantalón y camisa de coleta, aquél arremangado hasta la rodilla y ésta ceñida por fuera del calzón, con una correa que servía á la vez para sostener una especie de cuchillo de caza, que pendía hacia atrás. Llevaba un sombrero de caña, de anchas alas, caída la una y levantada la de adelante, por el impulso del viento, que le azotaba el rostro. Parecía un gaucho de las pampas argentinas, y al ver su figura imponente, meditando así, en la soledad del desierto, cualquiera se imaginara, el último hijo de los reyes indios, recordando á la sombra de las palmas, la gloria de su raza ya extinguida, y contemplando el suelo de su patria, en poder de invasores extranjeros.

Digitized by Google

El sol que se hundía, proyectaba la sombra del hombre y de la palma, sobre la playa y el lago, á cuya orilla estaba.

El esclavo dejaba vagar su mirada errabunda, ya sobre las olas que venían á estrellarse á sus plantas, ya en las naves que como garzas marinas cruzaban el lago, y en la línea confusa que limitaba el horizonte.

Á veces, alzaba sus ojos melancólicos y los fijaba en el cielo. Su alma huérfana buscaba á Dios. Prisionera asomada á las rejas contemplando la libertad. El cielo retratado en los ojos de un esclavo, es decir, la grandeza reflejándose en el abismo. Acaso envidiaba la libertad de aquellas aves, que podían moverse en todas direcciones, ir á donde quisieran y amar á su sabor. En tanto que él, hombre y por consiguiente con derecho á ser libre, ni disponía de sus acciones, ni siquiera del trabajo de sus brazos. Su madre, su pobre madre, á quien adoraba y que ya comenzaba á envejecer, tendría que trabajar, bajo el látigo del mayoral, porque él, joven, robusto, que pudiera sustentarla con su trabajo, no se pertenecía! Él no era un hombre, era un eclavo. Pesaba sobre él toda la injusticia de los hombres ; apoyada en la *tradición*, que era absurda, en una *maldición* que era quimérica,

Digitized by Google

y en la *autoridad* de muchos siglos, falible como obra de los hombres.

El error con envejecerse, no se transfigura nunca en la verdad.

Por muchos siglos los reyes sostuvieron, los sabios proclamaron, los filósofos ensayaron probar y los ministros apoyaron que la esclavitud era un derecho, que Dios había maldito esa raza, que la maldición de Noé debía cumplirse, que era un atentado tratar de quebrantarla, que en el libro en que ellos habían encontrado todas las verdades, se encontraba la fuente de aquella espantosa violación; que estaba apoyada en la *tradición* que así lo había enseñado, en la *autoridad* de tantos hombres, que así lo habían dicho, y en la *conciencia universal*, que así lo había creído por tantos siglos. Y, ¿ acaso esa *tradición*, el principio de esa *autoridad* y el testimonio de esa *conciencia* errónea, pudieron hacer nunca verdad esta mentira, santificar este crimen, sancionar esta violación, y hacer virtud este delito? ¡ Jamás! ¿ Por qué? Porque frente á la *tradición*, á la *autoridad* y al testimonio de la *conciencia universal*, se alzaba la razón con su criterio para decir: esto es mentira; el derecho eterno para decir, esto es un atentado; la ciencia para decir, esto es un absurdo, y la justicia para decir, esto es un crimen.

Digitized by Google

La mente oscurecida del esclavo no podía comprender esto; sin embargo, como relámpago en la sombra de la noche, la verdad prendía fulgores en la sombra de su conciencia y era que, sin que él se diera cuenta, la razón hablaba en el fondo de su alma para decirle: Has nacido hombre, luego has nacido libre; con el hecho de nacer tienes *derechos iguales* á los demás hombres, porque los derechos no los da la sociedad. Y la conciencia le gritaba: tu esclavitud es una injusticia. Pero ¿á quién quejarse? La *ley* lo había establecido, la *sociedad* lo sostenía, y Dios, los hombres en su insensatez, lo habían hecho hablar por sus labios, profiriendo una maldición para apoyar su impiedad. Añadían al atentado la blasfemia.

En vano el Cristo había venido para romper todas las cadenas y sancionar todas las libertades, si los hombres en su ceguedad persistían en sostener la maldición del viejo testamento frente al perdón, la clemencia y la luz del Evangelio.

Nada podía la escena de la cruz, contra la escena de la vendimia; Cristo contra Noé.

La sangre del cordero que redimía la humanidad del pecado de Adán, no pudo redimirla del de Cham.

Digitized by Google

Se aplacaba la maldición de Dios y no podía aplacarse la del hombre.

¡ Oh ! ¡ suprema injusticia de los hombres frente á la justicia eterna de Dios !...

En tanto, el joven esclavo seguía meditando y su meditación revestía á veces como vagas claridades que se translucían en su frente y en su rostro, á veces había luz en esta sombra, la claridad se proyectaba en la tiniebla, fulgores de cielo bajaban á aquel limbo ; Dios se asomaba á aquel abismo, la felicidad besaba aquella alma. ¿ Por qué? Porque el amor visitaba aquel ser, y el amor es el sol de la vida. He ahí por qué no era eterna la noche de aquella alma. He ahí por qué se disputaban en ella, las sombras y la luz el predominio. Porque aquel hombre tenía una tempestad en el cerebro y un idilio en el corazón. Tenía una lucha de titanes en la cabeza y un nido de ilusiones en el pecho. La sombra arriba y la claridad abajo. Pensaba en los hombres y tenía á Dios en el alma. El infierno en la inteligencia y el cielo en la conciencia. La sombra de los hombres en la frente, el esplendor de Dios dentro del pecho. Odio en la cabeza, amor en el corazón. La noche en el cerebro, y la mañana dentro de sí. Aborrecía como debe aborrecer un esclavo y amaba como debe amar un hombre de veinte

Digitized by Google

años, con todo el corazón y toda el alma.

Se olvidaba de la injusticia de los hombres para pensar en el amor, y entonces era feliz.

A pocas leguas de allí estaba la ciudad, y á su entrada, en una casa humilde, estaba la mujer querida. Aquí el martirio y allá la gloria. Aquí era el esclavo, allá el amante, ¡ qué diferencia ! Aquí era una cosa, allá era un hombre. Al pensar en esto, su mirada se fijaba en dirección á Maracaibo y entonces sus ojos se llenaban de lágrimas.

Su madre lo contemplaba en silencio.

Ella comprendía lo que pasaba en su interior, porque las madres saben leer á través del rostro de los hijos.

Ella había observado en el joven esa tristeza, que precede siempre á la aparición del amor, semejante al crepúsculo que precede á la aparición de la mañana.

Ella había observado que el esclavo dejaba muchas noches que todos durmieran en el Hato, y se alejaba cautelosamente, y no volvía sino con el alba ¿ á dónde iba su hijo ? he ahí lo que no sabía la madre, pero lo presentía. Muchas noches había pasado en vela la pobre esclava, rezando en su lecho hasta el regreso de su hijo. Temía que el amo lo descubriera y pudiera castigarlo. Era tan

Digitized by Google

severo... Además, Luis, el hijo del amo, tenía odio especial al joven esclavo y no perdía la ocasión de vejarlo, ya de palabra ó ya de obra.

Era mejor callar.

La noche había caído ya sobre la sabana cuando la madre llamó al hijo.

— Juan, le dijo, ¿ no ha venido aún el amo ?

El joven, sorprendido, volvió la cabeza, hasta entonces se había creído sólo.

— El amo Joaquín sí, y me parece que el amo Luis, es quien viene allí.

En efecto, un jinete se divisaba ya á corta distancia, á favor de la opaca luz que daba el último crepúsculo de la tarde.

Á poco pasó por cerca á los esclavos, que se descubrieron al verle.

Juan fué á tenerle el estribo y á recibir la bestia, alabándole á Dios, como llamaban entonces, el rezo sacrílego con que los esclavos saludaban á sus amos.

El joven lo miró con soberbia desmedida, con relámpagos de odio ; pequeño de cuerpo y de alma deforme, envanecido, envidiaba las atléticas formas y aun la parte intelectual de aquél á quien la suerte había hecho nacer su esclavo.

— ¿ Está ahí mi padre? preguntó.

— Sí, señor.

Digitized by Google

— Ven acá, dijo sin dignarse mirarlo.

El esclavo lo siguió.

Á poco andar, se hallaron en un corredor y á presencia de un hombre anciano ya, de fisonomía distinguida, pero en cuya frente, pronta á contraerse, y en el arco de sus cejas y el brillo de sus ojos, se notaba un carácter irascible y duro.

— Papá, dijo el joven después de saludarlo ; he averiguado todo, y ha salido verdad lo que yo le había dicho. Juan se huye todas las noches para Maracaibo, á donde una mujer que tiene, y roba de aquí con que mantenerla. ¿No es cierto? dijo dirigiéndose al esclavo.

— No, señor, respondió éste.

— ¡ Ah ! ¿ con qué me contradices ?

— Pero si no es cierto.

— Insolente, dijo el joven, dejando caer su mano en el rostro de Juan, con tanta fuerza que el esclavo vaciló.

Mudo de cólera, lleno de indignación, como por el movimiento natural de todo hombre que se siente ofendido, el joven esclavo cerró convulsivamente los puños y en una crispatura nerviosa se agitó como un tigre encadenado.

— ¡Ah! miserable ! dijo el padre del joven ¿ te atreves á insolentarte? Y arrebatando á su hijo el fuete que aún tenía en la mano, lo descargó con

Digitized by Google

furia varias veces, sobre el rostro y las espaldas de aquel ser á quien la ley le prohibía defenderse.

—No más, mi amo, no más, gritó la madre del esclavo, arrojándose de rodillas ante el amo enfurecido; perdónelo su merced.

— Llévatelo, gritó el viejo al *mayoral;* que le den cuarenta azotes y le pongan en el cepo.

El esclavo no dijo una palabra, lívido, silencioso, fué arrancado de allí.

— Perdón, mi amo, perdón, oyó que gritaba su madre de rodillas aún ante el verdugo.

— Quita de ahí, respondió éste arrojándola tan lejos de un puntapié, que la anciana cayó golpeándose con el suelo la cabeza, y recibiendo encima dos fuetazos.

En este momento, el esclavo volvió la vista, y vió á su madre castigada en el suelo, bañada en sangre y clamando aún por su hijo.

Impotente para defenderla, arrastrado por la fuerza, el joven se llevó las manos á los ojos, y prorrumpió en llanto, pero ahogado, comprimido, como el rugido de un león.

Poco después se oyó el ruido del látigo, y después... el silencio. El esclavo estaba en el cepo.

Después... se oyó el rezo de los esclavos y los amos y pocos momentos después, todos dormían.

¿Qué podía perturbar la conciencia de un amo,

Digitized by Google

el castigo infligido á un esclavo? ¿No tenían *derecho* sobre él? ¡Ah! y la sociedad de aquellos tiempos, que vivía cometiendo aquella violación, se creía una sociedad verdaderamente moral y cristiana!... ¡Ah! entonces, como siempre, en esta ridícula comedia humana, en esta gran mascarada social, seguía pasando la ostentosa y estólida piedad por virtud; la injusticia por *derecho* y el abuso del poder, por garantía social.

Aquella noche, el esclavo durmió en el cepo sobre el suelo frío y no tuvo más compañía que su madre, llorando cerca de él.

La luna seguía silenciosa su marcha en el espacio, los hombres y la naturaleza dormían tranquilamente. ¿Á quién podía importar la angustia de un esclavo?

¡Ah! sólo una mujer, á pocas leguas de allí, esperaba impaciente la venida del ser que amaba.

El amor, como un arco-iris, estaba tendido sobre aquellas dos almas.

El esclavo en el cepo y la mujer en el hogar, tenían un mismo pensamiento.

Los hombres se habían puesto entre ellos, pero sus almas silenciosas y tristes se besaban en el espacio.

La aurora alumbraría sobre los cielos.

¡Ay! quién sabe si volvería sobre esas almas!...

Digitized by Google

CAPÍTULO IV.

AMOR.

El corazón de la mujer es un nido y el amor una ave.

Cuando el amor se posa en este nido, ella no le pregunta de dónde viene. Jilguero que lo llena de armonías ó ave silenciosa y moribunda que haya plegado las alas, para morir allí, el nido siempre le dará calor.

Alguien dijo que para amar, los hombres éramos una cabeza sin corazón, y las mujeres, un corazón sin cabeza.

Lo que sí es cierto, es que el hombre para amar calcula, la mujer no.

El egoísmo no cabe en una mujer que ama.

Hay siempre en el amor de la mujer, una tendencia generosa de sacrificio.

El amor en la mujer se mantiene de heroísmos secretos.

Digitized by Google

Los que han denigrado la mujer es porque no la han comprendido, ó no han sido nunca amados con pasión.

Se ha hablado mucho de la inconstancia de la mujer, sin ver que ésta la ha engendrado la ligereza de los hombres.

Ellos han hecho nacer en su corazón la desconfianza.

La perfidia de alguna mujer tiene siempre por causa un desengaño anterior recibido por ella.

El hombre ha enseñado á la mujer el camino de la deslealtad, porque por una mujer pérfida ha habido siempre cien hombres que lo son.

El hombre está siempre en asechanza, y si la mujer huye, entonces la culpa : el milano no gusta que la paloma se escape.

Y, es preciso confesarlo; hay mucha cobardía en esta lucha, pero hay más en la victoria.

La mujer está maniatada en esa lucha, no conoce el mundo en que va á combatir, ni el enemigo con quien va á lidiar, no lleva más armas que su nobleza y su virtud; y el hombre las lleva todas.

Y cuando con esta superioridad vence, entonces se atreve á lo que no haría con nadie : ¡á insultar al vencido !

Y finge desprecio por el ser cuyo afecto mendigaba antes de rodillas!...

Digitized by Google

La mujer nace buena y el hombre le pervierte el corazón; nace confiada y el hombre la hace recelosa; nace leal y el hombre la enseña á ser pérfida; nace pura y el hombre la marchita! ¡Y después, la culpa!

Y cuando la flor se resiste á dejarse arrancar del tallo, cuando la estrella no tolera sombra, cuando el ídolo no desciende del altar, entonces se clama contra esta conducta; porque el hombre no quiere que la mujer se defienda.

Ha hecho las leyes á su antojo, para dominar á la mujer, en el mundo del amor, quiere también reinar como soberano.

En su despotismo quiere arrebatarle la libertad del corazón.

Y sin embargo, nadie hay más digno de ser amado con lealtad, nadie con más abnegación que la mujer. Ella no busca más que un alma que la comprenda, y una vez que la halla, vive en ella y sólo para ella.

Hay en el amor de la mujer más espiritualismo, más virtud y más nobleza, que en el del hombre.

Safo, anegándose en el mar de Lesbos, es la genuina representación del alma de la mujer, lanzándose al océano tempestuoso del amor.

Dido, es la imagen de las almas desesperadas y tristes.

Digitized by Google

Eloísa, la sublime constancia en la desgracia, el amor del espíritu.

Eponina, la abnegación.

Porcia, el valor.

Policarpa, muriendo frente á su amante fusilado también, es como un ángel con sus dos alas extendidas, una sobre el amor y otra sobre la patria.

Cuando una mujer ama, no reconoce obstáculo entre ella y el objeto amado.

Se lanza como una mariposa hacia la llama.

Siempre en busca de una alma noble, va hacia ella, dondequiera que la halle. Si es un astro, asciende hasta prenderse en los rayos de su luz; si es un gusano, se hace oruga para bajar hasta él.

He ahí por qué Bárbara amaba á Juan. Su amor, puede decirse que había crecido con ella. Había nacido libre, y era voluntariamente esclava del amor de un esclavo.

Hija de una mujer humilde, sirviente en la casa donde Juan era esclavo, habían crecido juntos y se habían amado sin darse cuenta de ello.

Un día, en medio de la pampa, á la sombra de un cocotero, mientras la joven recogía agua por la casa, el esclavo se había atrevido á decirle que la amaba, y ella doblegando la cabeza tímidamente, confesó su amor. No hubo más testigos de

Digitized by Google

aquellos juramentos que las nubes que en aquel momento erraban en el firmamento, las aves que pasaban cruzando el espacio, el sol luciendo sobre el cielo y el árbol gigantesco que les daba sombra. Digno templo para las nupcias de una alma esclava, la inmensa libertad de aquel desierto.

Desde entonces, la vida del esclavo tenía un rayo de luz sobre su cielo.

Porque una vida sin amor es la sombra.

Desgraciado del hombre que á los veinte años no haya amado, dice Lamartine.

Y en efecto, qué tardía la primavera de ese corazón, qué oscuro el firmamento de esa alma.

Un corazón que no ha amado, es como un pedazo de los desiertos de la Libia, árido y sin encanto.

El amor es un sol que fecundiza en el alma los sentimientos generosos, como los rayos del astro rey fecundizan las selvas y los campos.

El alma enamorada es capaz de todas las acciones generosas y grandes.

Amar á una mujer es el objeto más noble de la vida.

Desgraciada del alma que al pasar los dinteles de la adolescencia, no halla una alma gemela, con

Digitized by Google

quien cruzar un trecho siquiera del sendero de la existencia.

Amar y ser amado es la felicidad; haber amado es la sombra de ella. Y sin embargo, aún en el recuerdo halla el alma destellos de consuelo.

El amor da aliento para las luchas de la vida, llena el alma de ilusiones y de esperanzas el porvenir.

El amor adquiere mayor intensidad en las almas desgraciadas.

Y Juan, que era joven, desgraciado y querido, ¡con cuánto anhelo no se abrazaría á este amor, que venía á embellecer su vida!

Desde que se sintió amado, las faenas de su condición le parecieron menos pesadas y la vida menos amarga.

Sus aspiraciones se cifraban en desocuparse de sus quehaceres, para ayudar á Bárbara en los suyos y acompañarla á la fuente. Allí, solían entretenerse á veces en largas pláticas, de esas en que se absorben los amantes, y una noche fueron sorprendidos por Luis, quien furioso se lanzó sobre el joven esclavo, al cual castigó cruelmente, apellidándole holgazán. La joven huyó despavorida, y desde aquel día no pudieron volver á verse en la fuente. Luis estaba celoso. Amaba á la joven con esa pasión brutal de los seres que muy esca-

Digitized by Google

sos de inteligencia tienen en sí más desarrollados los brutales instintos de la materia.

La joven, que desde el principio le tenía aversión, concibió por él un odio inmenso, desde que en su presencia se atrevió á castigar á su amante, y esquivaba los cariños del joven y huía de su persecución. Más enardecía esta conducta la pasión del mancebo y más aumentaba el odio que ya profesaba á Juan.

Bárbara contaba todo á su amante y ambos sufrían las amarguras que su poderoso enemigo les hacía pasar.

Dinero, alhajas, comodidades, todo ofreció Luis á Bárbara, sin que consiguiera más que desprecio. Entonces propuso á su padre que vendiera á Juan. El anciano se resistió, porque á pesar de su mal carácter, quería al esclavo, y un motivo que sólo él sabía le impedía venderlo.

La madre de Bárbara, que comprendió la persecución de Luis, resolvió abandonar la casa y así lo hizo, trasladándose á Maracaibo.

La separación fué triste. Habían vivido siempre juntos y por primera vez iban á ausentarse.

La joven lloró en brazos del esclavo y al despuntar del alba, un día, se ausentó de allí con su madre.

Digitized by Google

El esclavo quedó solo con sus recuerdos, su tristeza y sus verdugos.

Desde entonces el misterio protegió aquellos amores...

El esclavo huía todas las noches en busca de su amada, y estas huídas que inquietaron los celos de Luis, dieron lugar á los dolorosos excesos que hemos relátado.

Escenas que son fin de un poema y principio de un drama.

¡Idilio que se torna en tragedia!....

Digitized by Google

CAPÍTULO V

CRIMEN.

Las sombras misteriosas de la noche cubrían el esplendor del firmamento.

La tiniebla en el cielo, y la soledad en el campo.

El desierto yacía como dormido en el frío regazo de la noche.

Viento de tempestad azotaba las palmeras.

Como partidas de espectros luctuosos, las nubes recorrían el cielo, encapotando más y más á cada instante el horizonte.

Las oleadas del lago llegaban como perseguidas, á estrellarse en tropel, con furia inusitada, contra la playa indefensa, y los troncos añosos de los árboles se inclinaban balanceando la cabeza al sentir pasar el huracán sobre ellos, y mugir amenazante el lago azotador.

De vez en cuando, como un rayo de razón en

Digitized by Google

la mente de un loco, como un remordimiento en la conciencia de un criminal, un relámpago, un vertiginoso zigzag, cruzaba el horizonte y se ocultaba en la sombra. Después, el trueno asordaba el espacio y su voz, debilitándose gradualmente, formaba un eco rimbombante y triste, que iba á perderse en el confín de la llanura.

La tempestad se acercaba, agitando sus alas sobre el desierto, como un cóndor sobre su nido.

El lago parecía querer huír de ella, rugiendo como tigre á presencia del domador.

Y la pampa, silenciosa y triste, parecía resignarse á sufrir el azote del vendaval.

Había en el bosque ese rumor confuso y vago de la soledad, ese como murmullo inarticulado, que parece cual si los árboles al inclinarse contaran cosas misteriosas y tristes, que el viento lleva luego entre sus alas.

Precede á la tempestad, como á todos los grandes cataclismos, un momento solemne.

Hay en la naturaleza una especie de pavor que se comunica á los seres animados, y se demuestra en una vaga y silenciosa inquietud.

Gradualmente se fué ennegreciendo el horizonte, creciendo los rugidos del lago y el furor del viento, hasta que al fin se desató el vendaval.

La tempestad azotó con sus alas de fuego la

Digitized by Google

llanura. La lluvia se desgajó en torrentes. Y no se oía sino un como fúnebre crescendo, formado por el ruido monótono y amenazante de agua que caía, y el sonar del viento, formando remolino y amenazando arrancar de raíz los árboles del bosque.

El lago levantaba sus olas espumosas, como si en su fondo hubiese una lucha de monstruos, y el cielo producía sonidos asordadores, como si hubiese en él una batalla de titanes. De vez en cuando se oía el chirrido melancólico de una encina centenaria, que al partirse doblada por el huracán, parecía quejarse ; el ruido de los árboles gigantes al caer á la orilla del torrente, arrastrando arbustos y malezas en su caída formidable; el grito de alguna ave sorprendida por la tempestad y luchando con las ráfagas del viento ; el vuelo siniestro de las aves nocturnas ó el canto del cárabo; el espantoso estridor de los truenos asordando el ámbito ; y la majestad espantosa de la tempestad que es como la cólera del cielo. La noche parecía presentar un crimen y cubría los astros con el velo de la tiniebla para que no lo viesen.

Envuelto en las sombras, azotado por el viento y por el agua, deslumbrado por la luz de los relámpagos, que más lo cegaban que alumbrarlo,

Digitized by Google

iba á galope tendido un jinete en la llanura.

Completamente empapado por la lluvia, el sombrero echado hacia atrás y sostenido por un barboquejo, el cabello corto, caído sobre la frente y adherido á ella por la humedad, manejando con diestra y fuerte mano el potro casi indómito que montaba, iba como una visión en medio de la sombra el atrevido viajero.

Era Juan.

Dos días habían pasado desde su doloroso castigo, y esa noche, burlando la vigilancia del *mayoral*, había logrado escaparse, como en noches anteriores y para él más felices, en busca de su amor.

Don Joaquín estaba en la ciudad, Luis también, y él lograría regresar antes que ellos, y sin que echasen de menos su presencia.

El cielo parecía oponerse á su designio.

La fuerza de la lluvia que había acrecido inmensamente algunas cañadas y la oscuridad que no dejaba percibir bien el sendero del camino entretenía su marcha.

Hábil y atrevido nadador, el esclavo atravesaba los caños aguijoneando el bruto que montaba, y conocedor de los caminos volvía prontamente á ellos si los había abandonado.

Nada lo detenía, ni lograba amedrentarlo. Un

Digitized by Google

rayo cayó muy cerca de él, desgarrando una vieja palmera y haciendo un ruido formidable, y él se conformó con santiguarse y siguió adelante.

Creyó sentir al pasar por cerca de un bosque un ruido como de gente ó algún animal que andase por allí y se conformó con llevarse la mano á la cintura, buscando su cuchillo, para hacer frente al peligro si lo había.

Entonces notó que estaba desarmado. Esa tarde había matado un cabro en el Hato y había dejado luego su cuchillo, metido el bahareque de la enramada en que dormía, cerca de su chinchorro, con la esperanza de limpiarlo luego, de la sangre que tenía.

La falta de su arma favorita no lo detuvo y siguió adelante.

Calmaba un poco la tempestad, cuando él entraba á la ciudad, que estaba en un silencio profundo y á poco golpeaba en una casa de humilde apariencia. Prontamente, y como si hubiesen oído adentro el ruido del jinete al llegar, abrieron la puerta y una joven apareció en el dintel con una luz.

Era Bárbara.

Alta y delgada, esbelta como una corza del desierto, tenía ese talle airoso y cimbrador que

Digitized by Google

hace de las hijas del lago, un modelo de elegancia natural. Sus ojos grandes y negros tenían ese fuego tentador de las hijas de esas playas, en cuyas pupilas parece concentrarse todo el fulgor de estos cielos y el ardor de los trópicos. Sus cabellos negros como el ala de un paujil, sombreaban su rostro moreno y pálido, en el cual había una sombra de tristeza y pasión encantadora.

Apenas la vió, el joven le tendió los brazos. Ella se dejó abrazar con ese aire entre triste y serio que toman las mujeres que aman, cuando están enojadas con su amante.

— ¿Por qué estás así? le preguntó Juan.

— Y, ¿por qué no habías venido? replicó ella, dejando conocer en esto la causa de su enojo.

— Ven, te lo contaré, dijo el joven, cerrando la puerta y tomándola de la mano.

Sentado luego en una hamaca que había en la mitad del aposento, Juan refirió á su amada las violentas escenas habidas entre él y sus amos, sin ocultarle nada.

— ¿No es verdad que soy muy desgraciado? dijo con furor al concluir.

Bárbara por toda respuesta ciñó el cuello de su amante con su brazo y acercó su rostro al de él, buscando con su labio el labio de su hermoso compañero.

Digitized by Google

Con este beso apasionado y tierno, el esclavo olvidó toda su angustia y clavó sus grandes ojos negros con una admiración y un amor indescriptibles en el rostro de su amada. Pero ella, impresionada todavía con la narración que acababa de oír, le preguntó :

— ¿Y cómo has logrado venir esta noche?

— Aprovechando que los amos están aquí en la ciudad.

— ¡Ah! pobre de ti, ¿y si llegan á descubrirte?

— Me castigarán de nuevo, pero yo no podía prescindir de verte.

— ¡Cuán desgraciados somos! dijo la joven con una tristeza profunda; pero yo tengo confianza en Dios, que al fin hemos de ser felices. Yo sigo trabajando, hasta reunir con qué pagar á tus amos el valor de tu persona y lograr así libertarte. Hasta entonces no podremos ser felices.

— Gracias, gracias, dijo el esclavo lleno de amor y gratitud, estrechando á aquella abnegada y noble mujer, que el cielo le había dado como un ángel consolador de su infortunio.

El llanto de un niño que despertaba en una cuna inmediata los interrumpió, y ambos se avalanzaron hacia donde estaba su hijo.

Cuando llegaron á la cuna, el niño tenía abiertos sus negros y grandes ojos y tendía las

Digitized by Google

manos como buscando á su madre. Ésta lo tomó en los brazos y lo presentó al padre. Juan le besó la frente con cariño infinito y sin embargo una nube de tristeza se dibujó en él, porque pensó que aquel niño tan bello y tan querido era el hijo de un esclavo.

Ambos se pusieron á dormir el niño, contemplándolo á medida que cerraba sus ojitos y se quedaba quieto, con ese amor entrañable que sólo tienen los padres.

— Ya está, dijo poco después Bárbara; poniéndose de pie y colocando el niño en su cuna.

En aquel momento un ruido espantoso se escuchó en la calle, tropel de gente que corría, ruido de voces y armas.

— ¿Qué será? dijo Juan, dirigiéndose á la puerta.

— No salgas tú, déjame ver á mí, dijo Bárbara, y abrió la puerta. Juan permaneció de pie en medio del aposento.

En aquel momento, varios agentes de policía pasaban apresurados.

— Por allí corrió, decía uno.

— Allí saltó la palizada, decía otro.

— Se habrá escondido en alguna casa, decía el jefe.

— ¿ Quién ? preguntó Bárbara.

Digitized by Google

— El asesino.

— ¿ Qué asesino ?

— El de don Joaquín N...

— ¡ Cómo ! ¿lo han matado?

— En este momento en la calle de ***

— ¿ Y quién ?

— No se sabe. El hombre le dió una puñalada y echó á correr. Va vestido de blanco y con sombrero de caña. El herido dice que se le parece á un esclavo de su Hato.

— ¡ Dios mío !

El agente siguió y Bárbara cerró la puerta.

— ¡ Ay! conque han matado al amo, dijo Juan, olvidando en aquel momento los malos tratamientos de que había sido víctima, y dirigiéndose á la puerta.

— ¿ Á dónde vas ?

— Á ver al amo.

— ¡ Desgraciado ! no ves que estás aquí sin su permiso.

— Eso no quiere decir, le pediré perdón y lo ayudaré á llevar, déjame ir.

— No, dijo la joven.

— Es preciso ir.

— No, dijo resueltamente Bárbara; poniéndose entre su amante y la puerta.

— ¿ Por qué ?

Digitized by Google

— Porque pueden creer que tú lo mataste.

El esclavo se sorprendió:

— ¡ Cómo !

— Sí, replicó Bárbara. Tú has venido á escondidas, tú estás disgustado con el amo, él ha dicho que el asesino se le parecía á uno de sus esclavos y podrían culparte á ti. No, no saldrás, dijo la joven arrojándose á los brazos del esclavo, como si temiese que lo amenazara algún peligro.

El joven quedó estupefacto.

— Me voy entonces para el Hato, dijo pocos instantes después.

— Sí, vete, vete pronto, dijo la joven.

El esclavo se dirigió á la cuna de su hijo, clavó en él una mirada tierna, triste y profunda y cual si lo contemplara por última vez, lo besó en la frente, y dos lágrimas desprendidas del ojo del padre, cayeron sobre el rostro del hijo; luego abrazó á Bárbara que se prendió á su cuello llorando, y haciendo un esfuerzo supremo, abrió la puerta y se lanzó á la calle. Después se oyó el ruido del caballo que partía á correr.

Bárbara quedó pensativa, de pie ante la cuna de su hijo, y en actitud meditabunda : así permaneció muy largo rato.

Después volvió á oír ruido en la calle y puso el oído á la puerta.

Digitized by Google

— ¿Lo cogieron? preguntó un vecino curioso á un policía que pasaba.

— No, dicen que estaba escondido en una casa por aquí y se escapó á caballo. Van á mandar una escolta á perseguirlo.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Bárbara, cruzando las manos. Protégelo de la sospecha, Señor.

Después se dirigió á un modesto altar que había en el mismo aposento y postrándose de hinojos se puso á orar con fervor.

Ya no tronaba.

La tempestad no se oía en el cielo, toda se había agrupado sobre la frente del esclavo.

Las tempestades de las pasiones de los hombres son más temibles que las tempestades del cielo.

El rayo de Dios, es la justicia.

¡El rayo de los hombres, la venganza!...

Digitized by Google

CAPÍTULO VI.

ANTE LA LEY.

El crimen había sido trágico, alevoso, rápido.

La noche con su espantosa oscuridad, había sido cómplice de él.

En el alma del matador la sombra del mal, y en el cielo la sombra de la noche.

Una alma en la oscuridad, buscando la oscuridad del cielo para herir.

Las tinieblas se atraen.

El crimen es un abismo que atrae al criminal. Éste es la sombra cayendo en lo sombrío. Lo terrible desplomándose en el seno de lo horrible.

En estos crímenes se juntan la noche del alma y la noche del cielo.

Hay ausencia total de luz. Faltan en el alma la virtud y en el cielo el sol.

Hay doble eclipse : de Dios en la conciencia y de los astros en el cielo.

Digitized by Google

El drama fué corto.

Un hombre que iba, otro que se deslizó en la sombra, una puñalada, un grito de dolor, una exclamación tras una celosía y un hombre que huyó, tal fué el cuadro!...

El herido cayó al suelo, bañado en sangre: el matador le había rasgado el vientre. Cuando fué alzado de allí por la autoridad, aún vivía.

El lector habrá comprendido que la víctima era don Joaquín, atacado y herido por un bandido en la calle de ***, al retirarse de una visita, donde lo había sorprendido la tempestad.

Fué llevado ya moribundo á la casa que tenía en esta ciudad, allí recibió los sacramentos, y expiró, á poco tiempo, sin hacer más declaraciones, sino que interrogado sobre si había reconocido á su asesino, dijo, habérsele parecido aquél, en su aspecto y su vestido, á su esclavo Juan, pero que no pasaba de ser una suposición, pues aquél debía estar esa noche en el Hato.

Al día siguiente, como de costumbre, el público estaba ansioso de comentarios y la justicia de sumarios.

Los agentes de policía dijeron haber visto salir de la población un hombre á caballo, y se envió una comisión en su seguimiento. Al mismo tiempo la autoridad ordenaba le detención del

Digitized by Google

esclavo sobre el cual había caído la sospecha del moribundo.

Juan había llegado al Hato, ya casi de día, y aunque sus compañeros de esclavitud lo habían visto llegar, nada dijeron.

Humedecida la ropa con la lluvia de la noche, se despojó de ella y volvió á ponerse la de trabajo, aún manchada con la sangre del cabro, que había matado la tarde anterior.

Rendido de cansancio y de fatiga, y horriblemente preocupado con la idea de que pudieran culparlo á él, del asesinato, se recostó en el chinchorro, esperando que Luis viniera de la ciudad, para principiar sus quehaceres.

Se quedó profundamente dormido.

Entretanto, Luis, que había acompañado á su padre hasta que exhaló el último suspiro, dejando el cadáver en poder de la autoridad, para las diligencias judiciales, salió en persecución de aquel á quien se creía reo del asesinato.

Cuando llegaron al Hato, Juan dormía.

Tuvieron que contener á Luis para que no se arrojara sobre el esclavo dormido y lo matara.

La escolta rodeó el chinchorro en que dormía Juan, cual si temiesen pudiera escaparse.

El Jefe extendió la mano mostrando, sin hablar, las manchas casi frescas de sangre que tenían

Digitized by Google

las mangas de la camisa del esclavo, y las gotas de que estaba salpicado el calzón. Y acercándose á él, lo tomó fuertemente del brazo y lo sacudió con violencia.

El esclavo despertó.

Al verse rodeado de gendarmes y cercado como una fiera, se acordó de la noche anterior, de lo que había oído referir, dicho por don Joaquín, y de los temores de Bárbara. Asustado y confuso, su primer impulso fué protestar.

—Yo no he matado al amo, dijo poniéndos de pie.

— ¡ Ah ! malvado, ya te denunciaste, dijo Luis, con una voz en que se notaba más la satisfacción de ver perdido para siempre el rival odiado, que el furor del hijo frente al asesino de su padre.

— ¿ Dónde estabas anoche ? preguntó el jefe de la escolta.

El esclavo calló.

El mayoral, que creía ya en el asesinato de amo por Juan, contó que éste había llegado al Hato al aclarar el día.

— ¿ En qué bestia? preguntó Luis.

— En el potro bayo.

— Que vayan á traerlo.

Fueron registrados éste y los aparejos y se hallaron todavía húmedos del sudor.

El esclavo se acordó de su cuchillo, que podía

Digitized by Google

acabar de venderlo si aparecía manchado en la sangre del animal, muerto al día anterior, é instintivamente miró hacia donde estaba éste.

El jefe de la escolta le siguió la vista y vió la empuñadura de un cuchillo cuya hoja estaba oculta entre el bahareque.

Abalanzándose hacia él, lo tomó.

— Aquí está el cuchillo, dijo.

Todos se acercaron á verlo.

— ¡Lleno de sangre!... exclamó Luis.

Todos retrocedieron espantados.

— Asesino, miserable, gritó el joven queriendo abalanzarse hacia Juan.

— Soy inocente, dijo el esclavo, mirando fijamente á su enemigo. Con ese cuchillo maté ayer un cabro y por eso está como mi ropa, manchado de sangre.

— Eso no es cierto, dijo el mayoral; porque él acostumbra limpiar su cuchillo, acabando de beneficiar el animal. Y ayer lo limpió.

Hubo quien asegurara, no sólo que lo había visto limpiar el cuchillo sino que toda la mañana del día anterior lo había estado amolando. Esto último lo atestiguaron todos los esclavos.

— Amárrenlo, dijo el Jefe.

Cuatro hombres se lanzaron sobre él y lo ataron fuertemente.

Digitized by Google

El joven pálido, indignado, sombrío, no hacía más que protestar. Frente á su infortunio hubiera llorado, pero allí estaba Luis, y un hombre, cualquiera que sea, frente á su rival no se humilla.

No faltaron esclavos que acusaran á Juan de de haber vertido palabras contra sus amos, porque en la esclavitud, los hombres, como los pueblos, degeneran, y siempre surgen los delatores allí donde hay opresores; siempre la bajeza hace cortejo al despotismo.

Las más inocentes acciones del esclavo salieron entonces á luz, discutidas, comentadas y tergiversadas.

Pruebas sobre pruebas se acumulaban como sombras, sobre aquella cabeza inocente.

Sus compañeros de infortunio, no eran ya sus amigos ; porque la desgracia aísla.

No era la idea del crimen lo que los apartaba de él, sino el temor al castigo.

Maniatado, oprimido, vejado, el esclavo fué arrancado de aquel Hato donde había visto por primera vez la luz, había sentido el amor y llorado su infortunio.

En medio de una escolta que representaba la justicia, iba aquel hombre, víctima de todas las injusticias.

Digitized by Google

Todos lo vieron marchar, indiferentes ó amedrentados.

El único ser que podía llorar por él, su anciana madre, no estaba allí. Había ido al monte desde por la mañana, en unión de otros esclavos, á cortar leña y no había vuelto aún.

¡ Ay ! pobre madre, al volver ya no hallaría á su hijo. La ley lo había arrancado de su lado, y como un criminal marchaba á la cárcel.

Al mediodía, la gente de la ciudad se agrupaba en las calles por donde debía pasar el *asesino.*

Y allí lo vieron, en medio de doble hilera de guardianes y atado como una fiera rabiosa.

La frente levantada sin altanería, la faz entristecida y seria, la mirada severa y pura del presunto reo hacían vacilar la multitud.

Su edad, su fisonomía, su actitud inspiraban un secreto interés. Á todos se les hacía imposible que aquel hombre fuera criminal. Sin embargo, todas las apariencias estaban en su contra.

Él había salido del Hato, á escondidas, poco después que sus amos ; estaba disgustado con ellos, se le había visto en toda la mañana del día del crimen afilar su cuchillo ; había llegado á la ciudad poco antes del asesinato, y se le había visto huír á caballo pocos momentos después de perpetrado el delito, su vestido era tal cual lo había

Digitized by Google

dicho el moribundo; éste lo había señalado como su asesino; la prueba de la coartada, única que pudiera haberlo salvado, no lo favorecía ; su cuchillo y sus vestidos estaban manchados de sangre y por último, y esto parecía decidirlo todo, él mismo se había delatado, cuando al despertar ante los representantes de la ley, había dicho sin que nadie lo hubiese acusado todavía: "Yo no he matado al amo."

La perspicacia de la justicia humana estaba satisfecha.

La propia é involuntaria delación del supuesto reo y las pruebas halladas contra él eran la base sobre la cual iba á levantar su edificio.

El esclavo fué arrojado en un calabozo inmundo, privado de la luz, del alimento y del aire puro.

Allí, solo, abandonado de todos, frente á frente de su inmenso infortunio, pudo entregarse á su dolor.

Tendido sobre el suelo húmedo, perseguido por sus recuerdos, lloró amargamente.

Pensó en su madre, en su amada y en su hijo.

¿ Qué había hecho él? ¿ Por qué era tan desgraciado? ¿ Por qué se ensañaba la suerte, así, con él?

Otros jóvenes como él, amaban y eran amados

Digitized by Google

sin obstáculos, vivían libres, alegres y felices.

¿ Por qué era él tan desgraciado?

Si la injusticia de los hombres lo perseguía, ¿ por qué la justicia de Dios no lo amparaba?

La sombra que reinaba en su rededor parecía penetrar en su cerebro. La desesperación se apoderaba de su alma: ¡ Dios mío, Dios mío! gritó el desgraciado, ¿ qué he hecho yo?

El silencio respondió á sus lamentos: ¡ madre mía! ¡ madre mía! clamó con desesperación, y los muros de la cárcel volvieron el eco de su acento. Estaba solo, con la inmensa soledad de la desgracia!...

Quedó pensativo, abismado, en esa estupefacción que se apodera del alma en los grandes dolores.

Especie de atonía siniestra y aterradora, que es como aurora de locura, tinte amenazante y vago, que debe alumbrar el rostro de los suicidas en el momento de su última resolución.

La espada de la ley caería pronto sobre aquella cabeza inocente.

La justicia humana creía haber hallado la verdad, y se aprestaba á obrar en nombre de la justicia divina.

¿ Quién se pondría entre aquel hombre y el rayo de la ley, entre aquella cabeza y el hacha de

Digitized by Google

la justicia, entre aquel esclavo desvalido y aquella sociedad airada?

¿Sería acaso esa anciana esclava, que ha llegado jadeante y medio loca á la puerta de la cárcel, atravesando por entre la multitud, llamando á su hijo y que de rodillas suplica á la guardia que la deje entrar? ¿ó será esa joven, que pálida y silenciosa, con la tristeza en la frente y la desesperación en el alma, ha seguido al joven prisionero desde su entrada á la ciudad, y muda como una estatua ha quedado á la puerta de la cárcel, como si se hubiese petrificado en medio de aquella muchedumbre? ¡Oh! no, pobres seres desvalidos no podrán libertar al prisionero. Ellas darían con gusto su cabeza por la cabeza del preso, si la sociedad y la ley lo permitieran. Pero la sociedad y la ley tienen sus trámites para *asesinar*. El *asesinato jurídico* tiene sus formas más estudiadas que el asesinato particular. El *asesinato social* no equivoca la víctima, como puede suceder en un asesinato que no sea *legal*. Los asesinos buscan la noche para herir, la ley busca el día para matar. Hay menos pudor en el segundo crimen, pero hay más sensación. Causa más espanto, da más horror!

Y esto es lo que se busca...

La sociedad quiere castigar el asesinato, asesi-

Digitized by Google

nando; borrar la sangre con la sangre; el crimen con el crimen; el golpe del puñal con el golpe del hacha, y como lo que se atribuye á Cromwell, suele disfrazarse de verdugo para herir.

Es la justicia de los hombres, y destruye.

Si fuera la justicia de Dios, corregiría.

Digitized by Google

CAPÍTULO VII

LUCHAS DE UNA ALMA.

Parecía la estatua de la meditación.

Su pálida cabeza apoyada en la mano temblorosa y los escasos blanquísimos cabellos caídos sobre la sien.

Su aspecto tenía el aire austero de un cenobita y la placidez de un niño.

Sus ojos eran grandes, serenos, tenían una mirada apacible y pura, parecían hechos para mirar el cielo y alzarse al compás de una plegaria. Su frente tenía ese secreto resplandor que da el talento y esa aureola que esparce la virtud sobre la cabeza del justo.

Pero aquella mañana tenía la frente sombría y el aspecto meditabundo.

En aquel cielo, hasta entonces sereno, rugía la tempestad.

Digitized by Google

En aquella alma había una lucha.

¿ Con quién ? con la conciencia....

¿ Y qué lucha podía sostener el alma de aquel anciano sacerdote, cuya vida era tranquila como el sueño de un niño, y que inclinaba ya su cabeza vacilante hacia la tumba, sin un remordimiento y sin una mancha ?

Era posesor de un secreto.

De él dependía la vida de un hombre.

He ahí por qué meditaba.

La tarde anterior, cuando habían traído preso al esclavo, una mujer que se había acercado á él, en el tribunal de la penitencia, le había dicho : " Yo sé, padre, quién fué el asesino, yo estaba tras la celosía de la ventana de mi casa, cuando el hombre asesinó á don Joaquín, yo lo ví pasar cerca de mí. Él comprendió que yo lo había visto en el momento de dar la puñalada, pues no pude contener un grito. Hoy se ha presentado á mi casa y me ha hecho jurar que no lo denunciaría ! Si me denuncias, dijo, juro matarte á ti, á tu esposo y á tus hijos. Y lo cumplirá, padre, porque es : Fulano....

— Calla, dijo ; no me digas nombres propios. Pero era ya tarde, la mujer lo había dicho...

Después de aquella confesión, el anciano se levantó disgustado.

Digitized by Google

El secreto le pesaba horriblemente en la conciencia.

Él tenía en sus manos la vida de un hombre y no podía dársela.

Le bastaría decir una palabra para confundir al criminal y salvar al inocente. Y sin embargo tenía que callar.

¡ Qué espantosa lucha entre dos deberes !

Iba á ser un cómplice inocente de dos asesinatos: el del hombre y el de la ley.

La tranquilidad huyó de la conciencia de aquel justo.

No había habido nunca grandes batallas en el fondo de aquella alma, y le amedrentaba el combate consigo mismo.

Delatar era un crimen para el sacerdote ; callar era un crimen para el hombre.

Lucha espantosa entre una violación ó una complicidad.

La virtud sufría tortura en aquel ser.

Era una rara tempestad, la tempestad de esa alma.

Aquella conciencia, nublada por primera vez, se horrorizaba, creyendo el crepúsculo de la incertidumbre, la noche eterna del crimen.

Aquél era un raro combatiente; la mitad de la batalla la había peleado de rodillas. No te-

Digitized by Google

niendo fuerzas en sí mismo, las buscaba en Dios.

La oración fortifica las almas creyentes, porque la idea del auxilio divino les da valor para la lucha.

El anciano levita había orado y meditado durante la tormenta.

La luz del alba lo había sorprendido sin entregarse al reposo.

Su lecho se veía intacto, sólo se notaban en el cojín que había al pie de un reclinatorio, las señales de sus rodillas.

Aquél había sido el lugar de lo más recio del combate.

De allí se había levantado abatido, pero no vencido.

Estaba resuelto á continuar la lucha sin descanso. Él disputaría palmo á palmo el terreno á la justicia errada de los hombres; defendería aquel esclavo inocente y desvalido, cubriría aquella cabeza amenazada y combatiría en nombre de Dios para salvar al inocente, ya que no podía hacer perecer al culpable.

Tenía el sacerdote necesidad de obrar activamente y, era su primer deber, ir á conocer el criminal supuesto, y enterarse bien de su inocencia.

Haciendo un esfuerzo para salir de su absor-

Digitized by Google

ción, se puso en pie; cubrió sus hombros con humilde manteo, tomó su sombrero y se lanzó á la calle.

Caminaba aprisa, muy aprisa, como si no sintiese el peso de los años.

Llegó á la cárcel y obtuvo liciencia de entrar.

Cuando penetró en la celda de Juan, éste estaba tendido en el suelo y apoyada su cabeza en las manos.

El resplandor de la luz, que le hirió las pupilas, le hizo alzar la frente.

Al ver proyectarse la figura del sacerdote, un frío glacial recorrió todo su cuerpo, tuvo miedo, porque creyó que iba á llegar su último día. ¿A qué podía venir, sino á confesarlo?

— Padre, dijo el esclavo, ¿me van á matar?

— No, hijo mío, vengo á hablar contigo.

— ¡Ah! señor ¿por qué me tienen aquí, si soy inocente? dijo el joven prorrumpiendo en llanto.

— No llores, hijo, que Dios no te abandonará. Tranquilízate y díme ¿cómo te llamas?

— Juan.

— ¿Qué edad tienes?

— Mi madre me dice que veinte años.

¡Ah! tan joven y morir quizá, dijo para sí el presbítero.

Digitized by Google

— Refiéreme todo lo que ha pasado, y por qué estás aquí.

El esclavo contó ingenuamente al sacerdote, cuanto había sucedido sin ocultarle nada, ni sus castigos, ni sus amores, ni sus faltas.

Á cada una de aquellas escenas de crueldad, referidas por el esclavo, el ministro alzaba los ojos al cielo, como para poner á Dios por testigo de que protestaba desde el fondo de su conciencia contra semejante atentado y decía :

— Sigue, hijo mío, sigue.

Cuando el esclavo terminó, el sacerdote le preguntó dónde vivía Bárbara, y poniéndose de pie le dijo :

— Ten confianza en Dios, hijo mío. Él combate por los débiles y por los oprimidos.

Tú no estás solo; yo combatiré por ti.

Ruega á Dios que no me venzan.

— El esclavo, bañado en llanto, tomó la mano del Padre y la besó con gratitud cubriéndola de lágrimas.

— Eres inocente, dijo el padre, tienes á Dios de tu parte. No desconfíes. Y abandonó la celda.

El esclavo volvió á quedar solo y algo consolado.

El sacerdote se dirigió á su casa y mandó llamar

Digitized by Google

á un letrado muy conocido en la ciudad por su ciencia y aptitudes en el foro.

Entretanto que aquél llegaba, se paseaba apresurado por el aposento.

— Lo salvaré, decía, lo salvaré, aunque tenga para ello que sacrificar lo poco que poseo.

Y luego, deteniéndose ante el reclinatorio, sobre el cual mostraba su frente doblegada y y abatida la imagen de un Cristo moribundo, exclamó :

— Ayúdame, Señor, ayúdame á salvarlo. Tú ves la lucha que sostengo; yo también quiero salvarme. Es inocente, Señor, no le dejes perecer.

En aquel momento entró el abogado.

— Señor Doctor, dijo el Presbítero, he mandado llamar á Vd. porque deseo que defienda á un hombre que va á ser juzgado.

— Si es defensable...

— ¿ Sabe Vd. como es natural, el asesinato de don Joaquín N?...

— Sí, señor.

— ¿ Sabe Vd. á quién se acusa como á su asesino ?

— Sí, señor, á su esclavo Juan.

— Pues á él es á quien quiero que Vd. defienda.

Digitized by Google

— Pero, padre, ese hombre es culpable.

— No, señor, es inocente, de otra manera no lo habría yo llamado á Vd. para suplicarle que lo defendiera.

— Pero todas las pruebas están en su contra.

— Eso probará á Vd. la *infalibilidad* de los juicios humanos, lo delicado de la justicia y lo espantoso de las *leyes irreparables*. Si ese hombre muere, juro á Vd. por mi fe, señor Doctor, por mi honor de hombre y mi dignidad de sacerdote, por este otro mártir, dijo, mostrando el Cristo, que aquella muerte es una injusticia, aquel hombre es inocente.

— Padre, aseguro á Vd. que haré cuanto se pueda.

— Sálvelo, Doctor, consiga siquiera la conmutación de la pena. Verlo en presidio será una injusticia pero no irreparable. Haga Vd. cuanto pueda, no se pare Vd. en gastos, yo los cubriré todos, y dirigiéndose á un armario sacó de él unas onzas de oro, quizá sus ahorros más queridos, y poniéndolos sobre la mesa dijo al abogado: Tome Vd. para los primeros gastos. Luche Vd. mi querido Doctor, que está luchando por el *derecho*. Arrancar una víctima al patíbulo, es arrancar una vergüenza á la sociedad y evitar un crimen á la ley. Y si esta víctima es inocente, no

Digitized by Google

hay corona bastante honrosa para el hombre que la salve.

— Padre, dijo el abogado, es Vd. un santo.

— Tomar tanto empeño por un esclavo...

— ¡Ah! ¿y luego los esclavos no son hombres? ¿Y luego este mártir, dijo señalando el Cristo, al sacrificarse por los oprimidos no abolió todas las esclavitudes, y al morir clavado en un patíbulo no maldijo todo los cadalsos: " Mostrando que la *justicia* humana puede no sólo herir una cabeza inocente, sino una cabeza divina?

Había tan patética entonación, tanta honradez en su acento, que el abogado calló.

— Cuente Vd., Padre, con que haré cuanto humanamente se pueda por salvarlo.

— Hágalo Vd. que Dios está con nosotros.

Cuando el abogado hubo salido, el sacerdote quedó más tranquilo. Hasta entonces tomó algún alimento y se sentó en una silla á descansar. Allí lo sorprendió el sueño.

Era bello aquel anciano dormido así.

Su blanca cabellera, agitada por una que otra ráfaga de brisa, semejaba el liquen de los páramos agitado por vientos de la tarde. Sobre su frente prolongada se veían pasar á veces sombras en el sueño, producidas por el recuerdo de la lucha anterior y todo demostraba que aun

Digitized by Google

dormido, aquel santo varón no estaba en calma.

El sueño de los justos asemeja el sueño de los niños.

La ancianidad virtuosa se parece á la niñez inocente.

Los dos crepúsculos tienen semejanza, el uno sale de la sombra, el otro va á la sombra. Mañana y tarde de la vida humana, ambos son bellos.

Sobre la cabeza de aquel anciano se agrupaban dos aureolas : la ancianidad y la virtud.

Gladiador cansado, Dios velaba sobre él.

Dejémoslo dormir...

Digitized by Google

CAPÍTULO VIII

¡ INACCESIBLE!...

La mujer en lucha con las asechanzas del hombre, sólo tiene la fuerza de su propia debilidad, pero en lucha con el dolor, tiene ocultos tesoros de fortaleza sorprendente.

El hombre es superior ante los peligros materiales y las luchas físicas, pero la mujer es siempre más valerosa, más fuerte, en las luchas supremas con el infortunio.

En esos instantes solemnes de la vida, en que parecen condensarse todas las nubes del dolor sobre la frente, y la ola salobre de la angustia nos golpea el labio y amenaza sumergirnos, cuando el hombre rendido dobla la cabeza, deja caer los brazos, y como un náufrago se deja llevar por la corriente, la mujer se yergue, lucha con brío, flota sobre la ola embravecida y gana el puerto,

Digitized by Google

llevando muchas veces hasta él á un ser querido.

Y si el amor la inspira, se agiganta.

Una madre que lucha por su hijo, una esposa que combate por su esposo, una hermana por su hermano, una amante por su amante son sublimes y poderosas con su amor.

El sufrimiento las magnifica y el amor las diviniza.

He ahí por qué Bárbara había resistido sin sucumbir, aquella lluvia de dolores.

Después de aquella noche infortunada, última en que el beso de su amado cayó sobre su frente, había sufrido tanto...

Al verlo partir, había sentido una amargura indefinible, como si presintiese que lo perdía para siempre, había querido llamarlo y le faltó la voz, tendió los brazos como para abrazarlo y se desplomó en una silla. Allí la sorprendió la aurora.

Cuando supo toda su desgracia, las sospechas que caían sobre Juan, la persecución de aquel supuesto delincuente y la hora en que llegaría preso, quiso verlo en su calle de amargura, alentarlo con su mirada y protestar de su inocencia. Estaba resuelta á decir al mundo que ese hombre había pasado la noche en sus brazos y no en el crimen, que ese hombre era inocente.

Digitized by Google

Pero, cuando oyó el tumulto de la gente y supo la entrada del preso, corrió á su encuentro, mas ¡ ay! sólo alcanzó á verlo entrar á la cárcel. Sólo alcanzó á divisar aquella cabeza querida, que tantas veces había reclinado sobre su seno, ahora descubierta, bañada de sudor y amenazada por la muerte; aquello ojos en cuyas pupilas estaba acostumbrada á contemplarse, ahora entristecidos por el infortunio y por el llanto; aquel ser tan querido, hoy tan desgraciado.

Cuando el astro de su amor se ocultó tras ese muro llamado la cárcel, la mujer quedó en la sombra.

Inmóvil y muda permaneció largo rato.

Sólo volvió en sí, cuando recordó que era madre.

Entonces abandonó la mitad de su corazón que quedaba en la cárcel, para ir á buscar la otra mitad, que esperaba en la cuna.

Al retirarse oyó gritos desgarradores y vió una anciana que pugnando por entrar, era rechazada á culatazos y que de rodillas en las baldosas de la calle suplicaba por Dios que la dejaran entrar, y era arrastrada de allí, por unos soldados y otros hombres sin piedad, entre los silbos de los muchachos y los gritos de la multitud indignada con aquel espectáculo.

Digitized by Google

Al acercarse, reconoció á la anciana esclava, madre de Juan, que con el cabello desgreñado, cubierta de sudor, y roto por la lucha el humildísimo vestido, bregaba con sus conductores y llamaba á su hijo. Quiso unirse á ella para defenderla, pero la multitud no le dejó paso libre y la anciana fué arrastrada de allí, sin que pudiera verla.

Aún más desgarrada su alma, por este cuadro tristísimo, llegó á su casa.

No se cuidó de tomar alimento, sino de darlo á su hijo.

Sus lágrimas caían como un bautismo de dolores sobre aquella cabeza inocente.

El niño se durmió bajo aquel rocío de lágrimas.

Bárbara se ocupó de enviarle la comida á Juan, y cuando supo que no le habían dejado entrar nada, tornó á llorar exclamando :

— ¡ Ah ! qué cobardes, lo quieren matar de hambre.

Aquella noche fué una noche horrible para ella. Vestida se tendió sobre el lecho y por intervalos un sueño febricitante y nervioso la sobrecogía. Entonces soñaba que habían matado á Juan, creía oír una descarga y despertaba sobresaltada.

Digitized by Google

El día vino á librarla de aquella intermitente pesadilla.

Apenas despuntó el alba, abrió la ventana y se puso á contemplar el cielo.

Es tan dulce para los que sufren y creen buscar á Dios, cuando son perseguidos por los hombres.

Tiene tanto halago la naturaleza para las almas dolientes y enamoradas.

Luego se reclinó en un sillón y quedó meditabunda y abismada.

De tal manera estaba absorta que no sintió la entrada de un hombre, que pasó adelante,después de haber tocado la puerta, sin obtener respuesta.

Cuando alzó los ojos, estaba frente á ella.

Entonces lo reconoció.

Era Luis.

El joven la contemplaba con esa mirada lasciva y atrevida, que tanto indigna á las mujeres honradas.

Luis era torpe por naturaleza y fatuo por carácter.

Tenía la más irracional y ofensiva de las insolencias, là insolencia del dinero.

La riqueza suele producir vértigo en las inteligencias que son estrechas y las almas que no son grandes.

Digitized by Google

Y Luis tenía la fatuidad del rico ignorante.

Cuando Bárbara lo vió, sintió una impresión desagradable, como la que se experimenta á vista de un reptil, despreciable, pero que puede ocasionar la muerte: al mismo tiempo tuvo un arrebato de indignación, porque se acordó de todo lo que Juan le había contado la última noche que se vieron.

Aquel hombre era el verdugo de su amante y el cazador de su honra. Lo odiaba y lo temía.

Era mujer y supo por consiguiente disimular y dominar su emoción.

— Siéntese usted, dijo la joven con seriedad.

Luis se sentó.

— ¿ Sabrás ya, dijo entonces, la inmensa desgracia que he sufrido con la muerte de mi padre ?

— ¡ Cómo lo he de ignorar, cuando por ella estoy padeciendo y he padecido tanto !

— ¿ Tú ?

— Sí, yo.

— ¿ Y eso por qué ?

— ¡ Y me lo preguntáis !... Acaso no sabéis que por ese asesinato, ha sido reducido á prisión Juan, que es inocente.

— ¡ Ah ! ¿ todavía lo quieres tanto ?

Digitized by Google

— Ahora más que nunca, lo quiero con toda mi alma; daría por él mi vida.

Luis ocultó el despecho que le ocasionaba esta frase apasionada.

— ¿Y qué piensas hacer ahora que está preso?

— Sufrir, señor.

— ¿Y si pudieras salvarlo lo salvarías?

— ¿Cómo podéis dudarlo?

— Pues bien, su salvación está en tus manos.

— ¡En mis manos! ¿y cómo así?

— Tú sabrás que va á ser condenado á muerte.

— ¿Á muerte? no, eso sería horrible, dijo la joven prorrumpiendo en llanto.

— Pero si quieres yo puedo salvarlo.

— Señor, señor, salvadlo por piedad, dijo Bárbara, olvidando todas sus ofensas, cayendo de rodillas ante Luis.

— Sí, yo lo salvaré, dijo el joven.

— Gracias, gracias, murmuró ella tomándole la mano.

— Pero eso depende de ti.

— ¿De mí?

— Sí.

— ¿Y cómo?

— Amándome, dijo el joven, y se atrevió á decirle algo más.

Digitized by Google

— ¡ Ah ! nunca, dijo la joven levantándose indignada. Sois un villano que insultáis mi dolor y queréis explotar mi desgracia. ¡ Ah ! ¡ qué malo sois ! dijo, y se cubrió el rostro con la mano.

Luis se abalanzó hacia ella y quiso abrazarla.

— Apartaos, dijo la joven, no me toquéis porque aunque soy mujer sabré defenderme.

— Pues bien, sea, dijo Luis con cólera, tú lo quieres, y morirá, pero ten presente que tú has podido salvarlo y lo matas.

— ¡ No, yo no, Dios mío ! Pero no seáis tan cruel, volvió á decirle suplicando ¿ por qué nos perseguís ? ¿ qué mal os hemos hecho ? Vos sois joven, rico, podéis comprar ó conseguir el amor de muchas mujeres ; dejad al esclavo infeliz su única felicidad. Haced una buena acción ; salvadle la vida. Hacedlo por vuestra madre, señor.

— No seas tonta, dijo Luis : no perdamos tiempo ¿ quieres salvarlo á precio de lo que te he dicho ?

— ¡ No, á ese precio, jamás !

— Pues bien, entonces morirá, tenlo entendido, morirá porque yo lo quiero.

— Bien, dijo Bárbara, sois un cobarde. Habéis

Digitized by Google

perseguido toda la vida á un hombre superior á vos, pero á quien la injusticia ha puesto bajo vuestras plantas; os habéis complacido en vejarlo porque este hombre no podía poner su mano sobre vuestro rostro, ni cruzarlo con un látigo como lo merecéis. Id, acabad vuestra obra, matadlo.

Bárbara estaba exaltada, furiosa.

Luis rompió en una carcajada, estridente, nerviosa, convulsa, que horrorizó á Bárbara. La joven tembló, quizá había sido demasiado fuerte. Tal vez no era conveniente herir así á aquel hombre.

— Bien, dijo Luis, no sólo morirá ese mulato miserable á quien tanto quieres, sino que tú también irás á la cárcel.

— ¡ Yo!... ¿ Y por qué ?

— Porque aparecerás como su cómplice, pues él estuvo aquí después del asesinato. Un agente de policía lo vió aquí.

— ¡ Ah ! Tened compasión de mí, compasión de este niño, por piedad, señor, dijo la joven cayendo otra vez de rodillas y cruzando las manos ante su verdugo.

La hiena aquella lejos de conmoverse creyó logrado su objeto, y ciñendo el talle de Bárbara quiso imprimir los labios en su rostro.

Digitized by Google

Un golpe seco se escuchó en el aposento...

Bárbara había puesto su mano en el rostro de Luis.

Él se levantó furioso, ella pálida.

Él era la indignación del crimen, ella, la indignación de la virtud.

El joven levantó el bastón sobre ella y quiso descargarlo.

— ¡ Qué valiente sois ! dijo Bárbara con ironía y repletos de lágrimas los ojos. Pero tened entendido que yo sabré defenderme. Salid de aquí ó llamaré un agente de policía. Y extendió la mano hacia la puerta.

Luis, humillado, abandonó la casa.

Bárbara quedó en pie.

Al verse sola, se sentó sobre su lecho y se puso á llorar amargamente.

— ¡ Dis mío, Dios mío ! clamó la joven, tened compasión de mí.

La puerta se abrió y Dios, representado por un anciano sacerdote, se mostró en el dintel.

La caridad y la desgracia se encontraron.

La claridad penetraba en la sombra...

Digitized by Google

CAPÍTULO IX

PEQUEÑEZ Y GRANDEZA.

Hay en la virtud un resplandor secreto que ilumina el alma y un fulgor apacible, que se esparce en torno de los seres buenos.

La virtud es fe y da valor, es esperanza y consuela, es caridad y enjuga el llanto.

He aquí por qué hubo una especie de claridad desconocida y un rayo de consuelo, á la aparición del Padre Iragua en aquella morada de dolor.

El anciano avanzó poco á poco hasta colocarse frente á la joven que permanecía absorta, y allí la contempló en silencio con mezcla de interés y de piedad.

Y á fe que estaba hermosa así, con el cabello flotando sobre la espalda, el rostro pálido, los ojos languidecidos por el llanto y el insomnio, y

Digitized by Google

el traje descuidado dejando adivinar sus formas estatuarias. Pero no era la hermosura del cuerpo la que contemplaban los castos ojos del anciano levita, sino la hermosura de aquella alma que se reflejaba en su rostro, embellecido por los tintes melancólicos del martirio. Cuarenta años de ministerio le habrían enseñado á conocer y sondear las almas, al través de ese abismo que se llama la mirada.

— Buenos días, hija, dijo el sacerdote.

Bárbara alzó indolentemente la cabeza, y al ver al padre se puso de pie, entre avergonzada y confusa.

— Buenos días, Padre, respondió, tratando de hacer asomar á sus labios una sonrisa, que sólo se tornó en una contracción fría y triste como el rayo del día en una mañana de invierno.

— Sentaos, añadió la joven, colocando una silla cerca del Padre.

— Hija mía, dijo éste, he venido porque deseaba conoceros desde ayer que hablé con Juan.

— ¿Hablasteis con él? ¿Qué dice, Padre mío? ¿Cómo está?

— El pobre está muy triste y piensa mucho en ti.

— ¡Ah! cómo ha caído la desgracia entre nosotros. ¿Si supierais cuánto hemos sufrido?

— Lo sé, hija mía, lo sé, pero Dios se apiadará

Digitized by Google

de vosotros. Ya he empezado á trabajar por él y abrigo la esperanza de salvarlo.

— ¡Cuán bueno sois, Padre mío! ¡Cuán cierto es que Dios no abandona á los pobres y á los desgraciados! Él os ha puesto á vos como protector, cerca de aquel hombre que está rodeado de verdugos.

— He hablado con un abogado que está trabajando ya muy activamente, hablaré con los jueces y...

— Sí, dijo Bárbara interrumpiendo, hablad con ellos, señor. Vos sabréis bien que es inocente cuando os interesáis por él.

— Sí, me consta su inocencia.

— Entonces hacedla palpable, señor; si vos habláis, si dais las pruebas de su inocencia, se salvará, nadie se atreverá á herirlo.

— Es que no las tengo, hija mía, dijo el sacerdote ocultando su turbación.

— Entonces ¿cómo sabéis su inocencia?

— No me preguntes más. Bástete saber que me intereso por él y por ti; que como te decía ahora, pienso hablar con el juez y luego con Luis, el hijo de don Joaquín, para interesarlos en nuestro favor.

— ¡Con Luis!... ¡ah! no, señor, no hagáis tal cosa, porque será en vano.

Digitized by Google

— ¿Por qué?

— Porque él es la causa de todas nuestras desgracias. Nos odia horriblemente.

— Y ¿no lo acabo de ver salir de aquí?

— Sí, Padre, pero se fué furioso.

— ¿Y eso por qué?

La joven refirió entonces al anciano todo lo ocurrido con Luis : el amor que decía sentir por ella, su odio por Juan desde muchachos, sus persecuciones, sus crueldades, y por último la violenta escena que acababa de tener lugar.

— ¡Pérfido! exclamó el padre, abusar así de la impotencia en que está un hombre para herirlo, y de la debilidad de una mujer. Habéis hecho muy bien, hija mía, en resistir. ¿Para qué ir á salvarlo por medio de la infamia? Á un hombre que se ama no se le da la vida en cambio del honor. Dios vela por ti y por él, y obtendremos su salvación sin tu vergüenza.

— Sí, Padre mío, á ese precio no lo hubiera yo salvado nunca. Él me habría despreciado después, y yo lo prefiero todo á la felicidad de ser digna de él.

— Grande alma, gran corazón, gran virtud, dijo el padre para sí. Y esta perla se crió en el fango, esta estrella ha vivido en la sombra ¿quién enseñó á esta mujer á amar así y á ser fiel á un

Digitized by Google

ser querido? ¡Dios mío! tu mirada alumbra lo mismo el fondo que la superficie de ese mar revuelto que se llama humanidad. La virtud no es patrimonio de ninguna clase social, ni de ninguna secta, la virtud es tu espíritu, Señor, y lo esparces sobre el mundo.

— Bien hija, ¿tú amas mucho á Juan?

— Mucho, mucho, señor, y si no nos hemos unido es porque su triste condición de esclavo se lo impide, pero yo trabajaba para ver de ahorrar algo y comprar su libertad.

— Noble mujer. No te afanes, si logramos salvarlo, yo lo compraré á los herederos de don Joaquín y lo haré libre para que sea tu esposo.

Un rayo de felicidad lució en la frente de Bárbara, hasta entonces nublada, y sonrió de placer: está visto, la esperanza no se pierde sino con la vida.

— Libre él, libre mi hijo. Padre, vedlo cuán bello, dijo la joven con maternal orgullo, alzando la cortina que cubría la cuna del niño.

El anciano se inclinó para contemplarlo.

En aquel momento se oyó un gran ruido de gentes que llegaban, y la puerta se abrió con estrépito.

La joven dió un grito.

Allí estaban los gendarmes.

Digitized by Google

— Seguid con nosotros, dijo el jefe á Bárbara con imperio.

— ¿Yo? ¿pero por qué? dijo ella, trémula y asustada como un niño.

— Porque lo manda la autoridad.

— ¿Y qué he hecho yo?

— No lo sé, pero seguidnos, que no he venido á perder tiempo.

La joven prorrumpió á llorar.

— Vamos, vamos, dijo el gendarme, no hay que llorar sino que apurar.

— ¡Yo á la cárcel!... exclamó Bárbara con desesperación, y se dejó caer sentada sobre el lecho, hundiendo su frente en la almohada.

— Vamos, dijo el jefe, asiéndola de un brazo con mano brutal.

La joven se pusó de pie.

— Socorredme, Padre, socorredme, gritó, yendo á refugiarse detrás del sacerdote, pálida y temblando como una cierva á presencia de la jauría.

— Soltadla, dijo el sacerdote indignado.

— ¡Ay! que me hacéis mal, gritó Bárbara, sintiendo la fuerza con que aquel hombre la apretaba.

— Soltadla, dijo el anciano, rojo de indignación y apartando con sus manos ya temblorosas

Digitized by Google

y sexagenarias, la mano brutal de aquel hombre, del brazo delicado de la joven, sobre el cual quedó una mancha roja.

— Esta joven irá, pero con un solo gendarme y yo haré saber á la autoridad la manera salvaje con que procedéis, para la aprehensión de las personas que se os manda conducir á presencia de los jueces. Vosotros que debierais ser la garantía de la sociedad sois la amenaza.

Los gendarmes callaron.

— Vé, hija mía, dijo con cariño á Bárbara, no os asustéis, no es á la cárcel que vais, sino al juzgado á rendir una declaración, y ya estaréis de vuelta.

— ¡Y mi hijo!... En este grito se concentró toda el alma de la madre.

— Yo velaré por él, yo os esperaré aquí, dijo el Padre, para inspirarle más confianza.

— ¡Ah! Padre, Padre, no me dejéis llevar, gritaba la joven, llorando amargamente.

— Vete, vete, hija, y no te asustes, decía el sacerdote, que, sin apercibirse, lloraba también.

Y tomando un manto que estaba sobre el lecho lo dió á Bárbara, diciéndole:

— Vete, con eso estarás de vuelta antes que despierte el niño.

La madre quiso lanzarse hacia la cuna.

Digitized by Google

— No lo despiertes, lloraría y yo no puedo hacerlo dormir.

Este ardid infundió confianza á la joven que creyó iría sólo al juzgado para rendir su declaración y volver pronto.

— Padre, no lo abandonéis, dijo la joven señalando la cuna. Luego se cubrió la cabeza con el manto y salió dando un gemido desgarrador.

El sacerdote quedó solo, de pie en medio del aposento. Después tomó una silla y se sentó, abrió su breviario y se puso á rezar.

Las sombras de la tarde empezaron á caer, y Bárbara no volvía. El sacerdote comprendió que había sido llevada á la cárcel.

Luis se vengaba.

El sacerdote estaba asombrado. Tanta maldad le parecía imposible.

Las almas buenas no alcanzan á comprender la perversidad llevada á cierto extremo.

Cuando se hizo completamente de noche, el sacerdote se puso á pensar que estaba solo, no había á quien llamar y no quería imponer á nadie de lo que iba á hacer.

La verdadera caridad no quiere tener más testigo que Dios.

El Padre se inclinó sobre la cuna del niño que dormía aún, lo tomó un poco torpemente como

Digitized by Google

quien no está acostumbrado á estas cosas, el niño despertó y rompió á llorar; el sacerdote entonces se sentó á la orilla de la cama y se puso á arrullarlo como sólo lo hubiera hecho una madre.

¡ Oh ! ¡ sublime heroísmo de la caridad ! ¡ Sublime sencillez de la virtud !

Cuando el niño estuvo dormido, el sacerdote lo cubrió cuidadosamente bajo su manteo, cerró la puerta y con su ligera carga, demasiado pesada para su edad, se puso en camino.

La noche estaba muy oscura y el anciano tropezaba; entonces no temía caerse por él, sino por el niño, y lo estrechaba como si temiese que despertara ó pudiese caer de sus brazos desfallecientes.

El sudor le inundaba el rostro, estaba rendido, buscó una calle bien oscura y se detuvo un momento con su preciosa carga en el portal de una casa. Allí descansó un rato y siguió su marcha. Dios le daba aliento y la sombra de Vicente de Paúl parecía precederlo.

Cuando llegó á su casa, su hermana, única compañera en su soledad, lo esperaba.

— Pero hermano, qué es esto, dijo al verlo entrar con un bulto bajo el manteo.

— Un niño, dijo penetrando en la sala.

— ¿ Un niño ? exclamó la señora.

Digitized by Google

— No hables recio, Petra, que lo despiertas, dijo el anciano temeroso y colocando el niño dormido sobre un sofá.

Ambos ancianos se inclinaron á contemplarlo.

— Qué bello es, dijeron.

Había en su contemplación mucha novedad, era un cuadro casi nuevo para ellos.

Ninguno de los dos habían tenido el placer de la paternidad.

El sacerdote, sólo había tenido en sus brazos los niños que había bautizado ; y su hermana, los niños de los pobres que protegía.

El niño había despertado, y los miraba como sorprendido.

Los dos ancianos sonreían.

Eran el pasado contemplando el porvenir.

Dos estrellas que se ocultaban, mirando un sol que nacía.

El niño, bajo aquellas dos cabezas blancas, parecía un lirio escondido bajo dos lampos de nieve.

Dos sombras moribundas en el ocaso, mirando alzarse el sol en el oriente.

Sublime contemplación.

Dos cabezas de justos, contemplando el cielo en las pupilas de un ángel.

Digitized by Google

CAPÍTULO X

LA CONCIENCIA.

Oh! ¡qué abismo tan profundo es una conciencia criminal!

¡Cómo se apodera de ella el horror!

¡Qué inmensidad de sombras, allí donde no reina el astro de la virtud!

¡Qué batallas!

No han podido decir verdad los que sostienen que la conciencia calla en ciertos criminales empedernidos.

La conciencia es la voz de Dios y no calla jamás.

Ella suena siempre con un estridor pavoroso en el fondo de aquellas almas criminales.

Hay en la mente de los perversos tempestades más aterradoras que las tempestades del desierto.

Allí hay un duelo permanente entre el remor-

Digitized by Google

dimiento y el alma, sin más testigo que Dios.

Aquél se arroja sobre ésta, la oprime, la desgarra y se unen los rugidos de la fiera á los ayes dolientes de la víctima.

El cinismo de la desesperación suele trocar en carcajadas estos ayes. Pero no creáis en esa risa histérica, que bien vista, es más desgarradora que un gemido.

Cuando estos infelices se sienten ahogar por el turbión de su conciencia agitada, prorrumpen á veces á reír, como para ahogar así los ayes de su alma.

Pero hay en ellos momentos de un silencio aterrador.

Entonces son reos ante el tribunal.

Qué horrible será tener que bajar la frente ante su propia conciencia.

Avergonzarse de sí mismo debe ser la peor de las afrentas.

La tranquilidad de la conciencia es el primer elemento de la felicidad.

¡Qué amigo tan cariñoso es una conciencia pura!

Cuando perseguidos por las injusticias de los hombres, amenazados por la bajeza, calumniados por la perfidia, sintiendo afuera el ruido de las muchedumbres exaltadas y los insultos

Digitized by Google

que nos lanzan, entramos silenciosos á un aposento, es tan dulce al hallarnos solos, ver que la conciencia nos alienta desde el fondo del alma y nos mira cariñosa! Es tan dulce dormir en el seno de una conciencia así, como es bello atraer sobre nosotros tempestades y persecuciones por el cumplimiento de los grandes deberes y el amor á los grandes ideales.

La conciencia sin mancha da valor.

Un criminal no podrá ser nunca un héroe. Podrá hacerse matar por desesperación, pero nada más.

Luis estaba en este momento solo, frente á frente de su conciencia.

Había triunfado de dos infelices y estaba orgulloso de tan triste triunfo.

Los codos apoyados sobre una mesa y la cabeza en las manos, meditaba, hablando consigo mismo.

Oigamos su monólogo :

" He vencido, decía, me he vengado de ese esclavo insolente y de esa mujer altiva.

Ambos están presos.

Me dicen que ella lloraba horriblemente, cuando fué llevada del tribunal á la cárcel ; que protestó de su inocencia y la de Juan, con tal vehemencia que conmovió á los jueces; que me culpó á mí de querer ser el asesino de su amante;

Digitized by Google

y que se agarraba á la mesa del juez, suplicante y de rodillas, cuando los gendarmes la arrastraban á la prisión. Dicen que llamaba á su hijo á gritos, en el tribunal y en la cárcel, que á veces, se ponía furiosa como una tigre, y otras mansa como una oveja, que no quería entrar al calabozo y se resistió de tal modo, que la maltrataron para poder encerrarla y todavía trepada hasta la reja de su celda, llamando á su hijo como loca y apostrofando á sus verdugos, hasta que cayó sin sentido sobre las baldosas; después, dicen que se ha resistido á pasar alimento, hasta que le lleven su hijo.

Juan, dicen que está como un idiota, tétrico y sombrío, ese esclavo ha sido siempre muy altivo, no habla en la prisión más que con el clérigo Iragua, que se ha declarado protector de estos amantes románticos, y enemigo mío. »

Aquí el joven hizo una pausa.

Luego, como si leyera en lo más profundo de su alma, dijo:

“ ¡ Y sin embargo, la amo! Sí, la ama cuanto puede amarse á una mujer. ¡ Qué degracia la mía, he nacido rico, noble, considerado y tengo mi suerte pendiente de una mujer pobre y plebeya que no me ama y que me llevará hasta el crimen! ¿ Por qué tengo yo estos instintos y estas aspira-

Digitized by Google

ciones tan bajas? ¿ Serán vicios de la educación ? Mi padre era un hombre honrado y virtuoso, pero yo perdí á mi madre siendo niño y acaso me faltó esta educación del corazón que sólo dan las madres. Dicen que la venganza es el placer de los dioses, y yo debo tener algo de esos dioses paganos, porque la amo mucho, ¡ ay! pero empiezo á comprender que es una copa que lleva la miel en la superficie y la hiel en el fondo ".

Y luego con una tristeza infinita, como la del viajero que mira los horizontes de su patria, perdidos para siempre, exclamó :

" ¡ Ay! ¡ cómo brotan á mi imaginación los recuerdos de aquellos días! ¡ Qué grata placidez derraman en el alma ! ¡ Cuán bellos horizontes se abren á mi vista ! Me parece ver aún en la llanura, alzarse el sol, levantando su frente de entre las olas azules del lago, ó declinar al silencio de la tarde, acompañado del silencio imponente de la naturaleza. Me parece que vuelvo á vivir como entonces, á correr tras los terneros, con aquel esclavo entonces mi compañero, hoy mi rival, ó á penetrar en los bosques á la hora del crepúsculo en busca de las palomas para cazarlas. ¡ Ay! parece que aun aspiro la fragancia de aquellos campos, el aroma de aquellas flores. Azules campanillas, silvestres margaritas y anémonas salva-

Digitized by Google

jes, ¿para quién os cogía yo? ¿para quién formaba ramilletes y los colmaba de besos? para ella. ¡Oh! sí, me parece que aun la veo esperando nuestra llegada, á la puerta del Hato, ansiosa y sonriente, y la candidez de la edad me hacía creer que fuera por mí. Aceptaba mis ramos, pero después los veía yo, con descuido sobre una mesa ó caídos en el patio. En cambio, siempre adornaban sus cabellos negros, el clavel rojo ó el geranio blanco que el esclavo le llevaba. Recuerdo que una vez le regalé una mirla blanca y la dejó ir, y vivía acariciando un cardenal que Juan había cogido en una trampa, expresamente para ella! ¡Ay! después supe toda la realidad. Yo los hallé conversando á la orilla de la fuente, aquella tarde siniestra para mí, oí toda su plática y sus juramentos que me partían el alma, hasta que Juan la besó; entonces no pude contenerme, salté sobre el esclavo y lo castigué en su presencia. Me parece oír aún el grito que lanzó, y creo sentir el fuego de sus ojos indignados. Desde aquel día huyó ella de mí, como huyeron mi sueño y mi felicidad. Después se fué de la casa, rechazó abiertamente mis proposiciones y me confesó que amaba á Juan. Mi odio por aquel esclavo insolente ha aumentado por días. ¡Ah! con qué placer lo ví castigar de mi padre, que

Digitized by Google

tenía predilección por él; ¡con qué inmensa satisfacción lo ví en el cepo! La misma muerte de de mi padre me ha sido menos dolorosa, porque por ella este hombre odiado ha caído en mi poder. Yo tengo conciencia que es inocente, pero tengo necesidad de librarme de él. Gracias á que hay pena de muerte, si sólo lo condenaran á presidio sería un peligro para mí, porque podría con el tiempo descubrirse su inocencia. Pero no, yo lo haré condenar al último suplicio, la ley me favorece y lo condena. Yo abriré entre ellos dos el más hondo de los abismos, el de la muerte! Yo me vengaré así de esta mujer altiva, que no sólo me ha despreciado, sino que se ha atrevido á poner su mano en mi rostro! Y sin embargo, quisiera que no se hubiera borrado la huella de aquel golpe, para conservar algo de ella sobre mí.

¡Qué horrible es mi tortura: los celos, el despecho, la venganza, me arrebatan en un torbellino vertiginoso, y yo lo que quiero es su amor, Dios mío! Y dobló, llorando, la cabeza sobre la mesa."

— Sí, llora, desgraciado, llora, dijo una voz detrás de él.

Luis volvió la cabeza avergonzado y sorprendido.

Era el Padre Iragua.

El joven estaba acostumbrado desde niño á

Digitized by Google

respetar á este sacerdote, que era amigo de su padre y á quien estaba habituado á ver siempre en su casa.

— Sí, dijo Luis, después de haber hecho sentar al Padre, lloro porque ya sabéis, señor, que la inmensa pérdida que he tenido no la subsanaré jamás. Un padre tan bueno, tan cariñoso, tan honrado ; y al decir esto puso un semblante compungido, y se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar su llanto.

— Es verdad, dijo el Padre Iragua, era un hombre muy bueno, por eso tú no pareces su hijo.

— Pero, señor....

— Sí, déjate de fingir conmigo, que ya estoy viejo para comedias y he venido á decirte que tu conducta es vergonzosa, ridícula y criminal.

— No sé de qué me habláis.

— Demasiado sabes que te hablo de tu proceder con Juan.

— ¡ Ah ! ¿ de manera, señor, que os parece ridículo, vergonzoso y criminal, que un hijo pida el castigo del matador de su padre ? dijo Luis tomando un aire de seriedad estudiado.

— No, señor cómico, dijo el Padre, lo que me parece ridículo, vergonzoso y criminal, es que ese hijo, sabiendo muy bien que el supuesto matador no es realmente el reo, se encarnice

Digitized by Google

cobardemente en él, por vengar ridículas rivalidades y guiado por el despecho que le inspira una mujer humilde, pero mil veces superior á él.

Luis se mordió los labios.

— No os comprendo, dijo.

— Demasiado me comprendes, respondió el anciano con una irascibilidad propia de sus años y muy natural frente á la audacia de Luis. Sí, me comprendes demasiado, y si no, bueno es que sepáis que nada ignoro; que sé de dónde proviene tu odio á Juan, y que sé tu amor por Bárbara.

— ¿Qué Bárbara?

— Aquella sirviente humilde, que ha despreciado las galanterías y generosos ofrecimientos del noble caballero don Luis de N....

— ¿Míos?

— Sí, tuyos.

— No sé qué mujer sea ésa.

— Pues yo sí lo sé. Es aquella mujer que ha despreciado tu amor. Por último, como creo que no han sido muchas las que habrán hecho lo mismo, os daré una señal inequívoca, aquélla que te abofeteó.

— ¡Padre! dijo el joven, trémulo de ira.

El anciano comprendió que era necesario

Digitized by Google

dominar así la insolencia de aquel hombre, para obtener lo que deseaba.

— ¿Ya recuerdas? le dijo con sarcasmo.

— ¿Y cómo sabéis?

— Eso es cuenta mía.

— Y bien, ¿á qué conduce todo eso, qué es lo que queréis?

— Que te contentes con lo que has hecho, que dejes de emplear tu dinero y tus influencias en perseguir á ese pobre esclavo, y que antes, si eres cristiano, lo protejas. Es necesario que pidas su vida.

— Jamás, señor, es el asesino de mi padre.

— No lo es, tú lo sabes.

El joven calló.

— Luis, dijo el anciano un tanto más calmado, vuelve en ti, acuérdate de tu madre, que llorará en la eternidad al verte convertido en un asesino. Piensa, hijo mío, que tras de las venganzas de los hombres está la justicia de Dios.

— Bien, padre, y ¿qué es lo que queréis que haga?

— Que ceses de perseguir con tus influencias á esos desgraciados y que solicites, si Juan es condenado á muerte, la conmutación de su pena que te será concedida.

— Bien, Padre, yo haré cuanto de mí dependa, os lo prometo.

Digitized by Google

— ¿ Pero qué me prometes?

— Que haré lo que pueda en este asunto.

— Bien, dijo el anciano poniéndose de pie. Que Dios te inspire. Él quiere apartarte del mal camino y te evita el precipicio.

Si oyes la voz de Dios, dijo el sacerdote, señalando el cielo, serás feliz, si no, dijo dando á su voz un acento terrible, la justicia de Él caiga sobre tu cabeza; y extendía hacia él su mano temblorosa.

— Padre, Padre, no me maldigáis, exclamó el joven temblando; pero era tarde, el sacerdote había abandonado el aposento.

La lucha fué corta en el alma de Luis, bien pronto vino la reacción.

¡ Ah! aunque me arruine, aunque sucumba en la lucha, me vengaré de ellos, y de este clérigo también. ¡ Ah ! me ha insultado, me ha amenazado y casi me ha maldecido.

¿ Quieres lucha, anciano caprichoso y fatuo ? pues bien, influencia contra influencia y capital contra capital. Lucharemos, señor presbítero. El duelo es á muerte y diremos como el Galo : ¡ Ay de los vencidos !...

Digitized by Google

CAPÍTULO XI

LAS VÍCTIMAS

La fuerza del dolor disminuye su duración.

La prolongación de una sensación de placer ó de dolor, demasiado fuerte, mataría.

El placer deslumbra y el dolor ofusca.

Hay en el ofuscamiento del dolor un último grado que llega á rayar en la insensibilidad, en el idiotismo. Semejante á esos ciegos, cuyas pupilas serenas, claras, sin mancha alguna, no ven nada, el alma como hipnotizada, ve el dolor y no lo siente.

De allí ó se retrocede á la realidad espantosa del dolor, ó se avanza una línea más, y se cae en la locura.

Ó la reacción ó el delirio.

Alternativa entre dos abismos.

Bárbara había recorrido toda la escala del dolor, desde la desesperación hasta el delirio.

Digitized by Google

Cuando se convenció que iba á la cárcel, tuvo primero, terror, sentimiento de debilidad inherente á su sexo, después lloró y quiso inspirar lástima, habló de su inocencia y no fué oída.

Arrastrada á la prisión se resistió y llegando á la puerta del calabozo, libró un verdadero combate. Una tigre acorralada, apenas podía comparársele. Temblando como epiléptica, torvos los ojos, el cabello desgreñado, roto el vestido, luchaba con cuantos se le acercaban. ¡ Cómo imaginar que aquélla fuera la dulce y apacible Bárbara de otros días ! Pero es peculiaridad de los caracteres nobles erguirse ante el infortunio : el valor es el complemento de la grandeza.

Agarrotada y á la fuerza fué lanzada al calabozo. Entonces lanzó no un grito sino un rugido formidable. Se abalanzó á la puerta y sacando fuerzas de su debilidad, logró alcanzar los barrotes de la reja y asomando su cabeza angustiada y sombría, como la de una loca, ora apostrofaba vivamente á sus verdugos, ora suplicaba y lloraba como un niño, pero siempre clamando con acento desgarrador :

¡ Mi hijo, mi hijo, que me traigan á mi hijo !

Al fin vencida por tan violenta lucha, desvanecida y sin fuerzas, sintió que sus manos de-

Digitized by Google

jaban escapar la reja, que todo huía ante ella, y cayó duramente dando el rostro contra el suelo.

Así permaneció, privada de sentido más de dos horas.

Cuando volvió en sí, era completamente de noche. El calabozo estaba oscuro. Trató de reconocer dónde estaba, pero no veía nada. Las sombras de su alma se unían, al asomar á sus pupilas, con las sombras de su aposento. ¡ Terrible unión de las tinieblas !

Tendió los brazos en rededor, sólo halló debajo de ella las baldosas frías, en vez de su lecho acostumbrado, á poca distancia, el muro, cerca la puerta, al pie de la cual había caído.

Pareció recordar y dió un grito ahogado.

Después como quien duda si está despierto ó soñando, se pasó las manos por los ojos y miró : no vió más que sombras.

Entonces se puso á recordar.

Poco á poco las vaguedades fueron tomando contornos en su imaginación, los recuerdos imperfectos fueron tomando forma, y la espantosa realidad descarnada y triste se alzó ante ella.

¡ Estaba presa !

Volvió el dolor á apoderarse de su alma, pero ya no tenía fuerzas para una lucha muy larga.

Digitized by Google

Á la desesperación sucedió el asombro, á éste el abatimiento, y luego una atonía profunda, sombría y aterradora...

Sentada contra el muro, los brazos caídos á lo largo y la cabeza inclinada sobre el pecho, permaneció la joven largas horas.

Cuando levantó la cabeza, sintió como una claridad extraña sobre ella ; entonces se fijó.

En el muro de enfrente había una estrechísima ventana por la cual se entreveía un pedazo de cielo y en él lucía una estrella.

El resplandor del astro penetraba en la prisión y caía sobre la frente de Bárbara.

La pobre joven que tenía miedo á la oscuridad, sintió un gran consuelo y creyó ver un amigo cariñoso en aquel lucero melancólico. Alzó los ojos y clavó en él la mirada entristecida.

Al penetrar el rayo de la estrella á través de las pupilas de la prisionera, hubo como un coloquio ininteligible.

El alma de Bárbara era luz y la estrella también. Hubo el beso de dos astros en la prisión.

Era el contraste de la luz, bajando al seno oscuro de una sombra. La mirada de lo infinito en lo finito. El resplandor reflejándose sobre el horror. Lo luminoso en lo espantoso. Lo apacible sobre lo terrible. Lo bello cayendo sobre lo

Digitized by Google

monstruoso. Lo inmutable contemplando lo abominable. La viajera del espacio contemplando á la prisionera de la tierra. Una estrella y una mujer son dos hermanas. La una es la belleza del cielo, y la otra la belleza de la tierra.

La estrella parecía mirar á la joven.

Bárbara entabló entonces uno que ella hubiera querido que fuese diálogo y que la mudez del astro convirtió en monólogo, que es el consuelo de los presos y de los desgraciados.

— ¡ Qué bella eres! decía la joven. Tú, luciendo en el espacio, eres un rayo de la mirada de Dios que cae sobre mí. Si Dios me ve, ¿por qué me desampara ? ¿ Por qué la justicia de Dios permite semejante injusticia de los hombres ?

Al eco de esa queja despertaron sus dolores y pensó en Juan y en su hijo.

Allí, quizá á pocos metros, en la misma ala de ese edificio lúgubre, privado como ella de su libertad y sobre las mismas baldosas frías y húmedas, reposaba el hombre tan querido para ella.

— ¡ Quién fuera, dijo, quién fuera un rayo de tu luz, para penetrar por la reja de su prisión y posarme sobre su frente. como una mariposa blanca pliega las alas sobre el tallo de un lirio, en la montaña! ¡ Cómo bajara sobre sus labios, para

Digitized by Google

morir allí, apagándome sobre ellos, ó en sólo un beso arrebatarle el alma y volar con ella á lo infinito, dejando á sus verdugos el cuerpo que anhelan despedazar ! ¡ Cómo cayera sobre la cuna de mi hijo abandonado !

— Juan mío, hijo mío, gritó la joven con desesperación.

Una nube pasó en aquel momento entre la estrella y ella.

— Hasta su luz, hasta su luz me quitan, dijo.

Y después, con una fijeza que casi era extravío, volvió á contemplar la estrella.

Tenía miedo á las sombras y no quería fijarse en el calabozo.

Muchas horas permaneció así. De súbito vió que el cielo se aclaraba y la estrella palidecía. Tembló al ver desaparecer el astro, como si viese morir á un amigo. Miró con miedo en torno suyo y vió algo de claridad : era la aurora.

Amanecía sobre el cielo, y sobre su alma no.

Al fin se quedó, no dormida, sino aletargada.

La despertó ya bien tarde un ruido desconocido para ella, era el rechinar de la puerta que se abría.

La joven se incorporó.

Toda la claridad de un día de primavera penetró en la lobreguez de la prisión.

Digitized by Google

Pero más luz iba á inundar su alma, porque entraban en la celda una señora de edad y aspecto venerable y distinguida, seguida de dos sirvientes, de las cuales una llevaba un azafate con comida y la otra un niño. Era su hijo.

Bárbara se abalanzó hacia él.

La anciana la contemplaba en silencio.

La joven cubrió de besos la criatura, y lloró de placer. La señora también lloraba.

— Bueno es que comas algo, hija, dijo la señora, haciendo que acercaran á Bárbara el azafate.

Húmedos aún los ojos por el llanto, la joven los clavó en la anciana. ¡ Había tanta gratitud en aquella mirada !...

— Cuán buena sois, señora, cuando os interesáis así por esta desgraciada. Dios os manda como un consuelo en medio de mi dolor. Nunca os he visto y sin embargo os preocupáis de mí.

— Dios, hija mía, no abandona nunca á sus criaturas.

— Es verdad.

—Él hará que Juan y tú salgáis pronto de esta prisión y seáis felices.

— ¡ Ah ! ¿ lo sabéis todo ?

— Todo.

— ¿ Y créeis que salgamos pronto ?

— Al menos así lo cree mi hermano.

Digitized by Google

— ¿ Es el abogado?

— No, es el Padre Iragua.

— ¡ El Padre Iragua! el protector de Juan, el que me consolaba cuando fueron á traerme presa. El que quedó cuidando á mi hijo.

— Sí, y el que lo llevó á casa.

— ¡ Él mismo ?

— Sí, él mismo, pero come, hija, come, dijo la señora, arreglando ella misma los platos á la joven.

Bárbara se puso á comer y la anciana la miraba.

Y era bello, á pesar de su tristeza, aquel cuadro.

Y era hermosa, á pesar de sus años, esa anciana.

Tenía esa belleza que imprimen la castidad y la virtud, sobre el rostro de la mujer. Sobre su frente habían pasado los años pero no las sombras. Sus cabellos habían encanecido al calor de generosos pensamientos. Sus labios habían perdido la frescura sin haber sido ajados por un beso de pasión, y estaban como hibituados á murmurar oraciones y á sonreír apaciblemente. Sus ojos, que debían haber sido ardientes y bellísimos, eran tranquilos, hermosos, como un jirón de cielo en una noche de estío. No había en ellos una sombra. Toda ella representaba, no la figura adusta y repugnante de la mujer gazmoña, sino la atractiva y pura de la mujer piadosa.

Digitized by Google

— ¿ Y el padre, dijo la joven, interrumpiendo su comida, no ha ido á ver á Juan ?

— Sí, con él está en su calabozo.

— ¿ Señora, y creéis que podrá salvarlo ?

— Así lo cree él y así lo espero yo, mediante Dios.

— ¡ Ah ! es una injusticia, dijo la joven, tornando á entristecerse.

— No llores, porque eso te hace mal.

La madre había tomado al niño en los brazos y á poco éste se había dormido.

— Dáselo á la criada, dijo la señora, porque ya nos vamos.

— No, señora, dejádmelo, dijo suplicante Bárbara.

— Imposible.

— Dejádmelo, sería mi consuelo.

— No, hija, el aire de esta prisión lo mataría. Y además hay que llevarlo esta tarde á que lo vea Juan.

— Es verdad.

La joven accedió al fin, y se desprendió de su hijo.

La anciana la abrazó, y abandonó el calabozo, no sin enternecerse y prometiendo volver.

Bárbara tornó á quedar sola.

La soledad causa espanto en el infortunio.

Digitized by Google

Al pasar la anciana por frente al calabozo de Juan, ya su hermano la esperaba.

— ¿ Qué os ha dicho? le preguntó el Padre, ¿ está ya más consolada ?

— Sí, la vista de su hijo la ha fortificado ; ¿ y Juan ?

— Es un hombre de mucho valor, pero la noticia de la prisión de Bárbara lo ha indispuesto notablemente. Culpa con razón á Luis y se exaltó de rabia. Y ¿ cómo impedirlo, hermana mía, si es hombre?

— Es verdad.

— El efecto de la noticia se ha neutralizado con la promesa de que vería á su hijo.

Se ha arrojado á mis brazos llorando y cubriéndome de bendiciones.

— Hermano, qué cosa tan bella es hacer el bien, dijo la señora sencillamente.

— Es verdad, hermana.

Y los ancianos se pusieron en marcha, precedidos de la criada que llevaba el niño.

Era la caridad subsanando los errores de la sociedad ; la ley de Dios protegiendo las víctimas de la ley del hombre.

Era la sanción divina abrumando á la sanción humana.

Era la verdadera justicia, hecha por dos justos.

Digitized by Google

CAPÍTULO XII

EN LA LUCHA.

El tiempo había pasado con una rapidez vertiginosa.

Dos meses habían transcurrido.

Sesenta días de angustia para los que se interesaban en este drama. Sesenta jirones de sombra acumulados sobre las frentes de Juan y de Bárbara.

Días de mortal expectativa, de piadosa lucha, de generoso duelo y crueles alternativas para el padre Iragua.

Sesenta días la venganza luchando con la misericordia; la humanidad disputando un hombre á la autoridad; los asesinos sociales en acecho del presunto asesino particular; la ley en acecho del hombre; el hacha sobre el puñal; el crimen sobre el delito.

Digitized by Google

Lucha sangrienta y luminosa al mismo tiempo.

Batalla de ángeles y demonios, como las descritas por Miltón.

El pasado sangriento frente al porvenir radioso.

¡ El cadalso frente al derecho!

Es decir, lo mutable frente á lo inmutable; lo perecedero frente á lo eterno; lo atentatorio á lo inviolable; lo atrevido á lo inalienable; lo profano amenazando á lo sagrado; lo sombrío á lo sublime; lo falible, pronto á caer sobre lo irreparable; la justicia que yerra, arrebatando un derecho á la justicia que no yerra; lo humano insultando lo divino; los hombres suplantando á Dios.

Aquel combate y aquellos combatientes estaban bien definidos.

Eran dos ideas encarnadas en dos legiones.

El Padre Iragua y el abogado eran la justicia y la misericordia. Luis y los jueces eran la venganza y la afrenta.

Los unos obraban en nombre de la ley divina, los otros en nombre de ley humana.

La luz del porvenir luchaba contra la sombra del pasado. Una ola de lágrimas contra una ola de sangre.

Dos oleajes disputándose un náufrago, el oleaje de la compasión y el oleaje de la pasión.

Digitized by Google

Los unos lidiadores eran incansables, los otros eran implacables.

¡ Caridad sublime! ¡ Inexorabilidad feroz!

El presidio era el puerto, el cadalso era el escollo.

La fatalidad empujaba la ola.

La barca de los hombres de bien estaba á punto de naufragar.

La obra de perdición triunfaba.

Todos los esfuerzos del padre Iragua habían sido inútiles hasta entonces.

Juan parecía estar ya irremediablemente perdido.

El abogado había estado sublime, profundo, luminoso. Pero la ley era ciega, implacable, pérfida.

La época era sombría, y los jueces eran de su época.

Era el tiempo en que se creía que la salvación social estaba pendiente del patíbulo, que no podía haber conservación sin la destrucción y que la sociedad para vivir tenía necesidad de matar. Había una especie de moralidad-chacal, que se alimentaba de cadáveres.

Después hemos visto la resurrección de esas ideas en alguna parte: como buhos que volasen en pleno día, pero eso es un fenómeno.

Digitized by Google

En aquella época el fenómeno era lo normal.

El crimen era la ley.

La legislación criminal, embrollada, confusa, era una especie de malla. El hombre, pescado en ella, iba á la muerte.

Juan había caído en esa malla.

La ley lo había hallado culpable.

Indicios, pruebas, delaciones oficiosas, declaraciones arrancadas por el temor, por error otras, hasta por dinero algunas, todo había contribuído á perderlo, á abrumarlo, á hundirlo.

La terrible sentencia había caído sobre él.

Estaba condenado á muerte...

La ley se cernía sobre el hombre.

Especie de *justicia cuervo* aleteando sobre aquel *reo-cadáver*.

No quedaba más que un último recurso, última luz en medio de esas sombras, una última esperanza : el asesor había modificado la sentencia, conmutando la pena, sólo faltaba que el juez, inflexible hasta entonces, aceptara el dictamen y conmutara también.

Era lo que pensaba intentar, en su desesperada situación, el Padre Iragua.

El pobre anciano había empleado en esta lucha de apóstol, todos sus recursos, sus influencias, su energía, y aun no se sentía debilitado. Sólo que á

Digitized by Google

veces, cuando todo parecía perdido, tenía instantes de piadosa indignación, de ira sublime, en que clamaba contra la justicia de los hombres, pero no desconfió nunca de la justicia de Dios.

Doblaba á veces la frente ante las contrariedades, pero volvía á alzarla más confiado, como un árbol que doblado por el huracán alza después su copa más airosa y altiva.

Tenía tempestades de nobilísimo furor, de santa cólera, que disipadas luego, dejaban tendido sobre su alma el arco-iris de la esperanza.

Tenía una fe de niño, y una fuerza moral de héroe.

Un día de aquéllos, el Padre Iragua se paseaba en el jardín de su casa, agitado, nervioso, inquieto. La víspera había dictaminado el asesor.

Era la ocasión decisiva de influír sobre el juez.

¿ Influír? ¿ y cómo? por la virtud, por la convicción, por la piedad.

La verdad es luz y debe penetrar en el alma.

Luchar por la verdad y por la justicia, he ahí la grandeza de un combate, la fuerza que hace gigantes á los combatientes pequeños.

El Padre Iragua se aprestaba á esta lucha.

La ola se preparaba contra la roca.

El sacerdote iba á implorar al juez.

Del encuentro de aquellas dos fuerzas resultaría

Digitized by Google

ó una salvación ó un naufragio. Al separarse aquella ola arrastraría flotando sobre ella, un náufrago ó un cadáver.

¡Terrible repulsión! ¡Temible encuentro!

La liga de las virtudes frente á la coalición de las pasiones.

Era un duelo del cual dependía una vida.

He ahí por qué estaba tan preocupado el Padre Iragua.

¡Y la mañana era espléndida!

Torrentes de luz sobre los cielos, efluvios misteriosos en el campo, perfumes en las plantas y en las flores, murmullos en las palmas quejumbrosas, rumores en las brisas viajadoras, y gemidos dolientes de las olas que venían á morir sobre la playa.

El Padre estaba absorto en medio de aquella naturaleza voluptuosa.

Las palomas amantes que arrullaban, preludiando escondidas sus amores; las aves que en las palmas se mecían enlazados los picos y las alas; las flores que temblando se acercaban juntando con la brisa sus corolas, todo aquel inmenso idilio del amor universal nada decía á aquella alma, tocada sólo del amor divino, á aquel sublime enamorado de esa diosa llamada la virtud.

Digitized by Google

Su castidad era una roca y la pasión un mar, estaba ya tan alto, que ni el oleaje le lamía las plantas.

¡ Divino solitario de la vida ! ¡ Aislamiento feliz de la virtud!

Inclinada la frente y pensativo, besando el aire sus cabellos blancos, ondulando su negra vestidura, meditaba el anciano sacerdote, mientras al pie, tendido entre las flores, jugueteaba el hijo del esclavo.

Los arbustos parecían inclinarse sobre el niño para refrescarlo en balanceo continuo, las palmeras lo protegían del sol, y las flores parecían acercarse para besarlo, con la sublime atracción de la inocencia.

El niño exhaló una especie de queja, de palabra trunca, inarticulada, que hizo volver al anciano la cabeza para mirarlo.

El niño sonreía. Imposible resistir á la sonrisa de un niño. El Padre Iragua se inclinó sobre él, lo besó en la frente y lo tomó en sus manos temblorosas. Luego se puso á pasear con él. De vez en cuando, acercaba su rostro al rostro del niño, y entonces éste metía sus manecitas en el blanco cabello del anciano y lo asía de él, como si quisiese apartar con su ademán inocente, el polvo de los años de la cabeza de su protector; entonces

Digitized by Google

reía el Padre y reía el niño. ¡ Qué raro concierto formaba el eco de esas risas ! La una era severa y la otra alegre ; la una cascada y temblorosa, la otra fresca, casi imperceptible; la una parecía apagarse ya en el fondo de una tumba, la otra se veía bien que salía de una cuna ; la una era rumorosa, la otra bulliciosa ; la una tenía notas tristes y profundas, la otra era clara aunque ininteligible, parecía el gorjeo de un pájaro. ¡ Ay ! era que el uno reía en el borde del sepulcro, y el otro en la puerta de la vida.

La mirada de aquel niño era una aurora sobre aquella frente.

Así los encontró el Doctor, que penetró al jardín sin ser sentido, y avanzó hasta colocarse cerca de aquel grupo, que contempló emocionado; y se conmovió al ver aquella alba y aquella tarde que se besaban.

El ruido de las hojas, que el Doctor hollaba al caminar, hizo volver la vista al Padre Iragua.

— ¡Ah! ¿sois vos, mi querido Doctor? dijo, poniéndose instantáneamente serio, porque toda la gravedad de la situación volvió á representársele. ¿ Qué habéis hecho ? ¿habéis logrado algo ? dijo, después de entregar el niño á su hermana y sentarse en un banco al lado del Doctor.

Digitized by Google

— No, dijo éste, he hablado con el juez. Es inexorable. Dice que su sentencia está arreglada á la ley, y que no puede conformarse al dictamen del asesor.

— ¡Qué corazón! Estos hombres de la ley se petrifican. ¿Qué creéis que debemos hacer?

— El único medio será que vos le habléis.

— Ya lo había pensado.

— Y si eso fracasa...

— ¿Qué haremos?

— Tratar de facilitarle la evasión.

— ¡La evasión!... eso es muy arriesgado.

— ¿Y dejaremos que perezca? ¿Lo dejaremos sacrificar injustamente? Ya que nos hemos empeñado en este combate, llevémoslo hasta el fin. Luchemos, sí, luchemos, Padre, que Dios está con nosotros.

— Bien, esta noche hablaré al Juez, dijo el sacerdote, después de haber meditado un momento. Imploraré el auxilio divino para hacer descender sobre aquella alma una convicción salvadora. Le argumentaré, le rogaré y si es preciso le suplicaré en nombre de Dios la vida de aquel hombre. Le hablaré como amigo, y como sacerdote. Y, si á pesar de eso no conseguimos nada, entonces es preciso pensar en otra cosa. Es necesario librarlo de cualquier manera.

Digitized by Google

— Sí, Padre,

— Entretanto, yo no desconfío. Dios no puede abandonarnos. El gran crimen no puede consumarse! ¡No, Dios mío! dijo, levantando al cielo sus ojos húmedos de lágrimas. Tú no permitirás que esta inmensa injusticia se realice, que estos ciegos hieran así á un inocente; que en tu nombre y en nombre de la moral se asesine. No, no permitirás, Señor, que la ley de los hombres viole tu suprema ley. Tú has dicho al hombre como á la sociedad : " no matarás. " Una ley que mata es una ley asesina; pero una ley que lo hace en tu nombre es una ley impía! Los hombres manchados de sangre hasta la frente quieren arrojarla sobre ti. ¡ Insensatos! Buscan en tu ley la excusa de su crimen. ¡ Ilumínalos, Señor!...

Había en su voz un acento indignado, triste y profético á la vez.

El Doctor callaba.

— Bien, dijo el Padre, ¿ está resuelto así? ¿volveréis mañana?

— Sí.

Ambos se dirigieron á la casa, perdiéndose pronto de vista en las calles del jardín.

Los dos se aprestaban á la lucha.

Iban á lidiar el último combate contra la

Digitized by Google

ley : después lo lidiarían contra los hombres.

Se terminaba la lucha del *derecho*, era preciso recurrir al hecho.

¡ Ó la convicción ó la evasión !...

He ahí el último dilema de la lucha.

Digitized by Google

CAPÍTULO XIII

¡ INEXORABLE !

El fanatismo es una enfermedad.

Es la locura, pero una locura perniciosa.

Hay fanatismos ridículos y fanatismos sombríos.

Los fanatismos ridículos son siempre como especie de sainetes de las ideas ; los fanatismos sombríos son siempre una tragedia.

Hay en el fondo del alma de los fanáticos una inexplicable perversidad de sentimientos, que instintivamente los empuja al crimen.

Todo fanático es feroz.

Y aquí hablamos, no del fanatismo religioso únicamente, sino de todos los fanatismos.

El fanatismo es una intolerancia y una aberración, lamentables, cuando no siniestras.

Los fanáticos religiosos han hecho la incredu-

Digitized by Google

lidad; los fanáticos del poder, el despotismo; los fanáticos de la libertad, el libertinaje.

Al fin de todo fanatismo hay algo de sangriento, como en el fondo del alma de todo fanático hay algo negro.

Ravaillac y los inquisidores, eran fanáticos religiosos; Marat y los asesinos de Septiembre, eran fanáticos políticos; Otelo era el fanático del amor; porque los celos son el fanatismo de esta pasión.

Pues bien, el cadalso tiene también sus fanáticos.

La pena de muerte es una especie de religión.

Los *patibularios* son una secta, sangrienta, tristísima, sombría. Tiene su Evangelio, el código; su sacerdote, el verdugo y su altar, el patíbulo.

Es la única secta que sacrifica aún víctimas humanas.

Sus apóstoles, porque el patíbulo también tiene apóstoles, dicen que obran en nombre de las tres más sagradas instituciones, la religión, la moral y la sociedad.

Los hombres de esta secta son inexorables.

El juez que había condenado á Juan era sacerdote de esta secta.

Imbuído en estos principios había adquirido el fanatismo del patíbulo.

Digitized by Google

Los asesinos del juzgado se educan, como los de los caminos.

El hijo de un bandido se habitúa á los asesinatos en el campo, en la emboscada y después mata á sangre fría. Así los jueces patibularios se habitúan á enviar víctimas al cadalso, y lo hacen quizá sin un remordimiento.

Son como la silueta del verdugo.

No tienen el valor del asesino sino la ferocidad.

El hombre de la ley, el juez inexorable, el magistrado integérrimo, estaba sentado en su aposento cuando le anunciaron al Padre Iragua.

Mandó que lo hicieran entrar y compuso su semblante para aparecer ante él, compungido pero severo.

El Padre Iragua, sencillo, franco, como todo hombre verdaderamente virtuoso, penetró sin preocuparse de mudar de aspecto.

El juez se puso de pie, y salió al encuentro del sacerdote, permítasenos la expresión por ser tan universal, como justamente aceptada, con un aire enteramente jesuítico. Baja la mirada, melancólicamente sonreído y plácido el semblante, así como se arrastra la sierpe antes de morder.

Digitized by Google

Tiene la amabilidad de los hipócritas no sé qué de frío y repulsivo que da horror.

Hay en su apacibilidad una amenaza, y en su amabilidad, una emboscada.

Bajo la calma de su rostro, que es una especie de calma chicha, hay siempre una tempestad.

— Cuanto placer de ver á Vd. aquí, Padre, pues hacía mucho que no tenía el gusto de verlo por ésta su casa.

— Muchas gracias, señor, es un asunto de grave urgencia, que me trae donde Vd.

— Tendré gran placer de servirle.

— Se trata, dijo el Padre Iragua, abocándose de lleno en la cuestión, de un empeño respecto á un hombre, supuesto reo de un delito.

El juez había comprendido ya de qué se trataba, pero fiel á su escuela disimuló.

— ¿Y el sumario, dijo, se estará instruyendo?

— No, señor, el hombre ha sido ya sentenciado.

— ¡Sentenciado!

— Sí, señor, ó mejor dicho, condenado, pues que ha caído sobre él una sentencia de muerte. Se trata, dijo por último el sacerdote impaciente y cansado de circunloquios, se trata de Juan, el esclavo de don Joaquín N... que acusado como

Digitized by Google

su asesino, ha sido condenado á sufrir la pena capital.

— Es cierto.

— Sé que el asesor ha opinado por la conmutación de la pena, y sólo falta que usted se acuerde con el dictamen de él, y es á este respecto que vengo á interesarme con usted.

El juez alzó los ojos al cielo, en actitud de angustia indefinible, cruzó las manos sobre el pecho y con voz casi llorosa dijo :

— ¡ Ah! ¡ qué carga tan pesada es ésta ! ¡ qué deberes tan penosos hay que cumplir! Pero nosotros somos la garantía de la sociedad, los guardadores de la moral, los sacerdotes de la ley y tenemos que ser inflexibles. No puede Vd. imaginarse, Padre, cuánto he hecho por salvar á ese hombre, pero ha sido imposible, todo ha contribuído á perderle.

— Bien, dijo el Padre, no queriendo detenerse en este punto. No se trata de la sentencia sino de la conmutación de la pena.

— ¡ Ah ! no será posible.

— ¿ Por qué?

— Por el ejemplo.

— ¡ Ah ! sí, dijo el Padre, irónicamente, es más saludable ejemplo asesinar á un hombre que condenarlo á presidio. Pero cuando ese hombre

Digitized by Google

es inocente, el ejemplo no debe ser muy bueno...

— Sí, señor, pero este esclavo es culpable.

— No me detendré en probarle si es ó no criminal, pues yo lo creo inocente, de otra manera no me interesaría por él. Pero lo que vengo á suplicar á Vd. es que no maten á ese hombre, que lo manden á presidio y quién sabe si muy pronto probará él su inocencia.

— Padre, es Vd. muy bueno, su conducta lo honra. Usted es el ángel de la caridad interesándose por este infeliz. Dios sabe cuánto sufro yo con estas cosas, y más interesándose una persona como Vd.; pero uno tiene que ser inflexible con los criminales, de lo contrario la sociedad está perdida, la impunidad de los criminales sería la perdición social.

— ¿ Por manera, señor juez, que Vd. no halla garantía para la sociedad, sino en el cadalso, cree que no hay mejor medio de moralizar que asesinar, que no hay modo de impedir la violación del derecho de la vida por el individuo, sino violándolo la sociedad, y que no hay más remedio contra el asesinato que el asesinato?

— No, señor, es que el que mata debe sufrir la misma pena. Dios lo ha dicho : el que á hierro mata á hierro muere.

Digitized by Google

— Sí, ésta es la ley de Talión. Por manera que si al que mata, lo mata la sociedad, al que roba, la sociedad para ser lógica debe robarlo, y á un padre de familia que deshonra una joven la sociedad debe deshonrarle el hogar!... Dios al decir lo que Vd. ha citado, no ha querido sancionar esa ley sino hablar de la justicia retribuyente. Él no quiso autorizar á la sociedad para el asesinato, sino precisamente todo lo contrario, quiso hacerle comprender que no había tal impunidad para los delitos porque sobre la justicia de los hombres estaba la justicia de Dios, de la cual no se escapa ningún culpable y que no llega á herir nunca á un inocente. Dios no quiso ni usar él de este derecho, ni concederlo á la sociedad, cuando ante el primer asesino, que era un fratricida, Caín, no sólo no quiso matarlo, sino que lo marcó en la frente para que los demás hombres no lo mataran; condenándolo así á la infamia y al remordimiento.

— Pero hay conciencias que no sienten el remordimiento.

—¿Hapenetrado Vd. al sagrado recinto de ellas?

El juez calló.

— Amigo mío, dijo el sacerdote, yo conozco más la conciencia humana que Vd. Nosotros, como los buzos, bajamos al fondo de ese abismo. A Vds. les basta ver que un hombre se ría, para

Digitized by Google

decir : no siente. Nosotros sabemos lo que significa esa risa que es como la gesticulación de la conciencia desesperada. Nosotros tomamos á los hombres en el momento en que Vds. los abandonan. Cuando Vds. los matan, nosotros los perdonamos en nombre de Dios. En toda ejecución, cerca á la víctima, está el sacerdote, que es el consuelo, frente al verdugo, que es la venganza, Dios que perdona, frente á Vds. que matan.

— Por manera, Padre, que Vd. no reconoce derecho en la sociedad para condenar á un hombre á la muerte?

— No, señor, ninguno. Porque yo no creo que frente al derecho del hombre haya otro derecho sino el de Dios. Yo sé que los derechos son inviolables é inalienables, y todo lo que viole el derecho es una injusticia, es un crimen.

La vida es un derecho sagrado, inmanente é inviolable. El cadalso es un hecho monstruoso. La violación de ese derecho, por ese hecho es un crimen. Los derechos no los da la sociedad, los reconoce, por consiguiente no puede ella crear derechos, el cadalso que es creación de ella no puede, pues, ser un derecho. Ahora, como un ilustre escritor dijo : No puede haber derecho contra el derecho, sin el cual no hay más que una vida sin honra y una muerte sin esperanza.

Digitized by Google

No puede haber un derecho creado para violar otro derecho. Un asesino no ha tenido derecho á matar, pero de allí no se desprende que no tenga derecho á vivir. Eso es una absurdidad. Él violó un derecho, y por eso se violan en él todos los derechos. Él faltó á un deber, ¿y por eso lo creen incapaz de cumplir todos los deberes?

— Pero, Padre, en Europa, las naciones más civilizadas tienen la pena de muerte.

— Eso no prueba nada, en primer lugar, porque esas naciones tuvieron largo tiempo las mutilaciones, las hogueras y el tormento, y eso no prueba que semejantes barbaridades sean buenas. Y los pueblos más bárbaros de Asia y África conservan la pena de muerte y con suplicios horribles. Si los pueblos bárbaros no la tuvieran y los civilizados sí, podría aceptarse el argumento; y si antes no hubiera existido y hoy existiera, podría creerse un adelanto. Pero es propiedad del pasado y de la barbarie, es pues una cosa bárbara.

Pero en fin, no venimos á perfeccionar la legislación, sino á ver si logramos salvar ese hombre ¿no sería fácil?

— Es imposible, Padre.

— Usted confunde la verdadera virtud con una virtud falsa. Usted cree que Dios acepta este cum-

Digitized by Google

plimiento ciego de las leyes de los hombres, con violación de las leyes de Él. Usted se equivoca.

— Padre, la culpable será la ley.

— No, señor, es usted, pero no agriemos la cuestión. Busque Vd. un medio de salvar á ese hombre. No lo haga Vd. matar. Yo se lo suplico por Dios; y el noble anciano bajó el acento.

— No puedo, Padre, dijo el juez.

— Está bien, dijo el sacerdote poniéndose de pie. No hay esperanza. Pero hay un juez superior á Vds. cuya justicia no se hace esperar. Si no hay piedad en ese corazón para un hombre desgraciado, dijo extendiendo su mano hacia el juez, esa conciencia despertará al grito de una voz suprema; y levantando la mano y la mirada al cielo añadió:

— Dios tenga piedad de Vd.

Y abandonó el aposento.

El hombre de la Ley quedó mudo y sombrío: el hombre del Evangelio lo había asustado.

El discípulo de aquel inocente que había muerto en un patíbulo, había hecho temblar al patibulario.

El cordero asustaba la hiena.

La voz del justo aterraba al hombre inexorable.

Bajó la frente y quedó pensativo.

Digitized by Google

El rayo de Dios había posado en las sombras de esa conciencia.

Había allí un ofuscamiento...

El relámpago se extinguió y la sombra quedó imperante.

El hombre de la ley se puso en pie.

— No soy yo, dijo, es el código quien lo mata.

El fanático del patíbulo juraba sobre su Evangelio, en tanto que el hombe del Evangelio iba en auxilio del esclavo.

¡ Caridad y ferocidad, lucha suprema!...

Digitized by Google

CAPÍTULO XIV.

SACRIFICIO.

La tempestad, he ahí algo como la venganza de la naturaleza, la liga de los elementos contra el hombre.

Se agita el Leviatán en el fondo del océano y el huracán en las regiones del cielo. Parece la lucha de dos monstruos, uno que se revolcara en el mar y otro alado, que lo azotara desde el aire. Lucha del Pegaso y los tritones.

Las olas y el huracán, terribles combatientes.

Las unas se hinchan y se levantan en montañas gigantescas, el otro las ataca y las derriba.

Tiene el mar rugido, y la tempestad su acento. El uno sacude su melena de espumas, el otro su cabellera de rayos.

La tierra se estremece en torno á los combatientes, y el pavor hace enmudecer á las aves y á los hombres que presencian la lucha.

Digitized by Google

Esta lucha de las fuerzas mudas de la naturaleza es imponente.

La humanidad la teme y busca su defensa.

La piedad inventó los amuletos, y la ciencia el pararrayo; una rama de boj, quemada, ó un hilo eléctrico sepultado en la tierra; la creencia y la ciencia; la una queriendo detener el rayo en el espacio y la otra sepultándolo en la tierra; he ahí las fuerzas del hombre contra la tempestad.

Pero en el tiempo de que tratamos, la ciencia no había aún hablado en estas regiones, y la piedad hermosa y pura de nuestros antepasados se acogía bajo las alas de sus sencillas prácticas, cuando la tempestad bramaba en el espacio.

La voz de la tempestad es pavorosa, y á la humanidad le parece oír algo sobrenatural, como el acento del Dios del Génesis, dictando su voluntad al jefe hebreo en las soledades de Oriente.

Y en los momentos en que ella pasa sobre el espacio, durante aquellos coloquios del viento con el mar, del rayo con la ola, de lo desconocido con lo pavoroso, de lo espantoso con lo terrible, las aves y los hombres se guarecen, buscando el calor de sus hogares, y esperan allí recogidos á que pase la cólera del cielo.

He ahí por qué Maracaibo estaba solo aquella noche.

Digitized by Google

Había tempestad en el cielo y soledad en la tierra.

No cruzaba nadie por las calles, la ciudad estaba casi oscura, y el viento seguía apagando los escasos faroles que aun estaban encendidos.

No se oían más ruidos que el del lago y el del cielo.

Era noche aparente para empresas aventuradas.

La cárcel alzaba su mole imponente en medio de las sombras de la noche. Y sólo interrumpían aquel silencio el paso de los centinelas y la voz del cabo que de vez en cuando conversaba con ellos.

Pero no todo era oscuridad, adentro había una luz, y desarrollaba un drama la esperanza.

La caridad cantaba un himmo, bajo aquella mole.

Y la fe inspiraba á los héroes de aquel drama.

La naturaleza misma parecía ayudarlos, aterrando con su aspecto y su rugido á los que pudieran perturbarlos.

En el calabozo de Juan no había luz, pero había ruido. Algo esperaba él, porque á pesar de ser más de media noche no había dormido, y se paseaba de un extremo á otro de su celda ¿cómo estaba sin grillos? ¿qué los había hecho? Allí estaban arrimados contra el poste y rotos por el

Digitized by Google

esfuerzo de una lima. ¿Quién había dado al prisionero aquella lima y qué se proponían? Fácil es adivinarlo al lector.

El Padre Iragua y el Doctor, desesperados de no encontrar justicia ante los hombres, habían confiado su causa al azar, implorando para ella el auxilio de Dios.

Con los pocos recursos que les quedaban, el Doctor había logrado adherir á su empresa al carcelero y los dos soldados que estaban de facción, de doce de la noche á dos de la mañana, para que ayudaran á la evasión de Juan y de Bárbara, pues habiendo sido ésta condenada á seis años de presidio como cómplice del asesinato, su generoso amante no quería evadirse solo; y para que se embarcaran con ellos en una goleta preparada al efecto, con rumbo á Puerto Cabello, donde estaban las fuerzas revolucionarias de los patriotas insurreccionados contra el poder peninsular.

La sentencia de muerte debía serle comunicada á Juan á la mañana siguiente, para ser luego puesto en capilla, bajo mayores seguridades y salir de allí al cadalso.

Era preciso, pues, aprovechar aquella noche.

Víveres en la goleta, ropa, dinero para el viaje, á todo había provisto la noble caridad del Padre

Digitized by Google

Iragua y sus *cómplices*, porque tenía *cómplices*, en esta gran trama aquel *sublime criminal*, contra las leyes de los hombres.

El carcelero había dado á Juan la lima para que se libertara de los grillos, y había quedado en ir á avisar la hora precisa.

Cuando pasadas las doce el carcelero se presentó, Juan lo esperaba impaciente.

— Vamos, dijo éste con la voz insegura de quien está en una empresa arriesgada y teme ser descubierto.

Juan lo siguió.

El carcelero al salir del calabozo volvió á echar el cerrojo, para que no notaran al amanecer y les dieran más tiempo, y luego se puso en marcha. Siguieron á lo largo del corredor hasta llegar á un pasadizo.

— ¿Y Bárbara? dijo Juan.

— Ya nos espera.

Á mitad del pasadizo se oyó un ruido imperceptible en la sombra que era muy espesa, algo así como el ruido producido por el traje de una mujer.

Juan adivinó más bien que conoció á Bárbara.

Hubo un momento de idilio en aquella sombra. La emoción los embargaba y Bárbara más débil, casi exhaló un grito. Juan lo ahogó sellando

Digitized by Google

con sus labios los labios de su amada. Beso no culpable, pero sí ardiente y trágico, como el de Pablo en los labios divinos de Francesca.

Quisieron seguir caminando, pero Bárbara no se movía, la felicidad la había herido : estaba sin sentido.

El aire helado de la noche después de tantos días de prisión, el temor de la empresa y la inmensa, indescriptible felicidad de abrazar al que era la vida para ella, hicieron tal impresión en el ánimo de la joven, obraron de tal modo sobre aquel ánimo debilitado ya por tantas emociones, que no pudo resistirlos; la felicidad hacía en ella el efecto del dolor.

Al verla así, Juan quiso llamarla, pero se acordó que podrían oírlo, tomó aquel cuerpo querido, sobre él, y continuó su marcha.

La joven parecía una niña dormida, tenía la cabeza reclinada sobre el hombro de Juan y el cabello todo le caía sobre la espalda y azotaba suavemente el rostro de éste, al sentirse agitado por la brisa.

Al salir al patio interior del edificio, que tenían necesidad de atravesar, el agua cayó sobre la frente de Bárbara, al contacto del frío y al beso de la brisa, la joven exhaló un gemido, como el de un niño que duerme, pero volvió á doblar su

Digitized by Google

cabeza desfallecida, como la de una alondra muerta sobre su nido.

Al fin llegaron á la pared que era necesario escalar.

El centinela cómplice los esperaba al pie.

Era necesario que uno subiera para asegurarse de si los palos, clavados en la pared momentos antes, estaban bien seguros. El carcelero subió el primero y llegó arriba sin novedad, el centinela lo siguió.

Cuando tocó á Juan subir, tomó éste su preciosa carga que había depositado en el suelo y se preparó á ascender. Era un estorbo inmenso, sólo le quedaba libre una mano y el cuerpo de la joven le impedía á él el libre movimiennto de las piernas. Sin embargo, contando con lo hercúleo de sus fuerzas, aunque algo debilitadas en la prisión, tomó la joven por el talle, con el brazo derecho y asiéndola fuertemente comenzó á trepar. La empresa era angustiosa. Los palos clavados allí, apenas podían resistir el peso de un hombre y la pared era algo deleznable, y empezaron á ceder al peso de los cuerpos. Sin embargo, Juan seguía subiendo. Había ya ascendido bastante, cuando el palo en que apoyaba el pie, se rompió. El esclavo quedó oscilando y pendiente sólo de una mano, trató de buscar otro apoyo,

Digitized by Google

con el pie, en la pared y no lo halló, miró hacia arriba y le faltaba como un metro por ascender, miró hacia abajo y vió el abismo...

No sentía la caída por él, estrellarse hubiera sido un favor, pero lo sentía por Bárbara cuya vida era la vida de su hijo.

Ya empezaban á agotarse sus fuerzas, y la astilla traqueaba...

Bárbara abrió los ojos.

Al verse así, en brazos de un hombre, suspendida en el espacio, no recordando bien, como sucede á toda persona que despierta, tuvo miedo; se creyó víctima de una pesadilla y quiso separarse de Juan. El esfuerzo de la joven fué demasiado violento y la astilla vaciló. Aquella lucha en el vacío era la muerte!

Juan habló entonces. Bárbara lo reconoció pero era tarde. El pedazo de madera dió como un último quejido y se rompió.

— ¡Jesús!... dijo Bárbara al sentir desplomarse.

Un golpe seco, rudo, se escuchó al estrellarse los dos cuerpos. ¡Ambos quedaron inmóviles!

. . . .

Rota la cabeza, bañado en sangre, despertó el esclavo al día siguiente.

Su celda era más estrecha, más oscura, pero había una claridad que él no podía explicarse.

Digitized by Google

Veía como luces de cirios, y oía como chisporroteo de velas de cera encendidas.

Cerca de él había un hombre vestido de negro y lo miraba con un semblante compungido y triste. Lo tenía recostado sobre el seno y rezaba muy paso.

Tendió la vista al frente, allá donde había creído divisar el fulgor de las luces, y en efecto allí había cuatro cirios, sobre unos paños negros. Y encima, melancólica, serena, majestuosa, mostraba su frente angustiada y triste, su mirada apagada y moribunda la imagen de un Cristo.

Aquello era un altar.

¡El preso dió un grito horrible!

¡Estaba en capilla!...

Digitized by Google

CAPÍTULO XV

CAÍN.

La pasión, he ahí la gran fuerza motriz de esa locomotora llamada hombre. La razón es su ingeniero. Si las pasiones van bien dirigidas, son fuerzas salvadoras, si no, he ahí el descarrilamiento, la explosión, la catástrofe.

Sabido es que hay pasiones nobles y pasiones bastardas.

Si se nos permite la expresión, diremos que la prolongación de una pasión noble produce una bastarda.

Prolongad el valor y dará la temeridad; prolongad la economía y dará la avaricia; la justa emulación y dará la envidia; la natural estimación de sí mismo y dará la vanidad.

La exageración de un principio llega á falsearlo.

Las pasiones nobles engendran los hechos su-

Digitized by Google

blimes; las bastardas, los hechos monstruosos.

Las pasiones dan alas ó vértebras, fuerzan al hombre á volar ó á arrastrarse. Águila ú oruga; astro ó polvo; héroe ó criminal; he ahí lo que harán de un hombre las pasiones.

La cima ó el abismo, he ahí el fin.

La contracción de las fauces de un perro de presa, tal tienen las pasiones; una vez cogida la víctima, no la sueltan. Se enroscan á ella, como un boa constrictor y lo trituran.

Toda pasión es un delirio, siempre hay en ella una especie de esperanza pérfida, que brilla en el fondo del abismo y atrae hacia él.

Y hay almas nobles y hasta sublimes, que en una especie de sonambulismo, se inclinan sobre el vértice y caen al fondo : ésos son los desgraciados.

Hay almas perversas que se precipitan en él con una alegría satánica : ésos son los criminales.

Hay lontananzas en el vicio, como en el desierto, siempre se sueña con la enmienda para el porvenir y sopla el *simoun* de la muerte y arrastra al viajero y al oasis !...

¡Espejismos del vicio! ¡ resplandores del abismo!

¡ Luis estaba poseído de pasiones bastardas!

El amor no tenía en él nada de noble.

Los celos, la envidia y la venganza lo empujaban.

Digitized by Google

Estaba, como los antiguos suponían á ciertas almas, poseído de las furias.

Había trabajado mucho para perder á Juan y lo había logrado.

Pero se escapaba también su esperanza, porque al enredar á Bárbara en su trama, la perdía, pues que condenada ésta, como cómplice del asesinato, había sido sentenciada á seis años de presidio y desterrada á Cuba.

Luis meditaba.

Al día siguiente debía ser ejecutado Juan; el odiado rival desaparecía. Todos sus esfuerzos debían tender ahora á salvar á Bárbara, y una vez conseguido esto, rodearla de todos los cuidados y atenciones posibles, deslumbrarla con el oro, y palidecido con el tiempo el amor que ella sentía por el esclavo, lograr al fin hacerse amar de aquella mujer que era su sueño y su ideal.

Había tenido la avilantez de presentarse en la prisión á ofrecer sus servicios á la víctima.

La joven los había rechazado con indignación.

— ¿Me aborrecéis? le había dicho Luis.

— Mucho más, os desprecio, le había respondido Bárbara. Todos los sufrimientos de mi prisión son nada comparados al desagrado que me proporciona vuestra presencia aquí. Veros me hace un mal horrible.

Digitized by Google

— ¿Os parezco un monstruo?

— No, un reptil.

— ¿No aceptáis de ninguna manera mi amor?

— No, primero la muerte.

— Ni dándoos mi mano.

— Prefiero ser la amada de un esclavo, á ser la esposa de un bandido.

— ¿Y si aun me vengara más?

— ¿Qué más podéis hacer? ¿Hacerme matar? No harías más que anticiparos á mi deseo, porque preferiría mil veces las tablas del cadalso á vuestro lecho conyugal.

— Y cuando salgáis de aquí, ¿qué pensáis hacer?

— ¿Yo? nada......

Luis se estremeció. Había visto brillar no sé qué resplandor siniestro, terrible, desconocido hasta entonces, en la mirada de Bárbara.

— ¿Y qué queréis que haga por vos?

— Que os marchéis.

Luis abandonó la cárcel, aun más apasionado por aquella mujer que tanto resistía.

— La salvaré, se decía, pero después que perezca su amante.

He ahí por qué la víspera de la ejecución de Juan, Luis estaba meditando, inquieto, y paseándose á lo largo de la sala de su casa, en el Hato.

Digitized by Google

El león, después que ha cazado, se retira á su cueva; el tigre lamiéndose el hocico húmedo de sangre, se agazapa en el tronco hueco de un árbol; el chacal, en las grandes hendiduras de las rocas.

Luis se había retirado al Hato á saborear su venganza.

Habiendo salido al corredor, desde donde se divisaba el camino en la llanura, vió venir en dirección hacia la casa, un jinete que avanzaba lentamente, al paso de una mula al parecer cansada, é iluminado apenas por el resplandor del sol, que ya principiaba á ocultarse en Occidente.

Ansioso esperó la llegada del viajero.

Antes de llegar al patio de la casa, ya lo había reconocido : era el Padre Iragua.

El santo levita al aclarar el día siguiente á la noche en que debía haberse evadido Juan, pasó por el puerto, lleno de ansiedad, y al no ver allí la goleta, respiró libremente y alzó los ojos al cielo en señal de gratitud. Había andado pocos pasos, cuando oyó á un grupo hablando de la proyectada evasión.

Entonces lo comprendió todo, la goleta no estaba allí, porque el carcelero y los soldados, habían huído en ella.

Digitized by Google

Imposible pintar la amargura que se apoderó del alma del noble anciano.

Aquel día dijo misa, con las lágrimas en los ojos y la angustia en el corazón.

Todo el día estuvo, no diremos inquieto, sino febricitante, nervioso, casi fuera de sí. No tuvo valor para ir á ver á Juan, pero habló con cuanto médico amigo suyo tenía, para que fuera á atender á aquél y á Bárbara.

Su hermana lloraba y rezaba, consolaba á su hermano, besaba el niño y despachaba medicamentos y azafates para la cárcel.

Aquél fué un día de confusión para esas almas.

Era ya tarde cuando una mujer llegó en solicitud del Padre Iragua. Parecía loca. Faltando á todo respeto, penetró hasta donde estaba el sacerdote y se arrojó á sus pies gritándole:

— Sálvelo su merced.

Era María, la madre de Juan.

La pobre esclava, arrastrada por fuerza al Hato y recluída había allí estado hasta entonces ignorante de la suerte de su hijo. Sus compañeros de esclavitud la consolaban, ya con falsas noticias, ó ya haciéndole comprender que no corría riesgo alguno. Callada, meditabunda, triste, la madre esclava devoraba su pena, sintiéndose morir. Al fin había caído en cama. Tendida en el

Digitized by Google

lecho del dolor, había oído la terrible noticia, y había sabido la horrible realidad. No había querido gritar, desesperarse y clamar, porque sería encerrada, y castigada acaso.

Pero, como un espectro, se levantó del lecho, abandonó en sigilo la casa, se ocultó en un bosque, y luego veloz como una corza, se lanzó en carrera. El cabello desgreñado, el rostro sombrío, llorando y gesticulando, parecía un fantasma corriendo en la llanura.

Al fin llegó donde quería, ya estaba á los pies del Padre Iragua. ¿Qué traía aquella madre para salvar á su hijo? Un secreto. Pero un secreto que en poder de ella sola, podía ser ahogado, desmentido, castigado. Era necesario ponerlo en poder de otra persona y ¿quién mejor que el protector de su hijo?

Cuando el Padre Iragua oyó la revelación de aquella mujer, tuvo un momento de emoción, sobre su frente lució un rayo de esperanza.

Él, vencido ya, tenía un arma, caído en el naufragio, tenía una tabla.

Todavía podía luchar y lucharía.

Al día siguiente, aquel anciano achacoso, sin miedo al sol, al agua que podía caer y á todas las penalidades del camino, se puso en marcha.

Ya hemos dicho que declinaba la tarde cuando llegó á casa de Luis.

Digitized by Google

Éste salió á recibirle al patio, atento, confuso y asustado al mismo tiempo.

Una vez el anciano en la sala, Luis le preguntó qué había de nuevo por la ciudad.

— Nada, hijo, nada, dijo el Padre.

— Creí que hubiera habido algo muy extraordinario, cuando os veo por aquí, dijo Luis, ansioso de saber el objeto de aquel viaje.

— Ese algo lo hay en efecto, y es á vos á quien interesa.

— Pues podéis hablar ahora, ó dejarlo para después de la comida que ya nos espera.

— Será mejor lo último, porque me siento algo débil.

Y se dirigieron poco después al comedor.

Terminado que hubieron la comida, y una vez en la sala, el sacerdote habló el primero.

— Mucho tiempo hacía, dijo, que yo no venía á este Hato, de tan gratos recuerdos para mí, durante la vida de tu padre, y no hubiera vuelto á poner las plantas en él, si un asunto de sumo interés para el nombre y la memoria venerada de don Joaquín, para ti y para un desgraciado no me hubieran impuesto este deber.

— Hablad.

— Se trata de Juan.

Luis se inmutó.

Digitized by Google

— ¿Y bien, dijo, qué hay?

El anciano tomó un acento severo.

— Sabrás ya que mañana será ejecutado este esclavo, que es inocente; lo llevan al cadalso tus intrigas y tu venganza. Su sangre caerá sobre ti y sobre sus jueces. Te has burlado de mí y te has encarnizado en él.

— Yo, no, dijo Luis, interrumpiéndole, ha sido la ley.

— No, tú, porque has podido salvarlo, haciendo que lo condenen á presidio, y allí habría podido probar su inocencia.

— Yo no podía hacer esto con el asesino de mi padre.

— ¡Tú sabes que no lo es! Y te atreves á hablar así, aquí, en esta sala, donde aún parece vagar la sombra de tu padre. Aquí, en presencia de ese retrato, dijo el sacerdote, mostrando uno al óleo que representaba á don Joaquín. Si crees honradamente lo que dices, mira ese retrato, míralo si te atreves.

Luis bajó la frente.

— Imagen severa, amigo mío, dijo el sacerdote con voz terrible, despréndete de ese cuadro, avanza aquí y ven á maldecir á este hijo criminal.

— Padre, Padre, por Dios, dijo Luis, lleno de terror.

Digitized by Google

— Pues bien, confiesa que son los celos y la venganza que te guían y no la memoria de tu padre. Dílo.

— Es verdad.

— Pues bien, desgraciado, eres un asesino.

— ¡ Padre!

— Y no sólo eso. Óyeme : no te quedan más que horas para librarte de ser un criminal aún más horrible...

— ¡ Padre! ¿ por qué?

— ¡ Porque el hombre á quien vas á hacer asesinar es tu hermano!...

Un rayo caído á los pies de Luis le hubiera causado menos espanto.

Él había tenido desde mucho antes esta sospecha, pero nunca había creído que se tornaría en realidad. Pero esta declaración hecha así, en momentos tan solemnes, á la orilla de una tumba abierta por él, lo aterró.

Caín temblaba reconociendo á Abel.

— Padre, eso no puede ser cierto, dijo reponiéndose un tanto de su turbación.

— Tengo las pruebas. Además de la confesión de la madre, quiero que te convenzas con otras. Acércate á ese escritorio, dijo, mostrando uno al frente, abre ese cajón, del lado izquierdo, y lee un papel que hay allí, atado con una cinta azul.

Digitized by Google

Luis obedeció como autómata.

Cuando desdoblaron el papel y leyeron vieron que decía.

"Declaro que el esclavo Juan, hijo de Marta, esclava también, es hijo mío. Quiero que después de mi muerte este esclavo sea libre y así lo ordeno, y mando además que de mis bienes se le den doce mil pesetas con que le quiero dotar. Queda encargado del cumplimiento de esto mi hijo Luis, que es mi heredero legítimo y que cumplirá mi voluntad. *Joaquín N.*"

Luis quedó estupefacto.

Todo el pasado se aclaraba á su vista. Ahí estaba la razón de las consideraciones de su padre hacia el esclavo y su resistencia á venderlo.

— ¿Y bien, qué dices? dijo el Padre. ¿Y qué piensas hacer?

— Nada. Mi padre cuando hizo esto no se imaginó que había de perecer á manos de su hijo. La ley prohibe al asesino heredar, y si el juicio no hubiera concluído, esta declaración lo agravaría más, porque tornaría el homicidio en parricidio.

— ¡Ah! ¡infame! ¿No estás contento? ¿No estás satisfecho aún, hiena feroz? ¿Nada temes de los hombres? Pues bien, la justicia de Dios caerá sobre ti.

Digitized by Google

¡Maldito seas!

— ¡Padre! dijo Luis cayendo de rodillas, perdóname.

— Quita, quita, dijo el anciano retrocediendo. El demonio está en tu alma, vete con él.

— Padre, perdón, volvió á clamar Luis, asiéndose á la túnica del sacerdote, que huía ante él y arrastrándose de rodillas.

— Maldito de Dios y de tu padre, volvió á decir el sacerdote.

— No me maldigáis, Padre, y yo lo salvaré. Yo iré mañana á Maracaibo y haré el último esfuerzo para la conmutación de la pena, con el Gobernador, que es mi amigo.

— Si así lo haces, álzate y Dios te perdone.

Luis se levantó.

Después de aquella escena tan violenta, no quedaba más que recogerse y esperar el día siguiente.

Luis no durmió aquella noche.

Un nuevo combatiente se presentaba en su alma: la ambición.

Ya no era sólo la vida, era parte de su herencia lo que tenía que dar á aquel hombre, que al salir de la cárcel ya no sería su esclavo, sino hermano, ya tendría derecho á ser altivo, ya poseería á Bárbara, legítimamente, tendría dinero y sería su igual.

Digitized by Google

— Imposible, dijo, imposible, trataré de no llegar á tiempo, y engañaré al Padre Iragua.

Había fulguraciones desconocidas en el abismo de aquella conciencia.

Al fin amaneció el día.

El Padre y Luis se pusieron en marcha.

El verdugo y el apóstol.

El odio y el amor.

¿Llegarán aún á tiempo?

Dios los guíe...

Digitized by Google

CAPÍTULO XVI

AURORA.

¡Drama sublime!

¡Tragedia ternísima y terrible al mismo tiempo!

¡Cuadro que la fe ha ornado de resplandores divinos, y la filosofía, de auroras inmortales!

¡Poema que se lee á través de una nube de lágrimas!

¡Aurora que al contemplarla con los ojos de la razón hace doblar la cabeza, y con los de la fe hace doblar las rodillas!

¡Tal es el sacrificio del Cristo!

La impresión que deja en el alma es indeleble.

Aún nos parece tornar á sentir lo que ayer, cuando guiados por la mano maternal, penetrábamos, bajo las altas bóvedas de los templos, y allí, á esa luz entrecortada, al penetrar por las ojivas y romperse en los capiteles de las columnas

Digitized by Google

esparciendo rayos melancólicos y sobre el altar, en el silencio imponente de aquellas naves solitarias, en las cuales parecía siempre vagar como perdidas, notas de órgano y rumores de plegaria, mezclándose al eco de nuestros pasos que sonaban tristes y acompasados como la voz del recuerdo en la conciencia humana, contemplábamos la imagen del crucificado, imponente, severa y triste, dominando la iglesia desde lo alto del altar.

¡ Qué emociones se apoderaban del alma infantil !

Aquella cabeza angustiada y moribunda, doblada sobre el hombro é inclinándose hacia á la tierra, con el fulgor de un astro que declina, y cual si el paso de la sombra de tantos siglos de oprobio lo doblaran ; aquellos ojos apagados y tristes, cuya postrer mirada había de alumbrar el viaje de la humanidad en los siglos del porvenir ; aquellos labios secos y mustios, amargamente plegados, después de haber hecho brotar de ellos la verdad eterna ; aquella frente coronada por los resplandores del martirio y por todas las auroras de la libertad ; aquellos brazos extendidos y como pugnando por desprenderse de la cruz, para abrazar el mundo en su contracción postrera ; aquella última lágrima sobre la cual se

Digitized by Google

partían evaporándola los rayos temblorosos de la luz, cual si el astro rey hubiera querido acercarse al rostro del mártir para beber esa última gota del dolor del justo; todas las sombras de la muerte rodeando esa cabeza, y todas las luces de la gloria iluminando aquella frente. Y como flotando en medio de ese limbo, aérea, majestuosa, tristísima, la doliente imagen llenaba el alma de amargura indefinible, de santa indignación, de respeto y de cariño. Las lágrimas brotaban á los ojos, la oración á los labios y la tristeza al alma!

¡Oh! ¡dulce fe de los primeros años, rayos de las auroras de la vida, recuerdo de la madre idolatrada!

Pasan después los años, pueden borrarse las impresiones de la edad primera, y morir la cándida piedad del alma virgen. Pero perdura siempre la admiración profunda hacia aquel mártir sublime, el redentor de la razón humana, el Maestro cuya doctrina inmortal aún ilumina el horizonte del mundo, en la marcha azarosa de los tiempos.

Como hemos dicho ya, cuando Juan abrió los ojos, estaba frente á aquella imagen imponente.

Su primera impresión fué de ofuscamiento, luego de terror, luego de angustia.

—¿Qué es esto? Padre mío, ¿qué es esto? dijo

Digitized by Google

el joven, buscando los brazos del sacerdote, como para guarecerse en ellos, de la muerte que veía ya suspendida sobre su cabeza.

— ¡ Hijo mío ! valor, dijo el sacerdote.

— Padre, ¿ me han condenado? ¡ Á mí que soy inocente ! Padre mío, esto es una crueldad, y el joven prorrumpió á llorar.

— ¡ Valor, hijo mío ! Los hombres no te perdonan, pero Dios te perdonará.

— ¡ Padre mío ! Yo soy inocente y mi muerte es una injusticia.

— Él, también lo era, dijo el sacerdote, mostrando el Cristo, y sin embargo la injusticia de los hombres lo alzó en ese patíbulo, donde " hace diez y nueve siglos que la ley humana clavó á la ley divina. " Levanta los ojos á él, ten confianza en su misericordia infinita y prepárate á dormirte en su seno.

— ¡ Padre mío ! Yo no quiero morir, dijo el esclavo con una amargura infinita.

— Pero es preciso resignarse.

— ¡ Ah ! qué horrible, morir inocente !

El sacerdote calló.

— ¡ Morir así, morir tan joven, lleno de vida ! ¿ Qué será de Bárbara y de mi hijo? ¡ Padre mío ! Sálveme Vd., sálveme por Dios ; y el joven se abrazó al sacerdote.

Digitized by Google

Éste llorando le decía :

— No te desesperes, Dios no nos abandonará. Él te dará valor para morir, y velará por ellos. Piensa sólo en arreglar tu alma y prepararte para aparecer en la presencia de Dios.

. . . .

. . . .

¡Dos días duró esta lucha!

Dos días un hombre frente á frente de la muerte, viéndola avanzar hacia él con los brazos extendidos, y sintiendo el hielo de su aliento sobre la frente.

Dos días suspendido como de un hilo sobre el sepulcro.

Esto era más que ferocidad de la ley, era la cobardía.

Durante estos dos días, el esclavo tuvo arrebatos de ira, casi raptos de cólera, momentos de suprema tristeza, á veces lloraba como un niño, otros se retorcía como un furioso, y después pasaba horas enteras mudo como una estatua!

El Padre Iragua no había tenido ni tiempo ni valor para visitarlo.

Bárbara había sido trasladada al hospital.

En tanto el tiempo avanzaba.

El esclavo, como un hombre que va al abismo, avanzaba lentamente á la tumba!

Digitized by Google

¡Qué horrible es morir así!

Con pleno conocimiento de la muerte, empujado por grados hacia ella; lleno de luz, inclinarse hacia la sombra; lleno de vida, ir hacia la muerte; lleno de juventud, ir á la nada!...

Ser así lanzado al abismo, entre todas las luces del cielo y las sonrisas de la tierra!

Esta sumersión en plena vida, en el océano de la muerte.

Este eclipse completo que se ve venir.

Esta desaparición de entre los vivos, paso á paso y con plena conciencia de ella.

Todo eso debe constituír la más horrible de las muertes.

La capilla es más suplicio que el cadalso.

Pero el dolor, sufrido largo tiempo, aletarga.

Hasta la víspera de la ejecución, Juan estaba como aletargado.

Aquella noche el sacerdote le dijo:

— Hermano mío, es preciso disponer el alma para aparecer ante el tribunal de Dios. Es preciso tener valor, porque el momento se acerca. Mañana Dios te recibirá en su seno.

Desesperado y llorando, el esclavo se confesó.

Con el Cristo en la mano y en brazos del sacerdote, lo sorprendió la aurora.

Digitized by Google

Última aurora de su triste vida. Postrer rayo de sol sobre su cielo!

Apenas apareció la aurora el sacerdote celebró en la capilla el sacrificio de la misa, y el esclavo llorando y tembloroso recibió la comunión.

Después cayó en una tristeza profunda y no quiso tomar alimento.

El sacerdote llorando también lo exhortaba y lo consolaba.

Cada hora que pasaba era una nueva escena de desesperación.

— Yo no quiero morir, Padre, yo no quiero morir, gritaba el esclavo con tristeza.

En tanto el sol seguía avanzando sobre el cielo.

Afuera se hacían los preparativos. Ya estaba lista la escolta. Ocho soldados, que la ley iba á convertir en ocho asesinos, tenían las armas cargadas.

El esclavo se había vestido de limpio, para sus nupcias con la tumba.

Todo su vestido era blanco, como para que se notasen más las manchas de sangre con que la ley lo iba á manchar.

Al fin dieron las nueve.

Era la hora fatal.

Se oyó afuera un toque de caja y el ruido de una escolta que llegaba.

Digitized by Google

—¡Valor, hijo mío!... dijo el sacerdote abrazando á Juan.

Y aquel esclavo que hasta entonces había llorado y se había desesperado tanto, se irguió resuelto y atrevido frente á frente de la muerte.

¡La puerta se abrió!

Al frente estaba la escolta, con las armas al hombro.

El carcelero y un sargento se acercaron á Juan y le ataron las manos. Luego le colocaron un pañuelo en forma de venda sobre la frente, para hacerlo bajar luego á los ojos.

El sacerdote tomó el crucifijo.

El fúnebre grupo avanzó hasta colocarse en medio de la escolta.

Sonó la caja y la escolta se puso en marcha.

El sacerdote con un brazo sobre el cuello de Juan, ponía el crucifijo frente á su rostro, y ya lloraba, ó ya le decía :

— ¡Valor, hermano mío, valor!

Lágrimas silenciosas corrían por el rostro de Juan.

Cuando salieron al patio, un sol esplendoroso los bañó.

¡Último rayo de la luz sobre la frente de un moribundo!...

El sacerdote señalando el cielo dijo al esclavo :

Digitized by Google

— Ánimo, hermano mío, que pronto estarás allí.

A lo que el esclavo salía para el cadalso, las campanas empezaron á doblar. Al fin salieron á la puerta del edificio.

Había algunas personas en la plaza.

El cadalso se alzaba allí, contra los murallones de la cárcel misma.

El esclavo que iba ya pálido como un muerto, se estremeció.

En aquel momento hubo también un estremecimiento en el auditorio.

De súbito el oficial que mandaba la escolta hizo cesar la caja.

El Padre Iragua y un edecán del Gobernador venían hacia él.

El anciano sacerdote, trémulo, jadeante, llorando, rompió las filas y se lanzó á los brazos de Juan.

— ¡Salvado, hijo mío! salvado, exclamó el anciano. En tanto que el oficial leía un papel.

Era la conmutación de la pena por el Gobernador.

¡Triunfó la caridad! ¡Bendita sea!

¡Pasó la noche, apareció la aurora!...

Digitized by Google

CAPÍTULO XVII.

EN EL MAR.

¡En el mar!... ¡En el mar!..

La inmensidad sombría, el circular y pálido horizonte, el rumor apagado de las olas que se rompen contra la proa del buque; ese rumor desconocido é inexplicable de la soledad en el océano; la luna majestuosa levantándose en el cielo, y las estrellas temblorosas reflejando su luz sobre las aguas. Esa calma, ese silencio imponente de las noches en alta mar; ese vago y misterioso eco que parece venir de lo desconocido y se queja como un titán cansado, se apoya un momento en torno al barco y sigue después en carrera, como gimiendo y desesperado buscando playas amigas, á donde ir á morir entre palmares. Olas de espuma, blancas como la cabellera de un anciano, que vienen á estrellarse contra el buque

Digitized by Google

y desaparecen al choque; el ruido de los cetáceos, y la voz apenas perceptible de los marineros que que hacen su faena. Tal era el cuadro.

Él buque iba viento en popa, ligero, majestuoso, desplegadas las blancas lonas, como una garza que tocara apenas con sus alas extendidas la superficie azul del océano.

El barco parecía un punto casi imperceptible en medio de aquella soledad, y cruzaba entre las olas agitado y ligero.

"Como el nido de un pájaro en el mar."

Á bordo había un silencio profundo, todos dormían y sólo velaban los encargados del servicio.

El reloj de cámara había dádo ya la una de la mañana.

El cielo empezaba á oscurecerse y se ponía triste, como si los astros quisieran apartar su mirada de lo que allí iba á suceder.

Juan, si no dormía, al menos estaba acostado, en unión de otros presos, en la bodega.

Después que el Padre Iragua, tan noble como violentamente, le había dado la noticia, el esclavo había caído sin sentido.

La violenta sensación del placer lo iba matando.

Al volver en sí, había sabido que estaba conde-

19

Digitized by Google

nado á presidio perpetuo, y que al día siguiente saldría para Cuba.

Al saber que Bárbara había sido condenada á la misma pena por seis años, tembló por su hijo, pero el Padre Iragua lo tranquilizó, asegurándole que se encargaría de él, mientras, como lo esperaba, lograra probar su inocencia.

Consolado, ya que no tranquilo, el esclavo se resignó á su suerte.

Sólo había visto á Bárbara al entrar al buque. Después los habían separado.

Aquella noche Juan pensaba acaso, en que allí, en aquel mismo buque, estaba la que era todo su consuelo, sin poder acercarse á ella. Cuando se le aproximaron tres hombres, altos, fornidos, como son por lo general los marinos.

El uno era el contra-maestre, los otros dos, marineros á quienes él mandaba.

— Levántate, le dijeron paso, como para no despertar los otros presos.

Juan se puso en pie.

— Síguenos.

El joven los siguió.

Cuando ya estuvieron fuera de la bodega, los dos marinos tomaron un cable delgado y se aproximaron á él, para amarrarle las manos.

— ¿ Por qué? dijo el esclavo temeroso.

Digitized by Google

— Silencio.

Juan se dejó atar las manos hacia atrás, y penosísimamente, casi suspendido por ellos, pues los grillos no se lo permitían, subió á la cubierta.

¡La luna alumbraba de lleno aquel cuadro!...

Los marineros ataron á los pies de Juan unas palanquetas, y lo hicieron caminar hacia la orilla.

Hasta entonces comprendió él el horrible designio.

— No por Dios, dijo, no me maten así.

— Silencio, dijo el contra-maestre. Échalo al agua.

Juan amarrado y con tanto peso á los pies, pretendió luchar, se dejó caer sobre la cubierta y gritó.

Su grito se apagó en la soledad del océano. Y calló, porque el contra-maestre descargó sobre su cabeza una de las palanquetas de hierro que habían sobrado, y lo hizo enmudecer.

— ¡Dios mío! murmuró el esclavo al caer sin sentido.

Los dos marinos lo levantaron.

Juan se estremeció al verse así en el aire.

— Perdón, perdón, exclamó con voz casi ininteligible.

— Uno, dos, dijeron los marineros meciéndolo.

Digitized by Google

— ¡Tres!... dijo el contra-maestre.

Y el cuerpo fué lanzado al mar.

Un golpe seco se escuchó, mezclado á un grito.

La ola que se había abierto volvió á cerrarse.

Los círculos concéntricos que se habían formado se cerraron. Y la superficie volvió á mostrarse serena, tranquila, como momentos antes.

La nave siguió avanzando, el océano quedó tranquilo, la luna indiferente sobre el cielo y el silencio envolvió los detalles de aquel drama en el mar.

Desde entonces creen los marineros oír siempre un grito en esas soledades, y creen ver alzarse silenciosa una sombra blanca de en medio las espumas del océano, la llaman :

El alma del esclavo.

Digitized by Google

EPÍLOGO.

POR UNA ONZA.

Es un Hospital en la Habana.

Moribundo sobre el lecho del dolor se encuentra un hombre.

La faz desencajada por las convulsiones de la agonía, la mirada asustada, como del que se asoma á un abismo, redacta algo penosamente á un sacerdote y á un juez, que escriben cerca de él.

— Valor, hermano mío, le dice el sacerdote, es preciso confesarlo todo.

— Sí, responde el enfermo, leed lo que he dictado.

El juez lee :

" Yo N. N. natural de esta ciudad pronto á comparecer ante el juicio de Dios, y deseando obtener su perdón y descargar mi conciencia, de-

Digitized by Google

claro : que en el año de 18... en la ciudad de Maracaibo, asesiné al señor Joaquín N. y que habiendo logrado evadirme de la justicia, fué condenado como asesino, un esclavo llamado Juan, el cual una vez conmutada la pena capital, dicen que fué enviado preso á esta isla, en unión de una mujer que tenía, que fué complicada en el juicio y es inocente también. Hago esta declaración porque deseo lavar de toda mancha el nombre de los que aparecieron como autores de este hecho. "

— ¿Así? dijo el Juez.

— Aún más. Poned que yo no tenía motivo ninguno para matar á don Joaquín, sino que el señor N. N. me llamó diciéndome :

— Cubano, porque este era el nombre que en Maracaibo me daban, ¿quieres librarme de un enemigo y te doy una onza? Yo acepté y lo maté, porque el enemigo no era otro que don Joaquín.

La voz del moribundo se fué debilitando poco á poco...

— Firmad, dijo el Juez, que comprendió que la vida se acababa en aquel hombre.

El enfermo penosamente alcanzó á firmar, dejó caer la cabeza en la almohada, tuvo un golpe de tos y se cubrió de sangre, arrojada por la boca, tuvo un último estremecimiento y expiró.

Digitized by Google

Había tenido aún tiempo para dejar probada la inocencia de Juan.

Pero ¡ay! el inocente había sido ya sacrificado por la injusticia de los hombres.

Tardía justicia sobre lo irreparable.

Cuando la noticia de la declaración del moribundo llegó á Maracaibo, ya no pudo estremecer de alegría al Padre Iragua, porque dormía con su hermana el sueño eterno.

El hijo del esclavo, heredero de la fortuna del sacerdote, muy niño aún estaba á cargo del Doctor.

Luis había emigrado con motivo de la guerra de independencia. Y los demás se conformaron con hacer crónicas unos pocos días, y después se extinguió el rumor.

Había pasado el drama de la justicia del hombre, pero aún faltaba la gran tragedia de la justicia de Dios.

FIN DE LO IRREPARABLE.

Digitized by Google

ÍNDICE

Aura ó las violetas........................ 3
Emma.................................... 93
Lo irreparable.............................. 133

PARIS. — Imprenta de la V^da de CH. BOURET.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3024410045
0 5917 3024410045